

El que erizó mi piel



Martha Godiz

El que erizó mi piel...

Martha Godiz
Mi primera experiencia
Deja que la magia del amor
te envuelva...

Una simple nota para él hombre que erizó mi piel.

El amor no se elige, no se busca, el amor se siente, se vivió y por cosas del destino, muere o perdura en el tiempo, con la distancia se intensifica, o se reduce en un recuerdo.

Te recuerdo a diario. Con el tiempo aprendí a desprenderme de las corazonadas, esas mismas que me llevaron a tus brazos.

La primera vez que mis ojos impactaron con los tuyos, supe que debías de ser para mí. Esos negros, rasgados, intensos y dulces ojos me cautivaron y estaba en lo cierto, cuando me decía para mi misma, que esos mismos ojos me contemplarían durante un transcurso de tiempo, quizás toda la vida, quizás un ratos, quizás un segundo o quizás unos años.... Hice caso a mi corazonada, si no fuera por ello, quizás jamás te hubiera conocido, y entonces ni tú, ni yo, hoy, seríamos los que somos.

No creía en el amor a primera vista, pero mi primer amor fuiste tú, y me enamoré de ti con solo mirarte.

Ciertamente ahora creo en ese amor que surge de la nada, no por casualidad, si no, por una causa.

Entonces, entendí que con solo una mirada se puede decir un millón de palabras, cuando los labios callan, la mirada habla.

El pasado siempre vuelve, aunque sea en forma de recuerdo.

En el transcurso de mucho tiempo, no he dejado de soñarte. Te apareces en mis sueños. Quiero pensar que quizás estoy intentando desprenderme de ese amarré, desprenderme para siempre de ese puerto en el que estuve cautiva durante mucho tiempo, presa de mis propios sentimientos. Las aguas corren libres, cada una coge el cause que quiere, en nuestro caso, la vida nos alejó y cuando quise darme cuenta había cambiado por dentro y por fuera. Miraba diferente, pensaba diferente, y caminar hacia atrás y revolver el pasado estaba de por demás. Quizás la vida nos tendría preparado un plan perfecto, un reencuentro o quizás no...

Tuve que vivir en la incertidumbre, ya que todo era incierto. Me conformé con soñarte.

Quisiera decirte que gracias a el sentimiento que me trae tu recuerdo, hoy soy la mujer que soy. Es entrañable pensar en, como un sutil aroma puede trasportarte atrás en el tiempo. Te busqué en otra piel y no te encontré, debes saberlo, también debes de saber que hoy vuelvo a recordarte, más hecha, más experimentada, mas sabía, mas mujer.

Para ti, donde quiera que estés....

Introducción

--¿Paul? --Me acerqué a la puerta y me apoyé bajo el marco de madera.

Él estaba en el cuarto de estar de aquel bonito apartamento, la flamante luz de la lámpara que reposaba sobre unos libros polvorientos,

bajo la ventana, me llamo la atención, desplazé mi mirada unos centímetros, y observe sus furtivos ojos que ahora me miraban.

Ahí estaba, portando en sus manos unos papeles que había dejado suspendidos en el aire.

--Ven. --Asintió con la cabeza para que entrará.

Entré en la habitación encogiéndome de hombros.

Con convicción me acerque a él, donde estaba sentado en una silla de madera. No dude en sentarme sobre su regazo, él tampoco dudo en rodearme con sus manos, me miró penetrantemente, tan fuerte, qué pude estremecerme.

Observé con admiración sus ojos, con sensatez me di cuenta, que cargaban con una preocupación inmensa, la cuál yo, desconocía.

Algo sorprendida vi como no se regodeaba, ya qué siempre solía hacerlo cuando me tenía a su merced, y fue por ello, por lo qué, me di cuenta de qué su vehemencia había desaparecido junto con su fuerte ego. Parecía aplacado, frió, tenso, angustiado y no pude contener la pregunta que parecía trabarse en la piel de mis labios, con poco asomo, quise balbucear, pero tenía la sensación de sentir un fuerte bullicio en mi interior.

Tenía la certeza de que mis cuerdas vocales estaban sufriendo una afonía que me impedía escupir todo aquello que quería.

--¿Qué te pasa, Paul? Pareces... --Tragué en seco porque un fuerte dolor me oprimió los músculos de mi garganta.

Él sonrió tristemente y luego acarició mi melena como sí quisiera distraerse. ¿Dónde estaba aquel hombre Jovial? ¿Aquel hombre seguro de sí mismo?

Lo miré introvertida.

--¿Ves eso que esta ahí? --Dijo él algo contraído, mirando la mesilla, perseguí su mirada con la mía y vi todos los papeles que habían sobre ella, parecían ser albaranes, facturas y más facturas.

No dije nada y me quedé callada mientras él se acariciaba el mentón pensativo.

Mi corazón se encogió.

Los tirantes negros aprisionaban su camisera blanca arrugada, arrugada como un papel cuando se estruja. Llevaba metido en esa habitación muchas horas. Al mirarlo detenidamente no me extrañó que

todas las mujeres corrieran detrás de él, deseosas de tenerlo, con lo gallardo que era....--Respiré fuertemente. -- Al pensar en ello, sentí como mis dientes se apretaban con fuerza. Sus espesas pestañas y la negrura de sus ojos me tenían cautiva.

--¡Miah! --Dejo escapar en un murmuro y luego sonrió apenado, se volvió a pasar la mano por el mentón, como si estuviera sopesando, sí debía decir lo que por su mente estaba rondando. -- Sabes que las cosas no están muy bien en la Isla, me han ofrecido una buena oferta difícil de rechazar en el extranjero.

Lo miré patidifusa, intenté contener la respiración que comenzaba a agitarse. ¿Las cosas no iban bien? Me dije para conteniéndome. ¿Una oferta?

--¿Qué quieres decirme? --Dije con la voz entre cortada.

Él resopló agobiado.

--¡Debo irme! -- Gritó enfurecido, sé levanto de la silla agresivamente y tiró con una fuerte patada la estrello contra el suelo, propinando en el parcek un fuerte estruendo, la hizo añicos, igual que a mí, al estar sentada en su regazo casi me hizo caer, pero mis pies contuvieron la estabilidad, y no aterricé, como mismo había aterrizado la silla. Su bravura me impacto, lo miré sobrecogida y algo asustada, y fue cuando, no dude en salir de la habitación con lágrimas en los ojos.

La luz de la pequeña lámpara destellante ya no brillaba con el mismo esplendor. Todo parecía oscuro y lúgubre.

--¿Miah? --Su voz parecía más calmada. Me intento coger del brazo como sí de alguna manera quisiera detenerme, pero yo me solté de él.

Me volví con una mirada irascible, que parecía hablar por mí, apreté fuerte mis labios, y me enjuague aquellas plomizas lágrimas, que según se iban desplazando por la tez de mi cara parecían dolerme más y más.

--Lo siento, Miah. --Su tono de voz parecía compungido, pero aún así, no había nada que pudiera hacer para detenerme, ahora tampoco sus labios tenían el poder, ni el brebaje curativo para ello. Quería irme.

Su mirada sufriente y arrepentida había arrebatado de sus ojos negros el sutil brillo que tanto me enamoraba. Sin levantar la mirada me puse mis zapatos, cogí mi bolso y salí por la puerta propinando un fuerte golpetazo que retumbo en el eco de las escaleras, lo que yo ignoraba, es que, aquel portazo sería el ultimo, ignoraba, que ese portazo iniciaba un gran

cambio en ambas vidas, dos caminos se separarían.

Bajé las escaleras con el alma destrozada, según bajaba los escalones en mi estomago me acusaba un fuerte presentimiento, al que ni siquiera le di demasiada importancia.

Pensé que caminando se diluiría todos los sentimientos que me abordaban, y así lo hice.

Caminé por la larga y estrecha avenida, la lluvia caía a borbotones sobre mí, pero no me importaba, seguí caminado a un paso ligero. De repente mis ojos vieron unas resplandecientes luces amarillas, que alumbraran el pulmón de la ciudad, era el parque. Las copas de los árboles sobresalían entre la espesa neblina, que parecía taponar las arterias, que daban a diferentes callejuelas adoquinadas. La luz de la luna menguante estaba oculta entre los espesos nubarrones, que se habían acomodado en aquella pequeña Isla.

Mis botines resonaban en el silencio de la noche, aquel escandaloso sonido hacía eco en las húmedas fachadas de los edificios, que hacían hilera en aquella vía, mientras tanto, no dejaba de venirme a la mente la imagen de la agresividad que había adquirido Paul. Cerré los ojos fuertemente queriendo evadirme de aquel impercedero pensamiento. Una y otra vez revivía en mi cabeza su pernicioso reacción.

Finalmente llegue al parque, la lluvia otoñal había cesado un poco. Se podía percibir un ligero olor a humedad, y me vi obligada a respirar profundamente.

Caminé sobre los adoquines mal puestos de la callejuela, que conducía a los interminables caminitos bordeados por arbolitos y hierba. Las hiedras se enredaban entre los leñosos tallos de los pinos, y los cipreses que se alzaban en el aire unos metros.

Me senté a solas en una banco que había quedado en el olvidado por la lluvia, gracias a él cobijo que le había dado aquel viejo roble, cuyas ramas hacían sombra a las viejas maderas de aquel banco, no se mojó.

Me eché a llorar con un fuerte sollozo, ¿Qué le estaba sucediendo? Me preguntaba para mis adentros. Después de un rato intentado digerir aquel mal trago pude oír como alguien gritaba por mi nombre, parecía estar lejos, muy lejos, entonces todo mi cuerpo se electrifico, me puse tensa, y miré a los lados asustada. Sabía que él había salido a buscarme.

Gritaba por mi nombre y los gritos parecían acercarse más y más a

donde yo estaba solitariamente sentada.

Me quede inmóvil.

--¿Miah? --Su voz era desesperada y resquebrajada.

Levanté la cabeza y vi su camisera empapada, entonces supe que ya llevaba tiempo buscándome, luego tropéese con sus rasgados ojos, esos que tanto me gustaban.

--¿Qué haces aquí mi vida? --Se puso de cuclillas ante mí.

Me cogió la cara y me miró con intensidad.

El llanto había vuelto a mis ojos, no podía remediarlo.

Se levanto, me cogió de las manos e insistió para que me pusiera en pie, frente a él. Sumisa me agarré a su porte y me quedé con él.

Pequé mi oído a su pecho y me concentré para escuchar las palpitaciones fuertes y desaceleras de su corazón.

Me cogió de la barbilla con cuidado, y luego me levanto la cara para, que así, pudiera mirarlo.

--Sabes que te quiero. --Murmuró con la voz rota en mil pedazos.

Las lágrimas caían de sus ojos.

Mi corazón se encogió y parecía hacerme un puño.

--Paul... --Arrastré las palabras como si pronunciar su nombre me costará mucho trabajo.

--Miah, las cosas a veces no son como queremos que sean. --Sus ojos me miraron tristes.

Agaché la cabeza porque no quería escuchar aquello que estaba escuchando. Evidentemente la intuición que sentí era cierta, no se equivocaba, algo se tornaba y eran nuestras vidas, nuestros caminos se alejaban.

--No quiero perderte. --Dije.

Él volvió a abrazarme tembloroso. Sentí como su pecho convulsionaba y tiritaba.

--Jamás dejaré de quererte, Miah. --Me miró. --Perdóname.

Al día siguiente cuando me levanté, miré a todos los lados. Parecía

haberme despertado de una fuerte pesadilla que se prolongaría hasta cinco años después...

Cuando miré al lado, el colchón estaba vacío, a mi lado no había más que una almohada deformada y ahuecada. Me eché a llorar fuertemente mientras me aprisionaba con las manos mis ojos. La rabia me consumía, y tenía la certeza de que jamás lo perdonaría por haberse ido sin siquiera darme un beso de despedida, sin siquiera mirarlo a los ojos, aunque fuera la última vez, aunque, en mucho tiempo no lo volviera a hacer.

Me levanté y miré el diáfano espacio del apartamento. Todo parecía tan gris y tan triste que mi alma se calló al suelo.

Observé nuestra foto en medio de aquella habitación, el sonreía de felicidad mientras yo lo miraba deseosa de, que su mirada se volviera para corresponderme. Fuimos felices...

Luego mis ojos se posaron en la exótica lamparilla que Julio me había traído como regalo, de uno de sus viajes de negocios, que había hecho a cuba. La miré con nostalgia y luego me acerqué tímidamente, con la yema de mis dedos la toqué. Sentí un escalofrío y retraída quité mi mano.

Parecía comerme las lagrimas...No podía creer que se hubiera ido.

En una de las esquinas de la pequeña habitación estaba bien colocados los trozos de la silla que había zumbado la noche anterior con tanto ímpetu.

En mi cabeza aún resonaba su voz y el estruendo esgurutal que produjo la madera de la silla al impactar con el suelo.

Cerré los ojos para bloquear mis pensamientos.

Mientras entraba en la cocina iba recogiendo todos mis objetos, luego los dejé sobre la barra de madera, que dividía el salón de la cocina, y cogí una pequeña caja.

Antes de comenzar a meter las cosas, mi vista se percató de un bonito sobre, que él, posiblemente había dejado intencionadamente, sobre mi cajita de té.

Sabía que lo primero que hacía por las mañanas era poner agua a hervir para hacerme un humeante té.

Sentí una gran presión en mi cabeza como si quisiera explotar, apreté fuerte mis labios y sentí como mis ojos producían nuevamente lágrimas.

Cogí aire fuertemente y con rabia tiré la carta en el fondo de la caja donde luego metí todos los objetos que ya había recaudado.

Estaba tan enfadada que no quería saber nada.

Después de haberlo tenido todo recogido y empaquetado salí del acogedor apartamento, pero no antes sin mirar el retrato que Paul había pintado en la esbelta pared. Era yo, estaba de perfil, mi largo pelo recogido en una trenza de espiga bordeaba mi estilizada figura, estaba inclinada recogiendo una pequeña flor, y Paul no dudó en plasmar ese pequeño momento en esa pared, después, puso dos fotos en el techo con la idea de, que cada vez que quisiera se iluminará.

Cuando lo estaba pintando me había comentado que le encantaba esa foto porque, estaba cogiendo con mis propias manos la vida... Jamás comprendí porque decía aquello, supuse que quizás a eso de vida, se refería a la flor...

Me di media vuelta con la caja en las manos y de un portazo cerré la puerta, me quedé un segundo con el corazón acelerado y quieta, cerré los ojos fuertemente, y por un momento todo a mi lado se diluyó.

Luego armándome de un valor que no sabía que tenía, bajé las escaleras, y con entereza dije adiós a aquella vida, que tanto me gustaba. Mi piel se mudaba, mi piel se cambiaba de piel, ahora mis ojos mirarían diferente, y en otra dirección.

Miré el edificio con pena, y luego me eché a caminar.

Capítulo 1

Cinco años después....

Caminé con mi carpeta bajo el brazo por la estrecha pero larga avenida que conducía a mi casa. Las guirnaldas levitaban en el aire, la brisa gélida las hacía bailar sobre nuestras cabezas. El cableado de luces que habían puesto en la peatonal calle era de lo más cautivador. Cientos de luces simulaban un cielo artificial de estrellas.

Me volví para mirar a mi amiga, Ania que caminaba a mi lado.

Sus rizos se movían con cada paso que daba, lo que despertó fuertemente mi atención.

--¿Cómo te encuentras, Ania? --Pregunté.

Ella no dudó en plancharse con las manos el traje de verano que llevaba puesto.

--Bien, llevándolo, ya sabes. --Sonrió tristemente. --No soy partidaria de las terapias.

--Lo se. --Sonreí.

--¿Quieres ir a tomar algo a Laurel? Hoy es viernes... --Puso ojitos.

Apreté fuerte las asas de mi bolso, y aunque quisiera negarme a la proposición de Ania, no pude. Me gustaba Laurel, una de las cafeterías con más acogida en esta parte de la ciudad.

--¿Qué me dices? --Volvió ella a insistir cuando se dio cuenta de que me había quedado en silencio.

La miré y luego asentí ligeramente con la cabeza. ¿Cómo podría negarme? Me dije para mis adentros.

El sonido de los coches se hacía cada vez más intenso, el tráfico se apelotonaba antes de los pasos de cebra. Las gentes caminaban despreocupadas, como si nada fuera con ellas, como si aquel movimiento para ellos fuera mudo.

Las humaredas que dejaban los tubos de escape de los coches eran horripilantes. El movimiento que retomaban las calles apuntaba a qué se acercaba una hora punta. Todo el mundo volvería de sus trabajos a sus

casas.

Antes de llegar a la cafetería, que los viernes se convertía en bar de copas, miré a mi amiga.

--¿Seguro que te quieres meter en Laurel, Ania? --Enarqué una ceja.

Ella me miró de arriba a bajo, como si mis palabras le hubieran sonado a un idioma jamás hablado.

--Ha quedado claro que, Julio, te tiene totalmente fuera de la onda. ¿En qué especie de ser raro te ha convertido? --Sé pavoneó mientras se acercaba a mí para desabotonarme un botón de la camisa.

--Te aseguro que estarás mejor así.

Ania era un chica tan extrovertida, que incluso, en muchas ocasiones ese atrevimiento me producía vergüenza ajena.

Atravesamos una al lado de otra la puerta de vidrio. La cafetería se había convertido en un bar, como era de esperar, es viernes.

Suspiré profundamente y con aturdimiento debido a la elevada música y al ruido miré el reloj de mano que llevaba. Sabía que Julio me estaría esperando. Cuando quise volver a levantar la mirada Ania ya me estaba arrastrando bar a dentro agarrándome de la mano.

Iba tropezándome con la gente que se mantenían tranquilamente charlando en pequeños corros para cuando llegamos a la barra ya me había disculpado unas cincuenta veces por los tropezones.

--¡Ania! --Le tire del brazo. --¡Ya esta bien!

Ella me miro con cara de pocos amigos.

--Eres muy seria, Miah. -- Dijo vagamente. --Divertirte no te vendría mal.

--Sé que no me vendría mal, pero ahora no era para mí un honor entrar aquí. --Me volví para mirar el ambiente. Laurel estaba repleto. Podía deducir que allí no cabía un alma más.

Un camarero se percató de nuestra presencia y no dudo en atendernos rápidamente.

Parecido muy novato preparando cócteles, Ania no le quitaba ojo. El chico gozaba de una bellaza exquisita, supuse que era normal que llamara la atención por ello.

--¿Que vais a tomar?--Dijo el chico mientras miraba a Ania con discreción.

--Una cerveza. --Dije casi chillando.

La música estaba a todo dar, era muy difícil intercambiar palabras.

--¿Señorita? --Llamó mi atención.

Los grandes y chispeantes ojos de Ania se volvieron para atender al chico que esperaba impaciente que ella le facilitara lo que iba a tomar.

Ania lo miró, trago en seco

--Una cerveza. --Contestó con firmeza.

Él sé dio la vuelta y se perdió entre el alboroto que tenía montado tras aquella barra.

--¿Ese chico...? --Musitó Ania como sí estuviera anestesiada por aquella mirada.

--¿Qué? --Pregunté.

--No se... --Respiró profundamente. --Es como sí... tuviera magia. Jamás lo había visto por aquí y es tan atractivo. --Se agarro la cara entre sus manos.

--Quizás no es de aquí. -- pude decir mientras lo miraba.

--Es realmente atractivo. --Intervino ella intentando salir de su encantamiento.

El camarero no tardo más de dos segundos en servirnos. Yo estaba agradecida por ello, con tan mala suerte, Julio ya me estaría esperando.

Cogí mi bolso, quité un billete y le pagué, él me pico de ojo y luego su mirada bailo hasta Ania, con gracia se dio media vuelta y caminó apresurado hasta donde finalizaba la alargada barra de madera.

Allí mismo, alcancé con mi mano una butaca que había pasado desapercibida entre la gente que buscaba un sitio para descansar sus pies. Esta vez había tenido suerte. Divisé contenida a las gentes que allí estaban, reían, bailan, hablaban... mientras que el bullicio se elevaba más y más.

El escandaloso alboroto que habían montado unos hombres, que más qué, hombres, parecían cavernícolas. Daban puñetazos sobre la madera, y llamaban voceando al camarero. Él camarero se acercó, y tomó nota mentalmente de lo que iban a tomar.

Se tomó su tiempo para preparar las copas y luego corrió hasta donde estábamos nosotras y las deposito frente a los hombres, pero para la desgracia del pobre chico, una de ellas se derramó causando un desastre...

Había mojado completamente a Ania. Observé el pánico en los ojos de,

Ania, que se había escandalizado al ver que su camisa había quedado totalmente empapada.

Mis ojos no dieron abasto a ver tanto desorden, él camarero no daba crédito por lo que había causado.

Se intentó disculpar hasta que la seca voz de Ania lo sorprendió por completo.

--¡Ten un poco de cuidado! --Gritó ella mientras cogía servilletas para secarse la camisa.

Me tensé cuando me percaté de qué uno de los hombres no dejaba de mirar los pechos de Ania, instintivamente perseguí sus ojos y me dí cuenta de que al mojarse la camisa se le traspasaba todo, la transparencia era tal que parecía estar desnuda.

--He guarrilla. --Dijo el hombre con desdén.

Ania levantó fuertemente los ojos y los escrutó.

--¿Qué has dicho? --Dijo ella levantándose del taburete.

El hombre se ríó estrepitosamente de ella.

--Si eres hombre vuelve a repetir lo que has dicho.. --Se acercó a él retándolo.

El hombre pareció ofenderse y arrugo el seño. Se acercó a ella y estoy segura de que le acarició la piel con la respiración. Aún así, Ania, no retrocedió ni un paso atrás.

Me encogí de hombros porque ya nada podía hacer, observé encogida las agresivas intenciones de él hombre, y cuando ví que esté la quería empujar tiré de ella, pero al hacerlo estaba tan tensa, que ni siquiera se movió.

--Eres una cerda. --Dijo el hombre a punto de escupirla.

El camarero saltó por enzima de la barra y lo encaró.

--¡Respetar a las mujeres! --Gruñó.

Severamente el hombre, alto, barrigudo y sudoroso miró al camarero y le pegó un puñetazo.

Los acompañantes estaban tan sosegados, que no eran capaz de reaccionar, uno de ellos le facilitó a Ania una chaqueta, para que se pudiera tapar, Ania la recibió cortésmente.

--Discúlpelo señorita, no se que le ha sucedido. --Le dijo uno de ellos. -
-No tendrá que devolvérmela.

Ania encogida lo miró sin decir nada, y se puso la chaquete. Luego la

cogí del brazo y tiré de ella hasta el exterior.

Para cuando los nervios dentro de Laurel se habían calmado, él camarero salió a ver como estaba Ania.

--¿Estas bien? --Le dijo el chico cogiendo resuello.

Nos apartamos cuando un hombre quitó arrastras, a aquel hombre. Antes de irse le lanzó, a Ania, una mirada amenazadora, entonces el camarero dio un paso adelante pero él gran y fuerte hombre no dudó en tomar calle arriba e irse.

--Discúlpalo es un descerebrado. --Suspiró él, mientras se secaba del labio la sangre. -- Les advertí a mis jefes qué esto sucedería, sí convertían la cafetería en bar todos los viernes.

--¿Estas bien? --Le pregunté señalando sus labios.

--Sí. --Respondió sonriente

Él chico miró a Ania, y yo pasé desapercibida ante su mirada.

--Mi nombre es Henry.

Ania levantó un poco la mirada y lo observó. Después de un incomodo silencio se oyeron golpes procedentes del interior.

--Debo irme. --Dijo él, y luego se marchó.

Capítulo 2

El frío del exterior me golpeó en las canillas, sin ningún tipo de consideración, me estremecí por el gélido aire.

Un impulso inconciente, con él que no contaba, me hizo alzar la mirada a aquel enladrillado edificio qué tanto me gustaba, y del que sin lugar a dudas, aún estaba enamorada. La fachada del edificio era de lo más anticuada. Miré y observé que de una de las ventanas sobresalía una tenue

luz, que advertía qué, aquel apartamento donde un día había sido feliz junto con el hombre que ahora vivía en mis recuerdos, estaba habitado. No sabía con certeza si era él, el que había vuelto a la Isla, o por el contrario, era otra persona. Quizás lo había alquilado para auto pagarlo, era algo que no podía saber, era algo que se quedaba fuera de mi alcance.

Mi respiración se contuvo, y no pude dejar de mirar, mis pies comenzaron a tambalearse y perdían estabilidad producto de los nervios.

La incertidumbre estaba latente en mí, inconscientemente me mordía el labio inferior. No dejaba de preguntarme una y otras vez, si había vuelto de aquel viaje.

Torné la mirada a las baldosas de la acera, con una pena que reconcomía. Una esperanza seguía habitada en mi interior, una esperanza que últimamente me estaba torturando, aunque hubieran días en los que todo parecía neutralizarse.

Nada era seguro, pero sí algo sabía es que, el volvería, volvería a escandalizarme con su penetrante mirada, volvería a desvelarme cien noches más con el café intenso de sus ojos. --Suspiré aletargada.

--¿Miah? --La voz de Ania me alejó severamente de mis espesos pensamientos. Me limité a mirarla porque en mi garganta se había formado un fuerte nudo de emociones difícil de diluir.

Ahora, no sabía, si tenía ganas de echarme a llorar o por el contrario sonreír. Lo cierto es que al ver la pequeña lucecilla que resplandecía tras la pequeña ventana, mi interior había quedado inmerso en una revolución de sentimientos.

--¿Qué te pasa Miah? Te he estado hablando todo el rato, y pareces estar en otro mundo. --Fanfarroneó indignada por mi falta de tacto.

--Discúlpame... --Dije con desgarró en la voz. --Es que... --Tragué en seco. --Estaba pensando en algo y...

Sonreí avergonzada.

Me miró atentamente y las facciones de su cara parecían ennegrecerse.

--¿Te ha pasado algo? --Preguntó frunciendo el seño.

Negué con la cabeza.

--Miah, has mirado a ese edificio, me he dado cuenta... Además te brillan los ojos.

Se dio media vuelta y miró con extrañeza la anticuada fachada.

--No, me pasa nada. --Sonreí tensamente.

Me sentí incomoda con aquel recuerdo, con el recuerdo de Paul Ortsac, me vi aprisionada por los recuerdos. Nunca entendí porque Cristy, la asistente de Julio, me acusaba con el dedo, me miraba fijamente y me decía... *que es lo que guarda tu corazón, que tu boca calla.*

Quería al hombre con él que estaba, Julio Zurc. Pensar en el pasado, pensar en el hombre que me erizó la piel, pensar en él, y en ese amor que jamás llegará hacer remplazado o sustituido, me era complicado.

Un silencioso llanto cubrió mis pupilas, disimuladamente me lleve las manos a detener las lagrimas que querían rodar por mi cara, libres y campantes.

Quise no sonreír, pero la tensión me jugó una mala pasada, me vi obligada a sonreír.

--¿Por qué sonríes? --Dijo ella frunciendo el seño. Sus pupilas destellantes, el color azul de sus ojos quisieron intimidarme.

--No es nada. -- dije y quité los ojos de aquel edificio. Definitivamente no quería hablar de ello, tampoco quería llenarle a Ania la cabeza con mis problemas, ya tenía suficiente con los suyos.

Sé quedó algo pensativa, pero tampoco se atrevió a indagar más.

Caminos juntas de nuevo por aquella avenida que tanto me gustaba.

Mis medios tacones repicaban en las baldosas de la acera. Era el único sonido que se oía en el silencio que guardaba la calle.

El flujo del tráfico había parado, la ciudad ahora parecía estar durmiendo.

--¿Cómo lo llevas Ania? --Pregunté.

Se me había pasado por alto preguntarle sí seguía haciendo terapia con aquella psicóloga.

No hacia más de un año había perdido a su marido en un accidente de tráfico. Iban de camino a una casa que tenían al lado del mar, al sur de la Isla. Acaloradamente discutían sobre la discoteca que él tenía por negocio.

Ania se negaba constantemente a que él siguiera llevando esa mala

vida. Ella soñaba con qué él se deshiciera de ella, la vendiera. Pero pasaba el tiempo y el no lo hizo.

Ese día, el calor abrasador, la discusión y la tensión hicieron que el coche donde ambos iban chocara fuertemente con un guardarraíl.

Desgraciadamente no pudieron hacer nada por la vida de Osben. Ania resulto salir totalmente ilesa, con algunas fracturas de escasa importancia.

--¿Cómo lo llevo? --Cuchicheó.

La mire perpleja.

--He pensado que ir a terapia no me ha ayudado tanto como creía.

Me quede desconcertada y observé como su lacio pelo bailotea con el viento que nos daba fuertemente por detrás. Las copas de los árboles hacían hilera a un lado de la calle, se movían con sigilo.

--¿Entonces que piensas hacer? --Dije mientras me ajustaba las asas de mi bolso en mi hombro derecho.

--Tengo que enfrentarme al pasado, a él miedo, al pánico que me produce pensar en Osben. Después de tanto tiempo creo que es hora de dar un paso adelante.

--¿Ania? --Me lleve la mano a la boca sorprendida.

Ella se paró en medio de la acera y me miró extrañada por la reacción que yo había tenido.

--¿Qué pasa? --Balbuceó algo enfadada.

--Has mencionado su nombre. --La abrasé fuertemente.

--Es tan duro. -- Dejo escapar entre dientes como sí le doliera decirlo. La miré a los ojos y vi que las lágrimas habían vuelto a sus ojos azules cobalto. Torné las cejas, y le acaricie la mejilla, luego no dude en arrastrarle con mi mano las lágrimas que se desplazaban por la tez de su cara meticulosamente.

--Estaré a tu lado. ¿Lo sabes verdad? --Deje caer en su mejilla un beso.

Ella se mostró sumisa y asintió con la cabeza.

--Es que.... -- Suspiró conmovida. --Ha sido todo tan rápido que, creo que, ahora es cuando estoy digiriendo todo lo que sucedió.

La miré compungida.

--¿Te estas quedando en casa de tus padres? --Pregunté.

Asintió con la cabeza y se hundió de hombros, como sí eso también le doliera.

--No puedo volver a nuestro piso. --Suspiró derrotada. --Todo me recuerda a Osben. He pensado que lo mejor será venderlo.

--Debes de pensarlo bien. --Dije.

Mi móvil comenzó a sonar y me vi obligada a dejar a Ania con las palabras colgando de su boca.

--Disculpa.

Pude decir mientras mi mano se perdía dentro de mi amplio y gran bolso. Me quitaba de quicio no encontrar las cosas. Los bolsos grandes parecían tener un agujero negro, donde todo se iba perdiendo.

Cogí el teléfono pero la llamada ya se había cortado. Era Julio. Tecleé su número rápidamente.

Me encogí dentro del tejido de mi camiseta, queriendo evadir el frío, pero era imposible... me preguntaba que como en esta época del año podía hacer tanto frío. . Me quejé porque era insoportable la humedad que se había instalado en aquellas callejuelas.

Mi móvil comenzó a sonar antes de que yo pudiera pulsar la tecla de llamada.

--¿Miah? --La voz de Julio causo un grave estrago en mi interior. Un silencio me aprisiono los labios. --¿Dónde estas?

Torné la mirada al suelo con cansancio y luego miré a Ania que estaba cruzado de brazos emergida en su mundo interior. Ella lo estaba pasando especialmente mal.

--Caminando, se me ha hecho tarde. --Contesté.

Me despedí de Ania volviendo a darle un abraso y un beso. Caminé apresurada con el fin de poder llegar a casa de mis padres para poder ducharme y prepararme lo más rápido posible.

--He estado esperándote.--Exclamó impertinente como si estuviera enfadado.

--Lo se, Julio. -- Rechisté.

Se formó un silencio entre ambos. Podía oír el sonido de su respiración agitada a través de aquel móvil.

--Mira a tu derecha. --Dijo finalmente

Miré a la derecha como él me había indicado, pero para mí sorpresa no ví a nadie, más qué, la negrura de la noche y una hilera de coches aparcados en la misma dirección.

Mis sentidos pudieron escuchar el rugido del motor de aquel Jeep, ya

me había familiarizado en el sonido. Mi interior se exalto.

Miré a un lado y ahí estaba, con la mirada fija al frente, parecía enfadado.

--Sube... -- Dijo seriamente mientras reducía la velocidad del Jeep a escasos metros de donde yo estaba.

Torné las cejas y lo miré mientras me iba acercando.

En el negro metalizado de la carrocería se reflejaban las luces amarillentas de las farolas. Crucé la carretera volviendo a encogerme por aquel frío que parecía no tener compasión conmigo. El viento azotaba mi cuerpo sin consideración. Me estremecí y apreté fuerte mis dientes.

Abrí la puerta del automóvil e inspiré aire profundamente, lo miré y no pude dejar desapercibido su atractivo.

Llevaba una camisa blanca almidonada y hasta lo que podía ver se le ajustaba con esmero a la anchura de su espalda y sus brazos. La fina tela dejaba pasar el color de su piel aceitunada.

Observé insaciable como su brazo reposaba en la puerta, llevaba el cristal completamente bajado, su mano derecha estaba aferrada a la piel negra del volante. Sus ojos pardos se volvieron para mirarme, me impactó su seria mirada que parecía intimidarme, yo no intenté evadirme de aquella frenética fuerza que desprendían sus ojos.

Después de unos segundos en silencio puso el Jeep en marcha. No podía evitar la grata sensación que creaba esa forma que tenía de mirarme, que me desgarraba por dentro y ponía mi interior a escocer de deseos.

Sonreí para mis adentros, cerré los ojos fuertemente hasta que mis sentidos pudieron captar su sutil perfume.

--¿Cómo has estado? --Pregunté mientras todos mis pensamientos se rompían en mil pedazos.

--Bien. --Contesté.

--Bésame. --Dijo mientras se inclinaba con un deseo insaciable para alcanzar mi cara, lo miré con detenimiento y me fui acercando a él con cuidado, como si me diera miedo plasmar mis labios en los suyos.

Me cogió de la mano y me estrecho hasta quedar erguida en su pecho, su respiración estaba a escasos centímetros de mi oído, pude sentirlo, pude percatarme de su respiración agitada, entonces fue cuando deje reposar mis labios en los suyos.

--Eres tan dulce. --Dijo pausadamente y sus palabras me impregnaron.
--Quisiera pedirte algo.

Mi cuerpo se electrificó, deje de mirarlo, me aleje de él y me quede mirando fijamente el negro asfalto.

--¿Pedirme algo? --Musité asustada y desconcertada, aunque por el tono de su voz pude deducir que no se trataba de nada malo.

Capítulo 3

--Necesito que vuelvas a la moradita. --cogió el volante con fuerza. Como sí de alguna manera quisiera deshacerse de la rabia. --No quiero que vuelvas a dejarme solo.

Torne la mirada a la alfombrilla del Jeep.

--No puede ser. --Dije apretando fuerte mis labios.

Sentí que estaba mirándome por ello no levante la mirada de donde la tenía posada.

--Mi madre Kent, no volverá a inmiscuir en nuestros asuntos, Miah.

Zarandé la cabeza con negación y respiré fuertemente.

--Por favor, Miah. --Me rogó. -- No quiero que estemos más tiempo separados. ¡No lo soporto! Parece que me voy a volver loco.

Miré al frente y no dije nada. Quizás me estaba planteando volver a la moradita pero al pensar en Kent, la madre de Julio, la cuál, había causado grandes problemas entre nosotros, todas las posibilidades que nacían dentro de mi morían. No quería que esa señora nos volviera a separar.

Después de a ver perdido a mi bebé nada fue igual entre Julio y yo.

Tenía claro que Kent, había tenido algo que ver en todo lo que me paso un año atrás. Él doctor Claren, un hombre entrado en edad llevo mi caso, me prometió que jamás podría volver a concebir, ya que, al

practicarme él legrado toda mi matriz había quedado dañada.

El doctor Claren, el ginecólogo que había sido el médico de la familia Zurc Agles durante varias generaciones, había destrozado parte de mi vida.

Julio entró por el camino angosto empedrado y mal asfaltado que conducía a la moradita. Su casa.

No estaba de acuerdo con volver de nuevo a la moradita, sabía que Kent volvería a hacer de las suyas sí sé enterara de qué yo había vuelto.

La puerta se abrió ante nuestros ojos, las luces del Jeep alumbraron hasta tres metros de distancia, se podía ver el sauce llorón que cobijaba la amplía casa. Me estremecí.

El viento que parecía despertarse entre aquellas montañas entraba por las rendija de la ventanilla del Jeep. Los neumáticos se desplazaron y se anticiparon por enzima de las piedras y la tierra.

--Vamos a hacerlo, Miah. -- Dijo Julio cociéndome la cara entre sus manos. --Quiero que vuelvas, quiero que esté sea tu hogar una vez más.

Me quede en silencio, pensé en que podía decirle, pero mi mente estaba tan bloqueada que no fue capaz de concebir una respuesta para poder negarme. Me quede callada mirando al frente.

Mi pecho temblaba y pensé que quizás, ya era hora de dejar de negarme, yo deseaba más que él, volver, debía dejar el pasado, por muy doloroso que fuera, o por el contrario, arruinaría el presente.

Lo miré a los ojos y eso fue suficiente.

--¿Me quieres? --Preguntó acogiéndome con sus manos, me sostuvo las caderas y de ese modo logró retenerme entre sus brazos.

Sus palabras indagaron hasta llegar a mi corazón, sonreí para mis adentros y me tomé mi tiempo para contestarle.

--Tanto como tú a mí. --Esbocé una sonrisa nerviosa, luego no dude en quedarme colgada de sus ojos pardos y su firme mirada.

Agitada de deseo, observé con detenimiento como su mirada viajaba desde mis ojos hasta mis labios, parecía desear uno de mis besos, esos besos que tanto solía reclamarme.

--Miah, --Suspiró fuertemente, al estar pegada a su fuerte tributo, noté como su pecho convulsionaba fuertemente, supe que sus pulmones se habían llenado completamente de aire. --No se que hacer para demostrarte que eres lo más que quiero en este mundo, jamás te haría daño, tampoco permitiría que nadie te lo hiciese, se que estas dolida y que han pasado muchas cosas, tantas, que hasta a mí me cuesta digerir.

--Julio...--Mis palabras se atragantaron en mi garganta, ahora ya no veneraba esos ojos que tantos estragos escandalosos habían causado en mí.

Ahora sentía una fuerte presión en mi pecho, que oprimía mis sentidos. --No te culpes, yo fui la que quise irme, quise alejarme, evadirme.

--Lo se mi vida, --Me acarició la cara. -- Quiero que estés conmigo.

Torné la mirada al suelo.

Él me levanto la cara con el dedo índice y no me quedo más remedio que mirarlo.

--Fue muy duro aceptar. --Musité con la voz casi rota.

--Miah, mírame, sé que piensas, que yo no sentí esa perdida, se que piensas que no me importó y se que piensas que no me dolió. Ojala pudiera darte un catalejo para que pudieras mirar mi interior.

Me quedé en silencio.

--¿Lo piensas, verdad? --Volvió a levantar mi cara con sus dedos, su voz parecía triste y defraudada.

Asentí con la cabeza.

No podía mentirle.

Él sacó la mirada aún lado como si algo lo estuviera perturbando.

--¿En que piensas? --Le pregunté

Él negó con la cabeza, como si no pudiera hablar.

--No se porque lo hiciste --Me reprochó finalmente.

Me quedé en silencio y me masaje las manos intentando eliminar la tensión que se había acumulado en mí

Él sé metió las manos en el pelo, agitado, como si su mente le estuviera hablando a gritos.

--Debí hacerlo, Julio. --Me justifiqué. --Sabes de sobra que después de

lo que paso.... --Agaché la mirada al suelo apenada.

--No hace falta que lo repitas, se que te dolió tanto como a mí, pero aún más me dolió tener que acostumbrarme a saber que estabas a diez kilómetros de distancia, y no poder tenerte. Fueron muchas las noches en las que no pude dormir, demasiadas en las que mis ojos no podían cerrarse y se quedaban colgados mirados al techo, ausentes, porque deseaba tener tu cuerpo entre mis manos, anhelada tus tibios labios, extrañaba el perfume que desprendía tu melena y poder acariciarla.

Me lancé a su cuello con los ojos llenos de lagrimas, lo abracé tan fuerte, que parecía que la vida se me escapaba en ese abrazo que tanto estaba sintiendo.

Sus manos me acogieron de nuevo, me llevo hasta su pecho y ahí me quede abraza a él. Mis entrañas se revolvieron, la pena que sentía se diluía al sentirlo, al abrazarlo, al tenerlo tan cerca de mí.

Después de todo él no tenía la culpa de lo que me había pasado, mas bien era la victima, igual que yo. Él no era dueño de los actos de la Señora Kent, tampoco, pudo hacer nada para evitar la perdida de nuestro bebé.

Todo parecía haber sido tan incierto, y tan rápido, que era difícil de creer el porque para tantas preguntas. Quizás, ahora ya no me importaba tanto, después de que las semanas fueron pasando, me fui encontrando a mi misma. Estaba tan ilusionada con aquel embarazo, que fue difícil de creer que un señor, al que apenas conocía, arrugado y quemado por la misma vida, tuviera que arrancarme a aquel trocito de cielo que se había aferrado a mi vientre.

No lo habíamos planeado, ni Julio, ni yo, no fue esperado, apostaría que a ninguno de los dos se nos había pasado por la mente la idea de tener un bebé. Supongo que sucedió sin más, sucedió porque tenía que suceder, en una noche donde nuestros cuerpos impactaron fuertemente, las caricias y los besos apasionados nos llevaron al acuerdo mutuo y al preciso momento. Quede embarazada.

Al principio no quería creerlo, mi periodo se había perdido entre dos meses, ahí empezó todo, cuando supe que estaba embarazada. Kent, la madre de Julio no tardó en enterarse, y le recomendó a Julio que me llevara a la consulta del Doctor Claren. Supuse que era un médico de prestigio, y fui.

Todo andaba bien, hasta que un buen día, el Doctor anunció que estaba teniendo una perdida, no quise escucharlo, pero él se empeñaba en que tenían que intervenirme.

Fue duro para mí porque ya había empezado a querer a la semilla que estaba creciendo dentro de mí, llegó el día de la intervención a la que me resistí hasta el final, luego pase la perdida entre sollozos, renegaba de todo y de todos. Fue duro, algo inimaginable, incomprendible a la piel del que no lo siente, más duro, fue saber que no iba a poder concebir nunca más, había quedado estéril según los informes del Doctor Claren. Días después encontré a la señora, Kent rebuscando en los cajones de mi mesilla de noche, justo donde yo, con apano guardaba todas y cada una de las ecografías con sus respectivos informes, por ello intuí, que ella tenía algo que ver con lo que me había sucedido. Nada estaba claro sobre eso, pero solo pensaba en que las mentiras con el tiempo solían salir a la luz.

Abrí un ojo y lo cerré. Me revolví en la cama queriendo no despertarme, pero después de unos minutos contemplándome a mí misma terminé por abrir los ojos.

Observé la blancura del techo de la moradita, la penumbra de la noche aún estaba latente en todos los rincones hasta donde mi vista alcanzaba a ver.

Me estrujé los ojos con los puños e irremediamente comprendí que estaba agotada. Me incliné en la cama y me volví para comprobar si, Julio estaba a mi lado, quizás era lo que deseaba, que él estuviera ahí, junto a mí.

Después de tanto tiempo sin estar con él, verlo dormir sería el mejor de mis regalos cada mañana.

Me sorprendí cuando me di cuenta de que no estaba, observé las impecables sabanas blancas que habían conservado la silueta de su cuerpo.

Pase mi mano sobre ellas y el tacto contra el tejido me produjo un leve cosquilleo en la palma de la mano. ¿Dónde estaba? Me pregunté para mí misma. Torné las cejas y haciendo un gran esfuerzo me senté en el borde de aquel cómodo colchón.

Divisé todo lo que había a mi alrededor, la poltrona tapizada que Julio me había comprado. Estaba impecable, en el mismo lugar donde mismo

yo la había dejado antes de irme a casa de mis padres.

Aletargada me puse en pie y me dirigí al baño, intenté tropezarme con alguna esquina de algún mueble que estuviera fuera de lugar.

--¿Miah? --La voz de Julio me hizo retroceder y me vi obligada a volverme para mirarlo. A través de la penumbra de aquel pasilloforcé la mirada. Mi corazón dio un brinco, me había asustado porque por alguna razón no lo esperaba.

Encendí la luz del baño para de esa manera poder verlo.

Él camino por el pasillo en silencio hasta llegar a donde yo estaba. Dejo caer en mi frente un beso, un beso de esos protectores. Sonreí para mis adentros.

--Pensé que no te levantarías tan temprano. --Murmuró con la voz áspera.

Me quede en silencio.

--¿Por qué huele a café?

Pregunté extrañada.

--Cristy estará al llegar... -- Dijo él apretando fuerte sus labios.

Esa respuesta no respondía a mi pregunta.

--¿Quieres desayunar? --Preguntó.

Asentí con la cabeza.

El timbre de la moradita sonó, lo miré perpleja, el no dudo en correr sobre el parquet para abrir.

Aproveché para meterme en la ducha, sería la Señora Cristy pensé para mí.

Cristy, una mujer con unos conocimientos impecables, entrada en edad. Tenía la sensación de que había sido una mujer que había pasados grandes trabajos en la vida, lo supe por lo estropeadas que tenía sus manos. Cristy crío a Julio desde que era un bebé, lo vio que crecer y más tarde hacerse mayor. Ella lo conocía a la perfección, incluso más que su madre Kent. Atendía la moradita, se encargada de todas las tareas e incluso intentaba mantener intactas las cosas de Julio.

Abrí el grifo del agua y dejé que se templara, comprobé con mi mano que no estuviera ni muy caliente ni muy fría.

Me metí bajo el chorro chispeante, cerré los ojos y deje que las miles de gotas se deslizaran por todo mi cuerpo.

Una pequeña lucecilla activo los engranajes de mi mente, que aún

estaban entumecidos por el sueño, no querían trabajar desde tan temprano, pero aquel olor a café... ¿Para quién había hecho el café? Doña Cristy no bebía café, era muy amante del té con leche.

¿Cuánto tiempo habría pasado desde que se levanto hasta que yo me desperté? Lo cierto es que aún ni siquiera el día había aclarado allí fuera.

Capitulo 4

El crujido de la puerta del baño me dejó sin aliento, supe que era él, el que estaba entrando.

A través de la estructura de cristal de la ducha vi su fuerte tributo y me encogí.

--¿Estas lista? --Dijo mientras cogía una maquinilla de dentro de las cestas de mimbre para afeitarse.

--En un momento. --Contesté observando el vapor que empañaba aquel vidrio. Por alguna razón estaba enfadada con él. Algo de extraño había en él. ¿Qué era lo que me estaba ocultando? Parecía tan misterioso...

Lo miré a regañadientes conteniendo mi respiración, luego puse un pie en el frío suelo, me enrollé en una toalla y no dude en salir del baño.

Me dirigí al vestidor pensando, sí había dejado algo en el armario cuando me fui.

Me senté en el pequeño diván y encendí la alargada lamparilla de pie

que había gusto al lado del sillón.

Abrí el armario y contuve un suspiro, cuando vi que había más cosas de las que yo pensaba que había dejado. Cogí una falda plisada color verde musgo, luego volví a estrechar la mano para alcanzar una camisa básica blanca. Me vestí con tranquilidad mientras oía las cantigas de Cristy, ya había llegado y se había puesto a hacer las labores.

Abrí un cajón para asegurarme de que no tenía mas partencias allí, me sorprendí cuando vi una muñeca. La cogí entre mis manos. ¿Qué hace esto aquí? Me dije para mí totalmente extrañada.

Me calcé con mis medios tacones y salí al exterior. El sonido del tacón chocar con el parquet oloriento retumbo en las blancas paredes del pasillo.

Cristy solía fregarlo con un producto que al parecer ayudaba a tratar la madera para que esta no se echara a perder.

Abrí la vidriera que desconectaba el salón con los dormitorios. Cristy se quedo perpleja mirando lo que llevaba mis manos, miró sobrecogida la muñeca de trapo.

--Buenos días, Miah. -- Sonrió algo apesadumbrada. -- No te esperaba aquí.

Esbocé una sonrisa porque estaba tan desencajada que nada me cuadraba. ¿Qué significativa aquella muñeca de trapo? ¿Y que hacía en mis cajones?

--Buenos días Cristy. -- Dije con seriedad.

Ella se dio cuenta de que mi humor se había quedado esta mañana en la almohada.

--Miah. --Estrechó la mano e hizo ademán para coger la muñeca. --La he puesto yo en tus cajones. ¿No te habrá importado verdad?

Sonrió arrancando la muñeca de mis manos.

--Para nada. --Pude decir. -- ¿Pero de quien es?

Cristy se metió en la cocina como si de alguna manera quisiera evadir mi pregunta, la seguí y me senté en el desayunador sin abrir mis labios. Vi que sobre la madera reposaba una tetera humeante.

--Eso no me corresponde decírtelo, Miah. -- Dijo ella mientras lavaba un par de platos que estaban sucios en el fregadero. Observé sus arrugadas manos al mismo tiempo que el agua le caía sobre ellas.

--¿El que no te corresponde decirme, Cristy ? --Pregunté algo nerviosa.

--Miah. --Se volvió para mirarme pero antes cerró el grifo del agua. --
No me persigas con tu insistencia.

Julio entro por la puerta y al ver la muñeca de trapo sobre una de las sillas freno en seco y se agito.

--¿Qué hace esto aquí? --La cogió como si de un tesoro se tratará y luego miró a Cristy.

--La puse en los cajones de, Miah cuando se fue. --Murmuró Cristy algo agitada.

Torné las cejas porque no llegaba a comprender lo que estaba sucediendo.

--Esto estaba en casa de mi madre. --Protestó él.

Cristy lo miró compasiva.

--Lo se, mi niño. -- Suspiró algo cansada. -- No se como ha podido llegar aquí.

Julio parecía agitarse más de lo normal. Me sorprendí al verlo tan conmovido, al final de cuentas solo era una muñeca.

El timbre de mi móvil me distrajo de todo y me vi obligada a saltar de la silla.

Caminé apresurada hasta la entrada, donde una noche antes había dejado mi bolso casi tirado.

Cogí el teléfono y esta vez parecía llegar a tiempo para responder, puse el bolso sobre la cómoda que reposaba en la entrada.

--¿Miah Diez? --Una voz estrepitosamente rugiente me dejo sin habla.

Me mantuve unos segundos en silencio.

--Si. --Respondí.

--Mi nombre es Mateo Launser. He visto su blogs en Internet, hace usted unos arreglos florales impecables. Me he permitido la libertad para apuntar su numero de teléfono y de esa manera poder llamarla. ¿Podría contratar sus servicios?

Me quede en silencio, fruncí el seño.

Provenza la floristería que había montado, no hacia más de dos meses, estaba causando gran influencia en esta pequeña ciudad. En poco tiempo se había ganado una significativa reputación y todo gracias al tacto de Doña Cristy, que se ha entregado en cuerpo y alma porque todo salga bien.

--Será un placer. --Contesté.

El hombre parecía sonreír a través del teléfono.

--Un placer será para nuestra compañía, poder contar con usted. La volveré a llamar. --Dijo él mientras se despedía y colgaba.

¿Mateo Launser? Me dije para mis adentros. ¿Una compañía? Eso no resolvía las incógnitas que me habían surgido.

Volví a entrar en la cocina, Julio y Cristy se volvieron para mirarme, estaba tan emocionada que quise dejar pasar por alto lo de la muñeca de trapo. Seguro que no era nada tan importante como para tener que preocuparme. Me senté frente a Julio y me serví un té.

Antes de salir de la moradita, Julio me miró de arriba abajo, sonrió tibiamente.

--¿Piensas que aún deba volver? --Pregunté cogiendo mi bolso.

Él me miro aún más intensamente.

--¿Por qué sigues dudándolo, Miah.? --Preguntó ofendido.

--No se... --Torné la mirada al suelo. --Creo que me he perdido mucho desde que me fui.

--Todo sigue como siempre. --Suspiró tomando mi cara entre sus manos. --¡Mírame! --Levante la mirada y observé el movimiento de sus ojos. --No tienes de que preocuparte, he hablado con mi madre sobre lo que sucedió, le he quitado las llaves de la moradita, no volverá a interceder en nuestras vidas.

--No lo veo tan claro, como dices... --Dije poco convencida. --La muñeca...

Hice un pequeño ademán a la nada.

--No le des tanto sentido a todo, Miah. No es nada de lo que te tengas que preguntar. --Hizo una mueca con su boca.

Mire la estantería que reposaba incrustada en la entrada y algo verdooso me llamo la atención de repente. ¿Qué es eso? Me dije para mi misma.

Julio había abierto la puerta de la entrada, él debía de ir al catering cuanto antes, y yo tenía que abrir la floristería.

Antes de ponerme en marcha y salir, me puse de puntillas, disimuladamente mi mirada se volvió a pasear por aquella estantería, donde aquella caja parecía esconderse tras un tumulto de libros polvorientos que la escondían.

Salí al exterior, el cielo estaba plomizo, los nubarrones no dejaban que el sol alumbrara las esbeltas montañas. Me encogí de hombros antes de subirme al Jeep y mire a Julio.

--Iré por mi casa a recoger mis cosas. --Susurré quitando la mirada aún lado.

No tenía que mirarlo para saber que estaba sonriendo.

--Será todo un placer volver a tenerte entre mis brazos. --Se acercó delicadamente y dejó caer en mi cien un beso.

Un delicado silencio nos envolvió cuando íbamos saliendo de la moradita. Estaba segura de que quería volver. No sabía que sucedería. Desde que Kent, se enterará de que he vuelto estaba segura de que haría todo lo posible por hacerme la vida imposible.

Nos fundimos en el aparatoso tráfico, mientras yo no dejaba de darle vueltas una y mil veces a los pensamientos que reconcomían mi mente.

Las colas alertaban de que iba a hacer un día muy movedido. Los dos cruceros que habían atracado ayer en el ala norte de la Isla advertía de una marea de turistas.

Pasamos por delante de Laurel, la cafetería, no pude evitar que mi mirada se insertara en el interior, luego desplacé mis ojos dos metros, y nuevamente aquel edificio enladrillado me conmovió. Subí la mirada disimuladamente y observé si aquella ventana estaba aún abierta, la curiosidad por saber estaba latente en mí. Evidentemente mis sospechas se cumplieron, alguien estaba viviendo en aquel apartamento porque una cortina verde agua se holgaba con el viento.

Dos manzanas más después, Julio estacionó el Jeep, justo enfrente de Provenza, la floristería.

--Miah, hoy Cristy no vendrá a ayudarte.

--¿;Porque!?! --Exclamé.

--Le he dado el día para que valla a casa de mi madre. Me ha pedido el día porque tienes unos asuntos que resolver, he ir a ver a su marido al cementerio.

Fruncí el seño y más tarde suspiré.

--Me las arreglare sola. --Dije mientras cogía mi bolso y me aseguraba de que lo tenía todo.

--¿Vendrás al catering? --pregunto él masajeándose las sienes.

Aquella pregunta me había sorprendido ya que todos los días iba a almorzar con él. ¿Porque ahora me lo preguntaba?

--Te llamaré. --Dije y luego me baje del Jeep sin decir nada más. Cerré la puerta y crucé la calle, pero una fuerte clavada en mi vientre me impidió caminar. Me lleve las manos para sujetarme la barriga, como sí de esa manera el dolor se esfumaría. Apreté fuerte mis dientes.

Julio se percató de aquel gesto y saco medio cuerpo por fuera de la ventanilla.

--¿Miah, estas bien? --Preguntó.

Me volví con una sonrisa doliente.

--Sí. --Alcé la voz y seguí caminando esquivando a los coches que pasaban a una velocidad reducida.

La mañana había recobrado vida en todas las calles, las gentes caminaban tranquilamente alardeando de las ofertas que ofrecían los establecimientos.

Después de haber terminado varios encargos, me asomé a la puerta para tomarme un respiro, y así de alguna manera también impregnarme del movimiento de la ciudad.

Mi mente sin querer había recobrado vida, los engranajes se ponían de manifestó una vez más. Todo se había agolpado en mi cabeza formando pequeñas cuestiones. En los últimos días no había dejado de darle vueltas al recuerdo que me traía pensar en, Paul. No sabía si era cierto que avía vuelto después de haberse marchado de la Isla. Volver a verlo me suponía un gran problema.

Después de todo, hubo muchas cosas que quedaron en el aire entre él y yo. Pasé mucho tiempo llorando, intentando hacerme a la idea de porque se había marchado. Jamás llego a darme una explicación, por lo que intuí que por alguna extraña razón había dejado de quererme.

Después de un largo rato volví a mis tareas, habían encargado esta mañana un suntuoso ramo de flores que no sabía como iba a hacer. Lo vendrían a recoger esta misma tarde, por ello no debía de perder tiempo.

Miré las calas que habían en una de las vitrinas, me acordé de mi madre Clara al verlas, pues siempre le habían gustado ese tipo de flores.

Cogí el ramillete de calas y lo puse sobre el mostrador, corté los tallos y con una esponja comencé a armarlo. Absorta en mi trabajo se pasaban las horas, después de un rato escuchando la ligera música zen que había sintonizado en la pequeña radio, miré el reloj, que reposaba en una de las paredes. Era la una, no sabía si ir al catering a almorzar con Julio o quedarme adelantando trabajo en Provenza.

Mi coche estaba aparcado donde lo había dejado ayer, frente a Provenza.

Para cuando el ramo ya estaba casi listo, cogí mi bolso, apagué la radio y como rutina repasé con mi mirada todos los rincones para comprobar que todo estaba bien.

Me dirigí a la puerta colocándome las asas de mi bolso, pero cuando quise coger el pomo de la puerta acristalada una seductora voz de detuvo.

--Señorita. --Mis pies temblaron.

Mis ojos se abrieron más de lo normal, no podía parpadear, y mi respiración se cortó.

Lo miré de arriba abajo, iba bien trajeado, su corbata era de un beige tostado, su barba estaba bien recortada, sus fulminantes ojos negros causaron en mis graves estragos, estragos que ya habían causado antes.

Quise reaccionar pero a diferencia de él, yo no podía. Supuse que me habría visto, y por ello se había tomado la libertad de venir.

--¿Paul? --Deje escapar de entre mis labios pintados de un fuerte rojo.

El sonrió algo contraído y se cruzó de brazos sin dejar de mirarme.

--¿Cómo estas, Miah? --Me contempló un segundo mientras un incomodo silencio nos envolvía.

Después de cinco años ¿Cómo iba a volver? O más bien como se atrevía a hacerlo. Mi vida había dado un gran giro, y en ese giro el se había quedado a un lado.

Cogí las asas de mi bolso, temblorosa, intentado desprenderme de la tensión que se había colado de repente en todo mi cuerpo, lo cierto es que estaba temblando y no sabía muy bien porque. Mi corazón no dejaba de dar brincos dentro de mi pecho, y por más que quisiera no podía controlar los latidos que sin querer me delataban ante él.

--Me alegro de volver a verte. -- Dijo con la voz enronquecida.

Hice una mueca porque no sabía muy bien que hacer.

--Yo también me alegro.. --Su cara se iluminó al escuchar mi voz. --

Debo irme.

Su rostro se ensombreció al percatarse de mi falta de tacto.

--Discúlpame. --Dio un paso adelante y yo caminé hacia atrás intentando que no me rozara, porque si llegaba a hacerlo quedaría anestesia por esa química que solo él tenía. --Había encargado esta mañana un ramo de flores.

Lo miré perpleja y me volví para mirar el mostrador.

--¿Calas? --Balbuceé.

El asintió con la cabeza.

Caminé hasta el mostrador, volví a encender las luces que ya había apagado para marcharme. Mi interior estaba completamente anegado de emociones, y lo cierto es que no daba crédito a lo que estaba sucediendo. No quería mirarlo, no quería toparme con su arrebatadora mirada, intentaba mantener mis pensamientos en calma y al mismo tiempo mis sentimientos.

--No pensé que fueras tu la propietaria de esta floristería... --Dijo contraigo al ver que ni siquiera lo miraba.

--No fui yo quien llamo. Fue mi encargado, Mateo Launser.

Levanté la mirada y lo miré fijamente.

--¿Mateo Launser? --Murmuré sorprendida.

--Sí. --Respondió el con frialdad.

¿Sería el mismo que me había llamado esa misma mañana para contratarme? Miré a través de la vidriera, observe el escaparate y escuché una fuerte pita. ¡Julio! Murmuré para mis adentros aterrorizada.

--Paul... --Sus ojos se fueron con los míos sin querer. -- El ramo no esta terminado, le faltan algunos detalles. ¿Te importaría pasar esta tarde?

Musité con seriedad, él me miro y se quedo en silencio, se metió las manos en los bolsillos de sus marengo y me miró con intensidad. Parecía algo decepcionado.

--No te preocupes pasaré mas tarde, o mas bien, pasará uno de mis empleados.

¿Empleados? Me dije para mis adentros, ¿Tiene un empresa?

Sarandé mi cabeza a los lados con negacion, sabía que me estaba mirando.

Cuando volví a levantar la cabeza vi que Julio, había estacionado el

coche, se estaba bajando, y en nada entraría por aquella puerta.

Recé para mis adentros implorando a díos para que no entrará.

Me inquiete tanto que Paul se quedo observando detenidamente la cara de espanto que tenía.

--¿Estas bien, Miah? --Preguntó mientras quitaba una tarjeta de su cartera de piel.

Negué con la cabeza porque en mi garganta se había instalado un fuerte nudo.

--¡Miah! -- Julio entro por la puerta y caminó hasta el mostrador mirando a Paul, curiosamente. --¿Va todo bien mi amor? --Preguntó y se puso a mi lado.

Sonreí incómodamente.

--Si, ya iba a salir.

Miré a Paul que estaba desconcertado, miraba a Julio con cara de pocos amigos. La tarjeta que estaba quitando de la cartera la había vuelto a meter dentro. Me miró compungido.

--Debo irme. --Dijo con poco énfasis en la voz. --Mi encargado pasará a recogerlo mi empleado. --Sonrió apenado sin quitarle los ojos a Julio, luego asintió educadamente con la cabeza, me miró fijamente a los ojos se dio media vuelta y se marchó.

Observé a regañadientes su impoluto traje cuando cruzaba la calle, mi había quedado cautivada por su fuerte y gran tributo. Era alto, esbelto, fuerte...Observé con el corazón latente como se subía a un betley negro.

Miré el ramo a medio hacer, mi pulso estaba descontrolado, todo mi cuerpo temblaba, entonces una punzaba volvió a envolver mi vientre.

--¡Ahh! -- Me queje fuertemente dejando escapar un fuerte grito, el jarrón donde había puesto las calas se me resbalo de las manos, se calló sobre el mostrador caer el jarrón sobre el mostrador. Todo mi cuerpo se había quedado sin fuerza. Me lleve las manos a sobreprotegerme la barriga conteniendo otro grito desalentador.

Los mil pedazos del cristal del jarrón brincaban por todos lados, el agua se había derramado y repicaba en el suelo. Se había roto.

En mi cabeza se había quedado incrustada su impecable mirada, sus espesas pestañas, el color intenso de sus ojos... Cerré los ojos fuertemente.

--¡Miah! --Grito Julio sosteniéndome entre sus brazos cuando se daba

cuenta de que mi cuerpo estaba perdiendo fuerza. --¿Qué te pasa? ¡Por dios!

Sentí que mis parpados pesaban, sentí un fuerte sueño y un gran dolor proveniente de mi vientre.

Capítulo 5

Abrí los ojos muy despacio. La cabeza me daba vueltas y todo a mí alrededor parecía estar en un increíble silencio. Quise levantarme al darme cuenta de que a mi lado había un aparato que mis la pulsaciones.

Me giré asustada a un lado y a otro, no había nadie.

Miré el techo blanco, y pude adivinar que estaba en una sala de hospital.

Cuando quise levantarme la mano de Julio aterrizo en mi pecho.

--¿Para donde te crees que vas? --Musitó él.

--¿Qué ha pasado? --Le pregunté con la voz áspera.

--Te has desmayado. --Dijo mientras se metía las manos en los bolsillos.

Resoplé.

--Te están haciendo unas pruebas sin importancia. --Se acercó y me acarició la cara con cariño.

Puse los ojos en blanco y me dí cuenta de que habían estado hurgando en mi brazo con agujas, lo tenia moreteado. Un suero me impedía mover la mano.

Señalé con la mano que tenía libre.

--¿Y esto? --Pregunté.

El negó con la cabeza.

--No lo se.. -- Suspiró fuertemente. -- él médico tiene que estar por llegar, no tardará mucho. No se que te ha pasado.

--¿Has descuidado tu alimentación en estos últimos días? --preguntó.

Negué con la cabeza.

--Esta más flaca. --Se sentó a los pies de la camilla.

Me miró un segundo y observe con esmero el color de sus pupilas.

--Me gustan tus ojos. --Dije.

El sonrió, parecía estar serio, como si algo lo estuviera atormentado. Se levantó de donde estaba sentado y caminó hasta una de las persianas, ausente, miró al exterior.

--¿Quién era ese hombre que tan nerviosa te puso? --Preguntó sin volverse.

--Un cliente. -- Le mentí.

Por nada del mundo podía decirle que aquel hombre era Paul Orsat, el hombre con un día fui más que feliz.

--¿Si solo era un cliente porque estabas tan nerviosa? Te temblaba el pulso y casi te costaba atinar a hacer lo que esta --Se volvió y me miro, me inmiscuyó con la mirada.

Hice un ademán con la mano como si no quisiera hablar. Él captó que estaba empezando a ponerme tensa y nervios, entonces se levanto y salió de la habitación como si estuviera enfadado.

Me quede a solas conmigo misma, con mis pensamientos.

Cerré los ojos fuertemente para evadirme del recuerdo de Paul. No dejaba de pensar en aquella mirada que tanto me gustaba, en su fuerte porte, en sus pelos negros azabache, en sus oscuros y penetrantes ojos. Después de cinco años, no podía explicarme a mi misma como una persona podía calar tan profundamente los sentimientos de otra. Como podía ponerme al borde de un profundo precipicio donde estaba en juego mis sentimientos.

Suspiré aletargada y el Doctor irrumpió en la habitación rompiendo todos los esquemas que se habían formado en mi mente.

--¿Miah Diez? --Preguntó con predisposición.

Asentí con la cabeza sin dejar de perseguirlo con la mirada.

--Veamos -- Dijo ajustándose las gafas de vista. -- En primer lugar, soy el ginecólogo que esta de servicio.

¿El ginecólogo? ¿Qué me estaba pasando? ¿Quizás mi matriz estaba dando problemas? El Doctor Claren me había dicho que quizás presentaría algunos problemas puntuales con respecto a mis menstruaciones, mi trompa había sido extirpada.

--¿Qué ha pasado? --Pregunté al hombre rechoncho que se acercaba mirándome curiosamente.

--Mi nombre es Ocpa, Ocpa Sindelle.

--Encada Ocpa. --Musité.

El sonrió con dificultad. Respiraba con gran dificultad, algo asfixiado, supuse que debería de ser por los kilos que le sobraban.

--A ver... --Miró el porta papeles que llevaba entre las manos detenidamente. -- Debo de darle mi enhorabuena. Esta usted embarazada.

Mis ojos se abrieron como platos, mi mente paró en seco, el tiempo se congeló

Cuando pude reaccionar, lo miré furiosa.

--Eso no es verdad. -- Le discutí.

Él hombre se sorprendió ante mi negativa y dio un paso a tras. Con calma se ajustó las gafas.

--Señorita. --Sonrió indignado. --Las pruebas así lo confirman. ¿Quiere echarle un vistazo? --Hizo ademán con el portapapeles.

Negué con la cabeza porque sabía que en este momento no podía prestar atención a nada.

--Pero... --Balbuceé. --No hace más de un año tuve una intervención. Me hicieron un legrado.

--¿Cuántos meses de embarazo tenías? --Preguntó.

--Cuatro meses y medio.

El hombre se sobrecogió.

--Lo siento por su pérdida, pero tengo que decirle que nuevamente tengo que decirle que espera un bebé.

--No puede ser. -- Dije con la voz entre cortada.

--El Doctor Claren.... -- Tragué en seco. --El Doctor Claren me había dicho que no podría volver a concebir. --Sonreí tristemente. --No podría volver a tener un bebé.

--Te entiendo -- Dijo el hombre sin dejar de mirarme. -- Pero no llego a entender... ¿Por qué te dijo eso? --Preguntó extrañado.

Contuve la respiración un momento.

--En la intervención surgieron complicaciones, según los informes médicos toda mi matriz quedo muy dañada.

El Doctor Ocpa Sindelle miró mi historial más detenidamente. Sus claros ojos se ensombrecieron, parecía algo indignado.

¿Qué estaría comprobando? Me pregunté para mi misma. ¿Dónde estaba Julio? Ahí fuera no estaba, porque de ser así, hubiera entrado al ver que el Doctor Ocpa entraba. Torné las cejas y me sentí molesta.

--Señorita... ¿Miah? --Levantó la mirada y me observó seriamente. --Aquí no consta que usted haya perdido nada en matriz, tampoco consta que sea estéril y que no pueda concebir o volver a tener un bebé. ¿Puedes levantarte?

Asentí con la cabeza. El ginecólogo se rió al ver la decisión que tenía para levantarme.

--¿Puedes caminar, Miah? --Dijo mientras se acercaba a los monitores que habían a mí alrededor, quizás para asegurarse de que mi pulso era normal. --¿Tienes marido? ¿Estas sola? --Preguntó.

Negué con la cabeza.

--Mi pareja estaba fuera... -- Refunfuñe.

--Me permites un segundo, quisiera que el estuviera también. --Dejo la carpeta sobre la camilla a mis pies, abrió la puerta y alongó medio cuerpo para ver si veía a alguien. Cerró la puerta y me desvanecí quejándome en la almohada. ¿A dónde habría ido Julio?

No dejaba de pensar en Kent y en el Doctor Claren. Firmemente tenía algo claro y es que mi deber era demandar a ese patán. Se que Kent la madre de Julio lo soborno, aún pienso que ese bebé hubiera nacido si no hubiera sido por esa mujer.

--No hay nadie fuera, supongo que su compañero se ha ausentado. Quisiera practicarle una ecografía y una citología, así podremos saber si todo va bien. ¿Te parece?

Sonreí y no dude en levantarme de donde había estado acostada sabrá dios cuanto tiempo.

Me puse mis medios tacones con gran dificultad, me sentía cansada y una leve fatiga de hambre me acusaba en la boca de mi estomago.

Seguí al doctor. Salimos fuera de la habitación y rezaba en silencio porque Julio apareciera, de lo contrario no se lo perdonaría en la vida. ¿Cómo podía dejarme sola en estos momentos?

Caminé por aquel pasillo, hacia mucha humedad por ello me estremecí fuertemente.

Intentaba en todo momento dejar de lado la rabia que me estaba produciendo acordarme de la Señora Kent, tenía claro que después de

estar en lo cierto con respecto a que ella tuvo que ver con mi pérdida, iba tomar importantes dediciones judiciales en contra de ella y del Doctor Claren. ¿Cómo explicarle algo así a Julio? Enarqué una ceja. Apreté con fuerza mis dientes.

Observé las salas de obstetricia, un nudo de emociones se instaló en mi estomago. El Doctor Ocpa, era tan simpático, que incluso me trasmitía tranquilidad.

--Señorita... --Suspiró mientras cogía entre sus manos unos papeles. -- Debe de saber usted, que puede demandar al Señor Claren.

--Lo haré. --Dije con sequedad.

El sonrió apenado.

--El Doctor Claren no es un mal médico, pero es de extrañar que usted no sepa, que es un médico que trata a grandes familias, suele inmiscuirse en los temas familiares. --Me picó de ojo.

--¿Qué quiere decir? --Pregunté

No terminaba de entender al Doctor Ocpa, pero luego, me di cuenta de que el sabía más de lo que decía.

--Bueno. --Carraspeó. --Es evidente que usted ha sido victima de una de sus malas artimañas.

Torné la mirada aún lado intentando evadirme de todo aquello que me hacia daño, ya tomaría las medidas correctas, aunque eso no me devolviera a mi bebé.

Mi sangré se enervaba cada vez que oía pronunciar su nombre, la madre de Julio, la señora Kent, siempre solía nombrarlo, era habitual que lo hiciese, aunque no entendía porque siempre lo tenía tan presente.

Se abrió la puerta, la madera crujió, el Doctor Opca y yo volvimos la cabeza. Era Julio, parecía cansado y agotado. Ocpa lo miró con cara de pocos amigos luego suspiró agotado.

--¿Es usted su compañero? --Lo señaló con el dedo.

Julio asintió con la cabeza llevándose la mano al pecho para coger resuello.

--¿Qué te ha pasado? --Pregunté.

El hizo ademán con la mano como no tuviera importancia. Cuando pudo coger aire y estabilizarse, miro a su alrededor y detenidamente al doctor Ocpa.

--¿Qué ha pasado? --Exclamó sobrecogido al ver que estábamos dentro

de una consulta de ginecología.

El doctor Ocpa deo escapar una carcajada y lo miró por debajo de las gafas al ver lo sobresaltado que estaba.

--Enhorabuena. ¿Su nombre? --Preguntó el médico sin dejar de mirarlo.

--Julio Zurc Agles. --Contestó acercándose al doctor y estrechándole la mano.

--¡Ahhh...! --Ocpa volvió a ajustarse las gafas de vista. -- Un gran chef, sin duda alguna. He tenido el placer de probar sus creaciones y tengo que decirle que son entrañables.

--Gracias. --Contestó Julio algo acalorado por el cumplido.

--Miah, tiene que estar contenta de tener a alguien que le endulce el paladar, y ahora estará más orgullosa que nunca. --Dijo Ocpa mirándonos a ambos.

Julio asintió con la cabeza algo confuso.

--¡Ah! --Volvió a exclamar el médico que se había levantado de la silla para coger unos guantes de látex. -- Enhorabuena... Va a hacer usted padre.

Observe lo pálida que se le había quedado la piel a Julio. Estaba casi con la boca entre abierta intentado asimilar un sin fin de preguntas que quizás se le estaban comenzando a arremolinar en la mente.

--Pero.... -- Dejo escapar en un susurro --Miah, no podía...

Me miró detenidamente.

El doctor Ocpa terminó de ponerse los guantes y se sentó.

--No te preocupes muchacho, tu mujer es una flor. -- Dijo con efusividad. --Miah, sabrá explicártelo todo, de ello estoy seguro.

Ocpa me toco el muslo queriendo avisarme para que abriera las piernas y así poder examinarme.

Con las mejillas arreboladas, miré a Julio que aún estaba ensimismado. No dudo en acercarse y darme la mano, tan atónito, que fue incapaz de parpadear por un buen rato.

Después de una hora en el despacho del Doctor Ocpa salimos del hospital justo cuando la calle volvía a retomar el ritmo. Eran las cinco de la tarde.

El Doctor nos había confirmado que estaba de catorce semanas, todo iba bien, y que no me preocupara por nada, eso era muy importante.

Julio volvió a dejarme en Provenza, ya que yo se lo había pedido, de haber sido por él, me hubiera dejado en la moradita toda la tarde reposando, como si fuera una niña que no puede cuidarse por si sola.

Entré a Provenza y encendí las luces, luego miré el desastre de los cristales esparramados por todos los rincones, no me quedaba de otra que coger la escoba y ponerme a recoger.

Observé el ramo de calas deshecho, y de repente el nombre de Paul Ortsac se atravesó de mala manera en mi mente.

¿Qué se esperaba? ¿Quizás esperaba que después de tantos años no hubiera rehecho mi vida? ¿Pensaría que aún lo estaría esperando?

Torné la mirada enfadada mientras cogía una bolsa para meter los cristales.

Me levanté del suelo y encendí la pequeña radio, buscando el albedrío que faltaba, ya que en mi mente se habían apelotonado un sin fin de pensamientos. La música Zen anegó mis sentidos.

--¿Ania? --Balbuceé llevándome el teléfono a la oreja.

--Hola, Miah. --Respondió con voz aburrida.

--¿Podemos vernos mañana? --Pregunté mientras miraba como la tarde fuera de Provenza iba decayendo.

Ella se quedó un momento pensado, pero no dudo en responderme afirmativamente.

-- ¿A que hora?

Me acaricié el mentón.

--Cristy estará toda la mañana conmigo, seguro que puedo escaparme a las once. ¿Te parece?

--Me va muy bien. --Dijo finalmente.

--¿Estas en casa de tus padres? --Pregunté queriendo tirarle un poco de la lengua.

--No. --Contestó severa. -- No me creerás, pero tienes que saber que he dado un paso adelante. He vendido el ático, lo he puesto en venta, necesitaba liberarme de todo eso que me estaba torturando con respecto a Osben.

Una pequeña sensación de tristeza recorrió mi cuerpo. Sé que lo que estaba pasando terriblemente mal, tiene que ser muy difícil perder a alguien que quieres, debe de ser muy, pero que muy doloroso. Siempre supe que era una chica fuerte y lo estaba demostrando.

--Hablaemos de eso mañana. --Dije cuando vi entrar por la puerta a Julio.

--Nos vemos. -- Dijo ella y colgó.

Al día siguiente después de a ver mantenido una tensa conversación con Julio, sobre su madre Kent y mis improbables acusaciones sobre ella, él se fue enfadado. Salió muy temprano, el día no había aclarado allí fuera. Agitada me senté en el desayunador, sabía que esto sucedería. ¿Por qué le costaba aceptar? ¿Una negligencia medica? ¿Fue un fallo?

Sonreí y zarandé la cabeza a los lados indignada.

Cristy me ayudaría en Provenza, el trabajo se me acumulaba y no podía con todo. Mateo Launser volvió a llamarme, el empleado de Paul, esa misma mañana para comentarme que el acto beneficio de la compañía, la cuál pertenecía a Paul, cuyo nombre aún desconocía, sería en tres días, por lo tanto todos los arreglos tendrían que estar listos.

Nadie había mencionada nada sobre mi embarazo, incluso, Julio parecía estar en un estado de soc, Cristy se alegró y hasta dio saltos de alegría, hasta que su alegría se vio pisoteada al nombrar a la Señora Kent. ¿Qué le pasaba a Cristy con Kent? Había notado cierta hostilidad en ella, cuando se hacía mención de Kent.

Cristy y yo salimos de la moradita juntas, a ella la deje en la misma puerta Provenza porque le había dado fe a Ania de que a por ella, le habían dado la mañana libre, y yo no podía fallarle.

Caminé a paso lento una manzana, giré a la izquierda y tomé una esquina, crucé dos pasos de cebra y llegue a Laurel, donde Ania esperaba impaciente mi llegada.

--Pensé que no vendrías. -- Exclamó recogiendo su fino pelo en un moño.

Sonreí.

--Tengo mucho trabajo en Provenza. --Dije acercándome para darle un beso en la mejilla.

--Vamos. --Le hice ademán con la mano para que entrará en la

cafetería.

Las acristaladas puertas de Laurel que se abrieron a nuestro paso. Sonreí para mis adentros cuando el fulminante olor a café me hizo tomar aire fuertemente. Me encantaba ese olor.

Nos sentamos una frente a la otra. Ania tenía un brillo especial en sus ojos esta mañana, me sorprendí cuando la vi sonreír.

--¿Ha pasado algo? --Pregunte con una media sonrisa mientras me masajeaba las manos.

--Ya terminé de vender el ático. --Dijo. --Necesitaba hacerlo, quiero comenzar a vivir... --Suspiró. --Tengo que desatarme del pasado, se que llevo un año intentando hacerme a la idea de que Osben se fue y no volverá.

En las últimas semanas he pensado que quizás a él le hubiera gustado, que no hubiese malgastado mi tiempo en llorar, en sufrir, y en pensar.

--Me gusta que pienses así. --Pude decir.

Ella arrugó la nariz como si estuviera reteniendo un fuerte llanto.

--Tengo que perdonarme a mi misma, nadie podía haberlo evitado, era el destino de Osben.

Asentí con la cabeza.

--¿Te compraras otro piso? --Pregunté.

Ella me miró.

--Lo estoy sopesando, pero quería deshacerme de ese ático, no quiero vivir donde hay tantos recuerdos que aún están latentes dentro de mi, en cada esquina de esa casa, en cada rincón... --Tornó la mirada triste.

Suspiré.

Él camarero al darse cuenta de que estábamos sentadas, se precipitó a atendernos, era un chico increíblemente guapo...

Antes de retirarse me percaté de que miró a Ania de una forma muy especial, entonces caí en la cuenta de que le gustaba. Ya lo había hecho otras veces. Me dí la libertad para observar como se perdía entre las mesas y se metía nuevamente detrás de aquella barra.

No tardó mucho en traernos el desayuno, mientras tanto un silencio nos había envuelto a Ania y a mí.

--¿Miah? --Balbuceó el chico con una voz sumamente dulce.

Lo miré con cara de pocos amigos. ¿Cómo sabe mi nombre?

Parecía avergonzado y algo contraído.

--Esto es para usted. --Al lado de mi desayuno puso una especie de carta.

Torné las cejas y lo miré. Sus azules ojos parecían jugar entre mirar a Ania y mirarme a mí. Su lizo y rubio pelo lo hacía interesante y realmente atractivo. ¿Qué edad tendría? Tampoco parecía un niño.

--Mi nombre es Henry. --Dijo mirando a Ania, que había mirado a un lado como si no quisiera de alguna manera dejarse cautivar por la belleza de aquel magnifico hombre que reclamaba su mirada a gritos.

Levanté la carta en el aire.

--¿Y esto? --Dije extrañada.

--Lo ha dejado esta mañana un hombre. --Se dibujo una corbata a la altura de su pecho, luego se volvió titubeante hacia la entrada. --Un hombre con corbata.... me ha dicho que vendrías.

Los latidos de mi corazón comenzaron a palpitar con fuerza. Apreté fuerte mis labios porque de alguna manera podía deducir de quien se trataba.

--Me ha dicho su nombre, pero discúlpeme porque no me acuerdo. --se volvió para mirar la barra nuevamente.

Sonreí tensamente.

--No te preocupes. --Musité.

--Espero que les guste. -- Miró nuestro desayuno y antes de irse volvió a mirar a Ania que seguía con la mirada posada hacia el exterior de la cafetería.

--¡Chis! --Llamé su atención. --¿Por qué eres tan antipática?

Puso cara de tristeza.

--Es realmente guapo. --Dijo llevándose las manos a la boca. --Me derretiría si me quedo mas de dos minutos contemplándolo.

Sonreí y eche garras al desayuno.

Mastiqué encantada la tostada con miel. Eran mis preferidas. Estaban justamente calientes, jugué con la miel cuando esta se me pegada en el paladar.

Miré a Ania y vi como ella también estaba disfrutando de aquellas tostadas. De vez en cuando echaba una mirada a la carta que aún estaba trabada bajo mi plato, la curiosidad me estaba matando, pero reconocía que el hambre era aún mayor.

--¿Por qué tengo la sensación de que te ha pasado algo? --Preguntó

ella mientras se atusaba sus cortos pelos rubios.

Hice un silencio y la observe.

--No me ha pasado nada. --Mentí.

--Te conozco. --Dijo mientras se limpiaba con una servilleta la boca.

--He vuelto a la moradita.

--¿Has vuelto!?! --Exclamó ella. --¿Has visto a Kent?

Negué con la cabeza y sonreí.

--Es lo mejor que podías hacer, nada hubiera sido mejor. Debes de estar con Julio. ¿Qué conseguías huyendo? Después de todo, ausentándote y yéndote a casa de tus padres no arreglaba nada.

--Lose. --Suspiré. -- He encontrado en mi vestidor en uno de mis cajones una muñeca de trapo, Julio se puso muy nervioso al verla y le preguntó a Cristy que quien la había traído de casa de su madre.

--¿Una muñeca? --Me miró con cara de pocos amigos.

Asentí.

--Julio tuvo una reacción un tanto extraña, como si esa muñeca fuera de alguien que para él fue muy especial.

Me hundí en la silla mientras Ania se acariciaba el mentón.

Un leve mareo me dejó aturdida, mire alrededor, metí la carta en mi bolso.

--¿Estas bien, Miah? --Preguntó ella algo consternada. -- Estas muy pálida.

Sonreí como pude, y no pude dejar de darme aire, realmente estaba mareada.

Poco después salimos de Laurel. Henry se mostró muy generoso con nosotras, cuando fuimos a pagar nos había dicho que el desayuno ya estaba pago. Le picó de ojo a Ania y luego me sonrió pícaro.

Me despedí de Ania que se había quedado un tanto preocupada por lo agobiada que parecía. Lo cierto es que estaba sudando en frío y pensé que sería del embarazo.

Caminé por la acera, bajo un sol que parecía abrasarme de calor. Crucé un paso de cebra, caminé cinco metros, cogí la esquina y a lo lejos

vi el escaparate de Provenza que destellaba un sin fin de colores.

Mi teléfono sonó en el fondo de mi bolso, no quise cogerlo porque deseaba llegar a Provenza para poder estabilizar aquellas fatigas.

Entre por la puerta fatigada y la mirada de Cristy se percató de mi fatídica presencia.

--¿Miah? --Exclamó dejando las tijeras sobre el mostrador. --¿Te encuentras bien?

Asentí con la cabeza.

--El niño Julio te ha estado llamando. --Dijo sin dejar de mirarme.

La correspondí con la mirada y observe las hendiduras de su cara. ¿Qué tenía ella que ver con la familia Zurc Agles? Parecía haber sido una mujer que había trabajado mucho, todo lo contrario a Doña Kent la madre de Julio. Ella era una mujer altamente refinada, su presencia siempre era impoluta, limpia, arreglada.

El teléfono de Provenza sonó y Cristy lo descolgó.

--¿Miah? --Me miró dejando el teléfono suspendido en el aire. --Es el niño Julio.

Puse mis medios tacones en marcha y caminé hasta el teléfono.

--¡¡Mujer!-- Rugió --Llevo más de una hora intentando localizarte.

Puse la mirada en blanco.

--Julio he salido a desayunar con Ania. --Deje escapar con flojera.

Se hizo un silencio.

--¿Estas bien? --Preguntó.

--Si. --Contesté tragando en seco.

--Estoy en el catering, te espero para almorzar, ahora tengo que dejarte.

Escuché el barullo de las cocinas tras el altavoz del teléfono.

Alcé la mirada y vi como Cristy regaba una a una todas las flores de los estantes. Luego colgué el teléfono y miré desde allí como el sol se hacia y se apodera de todo el cielo. El azul claro resplandecía en aquella pequeña ciudad. Las guirnaldas y el cableado de luces destellaban, la hilera de árboles que se apelotonaban en la continuidad de la calle, cautivaron mi mirada. Parecía un día de verano, y es que ya estábamos entrando en esa estación que tanto me gustaba. El verano. Sonreí para mis adentros mientras sentí un ligero cosquilleo en la boca de mi estomago.

Detrás del mostrador arrastre la banqueta y me senté. Cogí el bolso y sopesé si debía de abrir aquella carta o no... No he dejado de pensar en la razón de porque había vuelto a la Isla. ¿Sería yo esa razón? Miré al cielo rogante. ¿Por qué Paul? ¿¡Porque!?. Me dije en silencio mientras sentía que unas lágrimas anegaban mis ojos.

Capítulo 7

Arrugué la carta entre mis manos y no dude en tirarla a la basura.

Por alguna razón me sentía enfadad. ¿Ahora que me lanzo a los brazos de otro hombre? Cuyo hombre ha conseguido borrar sus caricias de mi piel, ¿Ahora es cuando vuelve? ¿Después de tanto tiempo?

Me levanté del pequeño taburete donde me había sentado para recapacitar.

Mire el reloj de pared y observe que solo quedaba una hora para cerrar. Me entretuve regando todas y cada una de las flores, corté tallos y por ultimo hice dos encargos, unos ramos de flores de mundo de color violeta.

Leí las anotaciones de Cristy. ¿Calas? Me dije para mi extrañada.

--Cristy... --Respiré hondo. -- ¿Han encargado un ramo de calas?

Ella asintió con la cabeza.

Sin rechistar cogí un ramillete de calas y las puse sobre el mostrador.

--Esta tarde vendrán a buscarlo. --Dijo ella sin siquiera levantar la mirada.

Después de a ver cerrado Provenza, sabía que mi obligación era ir a ver a mi madre, pero con aquel calor preferí posponerlo para la tardecita.

Cristy había preferido ir caminando a la moradita, no se porque extraña razón, últimamente estaba tan misteriosa. ¿Abría pasado algo

que yo no sabia?

Atravesé gran parte de la ciudad, el sol era abrasador. Tome un desvío para ir al catering. Los caminos angostos siempre me habían despertado una gran pasión, eran una de las cosas que Paul me había enseñado. Él me mostró infinitos lugares, auténticos lugares para soñar.

Mis ruedas chocaron con los baches, las piedras y la tierrilla suelta.

Observé por los retrovisores como el polvo se resolvía elevándose en el aire.

Sonreí tibiamente.

La brisa parecía refrescar aquellas inclinadas llanuras, la pendiente de la gran montaña era vertiginosa, el aire era puro y limpio. Olía a tierra húmeda, como si el sol de la mañana no hubiera secado del todo las gotas que dejaba el rocío en el amanecer.

Observé el sauce llorón, los pinos que se alzaban unos metros en el aire, los trigales bailoteaban en la misma dirección cuando el viento los peinaba.

Paré el vehículo, y vi como en las laderas de menos pendiente como el verdor de un manto de césped caminaba discorde donde desentonaban infinitas amapolas sobre él.

Mi móvil comenzó a sonar y me distrajo de aquel paraíso en el que se habían sumergido mis ojos. No dudé en poner el motor en marcha, después de un rato, llegue al catering, donde Julio me estaría esperando ansioso, o eso creía.

Las ruedas derraparon sobre el granzón, aparque el coche bajo unos limoneros buscando la sombra, pero eso era algo imposible, el sol estaba demasiado latente.

Bajé del coche con la esperanza de no caerme con aquellos tacones que se metían entre las piedras. Caminé hasta la escalinata haciendo grandes malabares. El olor a comida era magnífico, me estremecí.

Cogí el pomo de la puerta y tiré hacia dentro. El restaurante estaba lleno y a mano derecha los que trabajaban en la cocina no daban a vio.

Caminé con la esperanza de encontrar a Julio en algún rincón de aquella gran cocina, al no verlo me dirigí al archivador donde no solía estar cuando el restaurante estaba lleno, pero de alguna manera tenía que descartar las posibilidades de encontrarlo. ¿Dónde se había metido? El Jeep estaba aparcado fuera, en algún tendría que estar.

Abrió la puerta del archivador y allí estaba, sentado en la silla ausente de todo.

Se levantó y se dirigió hasta donde estaba.

--¿Cómo te encuentras, Miah? --Dejo caer un beso en mi frente.

--Bien. --Dije.

--Te he estado llamando. --Dijo algo apesarado.

Se apartó de mí y se acerco al cristal que aislaba la cocina de aquel archivador.

--Tengo un equipo fantástico. --Dijo mientras miraba a través de las persianas. --¿Miah! --Exclamó volviéndose para mirarme.

Lo observé perpleja, parecía irascible.

--Mañana tengo que viajar a Madeira.

Abrió los ojos como platos.

--¿¿Porque!?! --Pregunté alarmada.

Él soltó un fuerte suspiro.

--Cosas de la cocina, conferencias... --Dijo compungido. --No te lo había dicho antes porque no quería preocuparte.

Solté una carcajada irónica, me senté en una de las sillas y me revolví. ¿Cómo que no quería preocuparme? Me dije para mi misma mientras le quitaba del ojo de enzima. ¿Qué se le ha perdido en Madeira?

Era una isla que vivía del turismo, es cierto que allí las cadenas hosteleras eran abundantes. ¿Esa era la razón por la que se iba? ¿Los hoteles y sus cocinas?

--Saldré mañana muy temprano y volveré en tres días. Estaré en Porto Santo.

Me deje caer en la silla y no dije nada. Observé un sin fin de pegotes de papel que había sobre la mesa. ¿Por qué estaba tan desesperado y preocupado?

--Miah... --Me cogió de las manos y se puso de cuclillas ante mi. -- Solo serán tres días.

Lo miré con cara de pocos amigos, lo cierto es que estaba enfadada por no habérmelo dicho antes. ¿Quizás todo había sido de improvisado?

Zarandé la cabeza a los lados con negación, mientras que las ganas de abalanzarme sobre aquella mesa para mirar que tantas cosas había apuntado, esas ganas me estaban reconcomiendo por dentro.

--¿Te apetece comer? --Preguntó tocándome la mejilla.

Asentí con la cabeza porque no tenía ganas de hablar.

Algo había en él que lo estaba torturando, estaba en lo cierto porque desde hacía más de dos semanas se estaba comportando de una manera muy extraña.

Me levanté y salimos del archivador. Lo perseguí por toda la cocina, salude a los trabajadores y luego nos sentamos a comer.

El bullicio proveniente del comedor anunciaba que todo iba bien. El restaurante estaba cogiendo demasiada reputación por esta zona, estaba siendo muy conocido y distinguido.

Mientras comíamos Julio se había levantado un sin fin de veces de la mesa, su móvil no dejaba de sonar y, mientras, yo me preguntaba que era aquello tan importante para que me dejara sola.

Terminamos de almorzar estaba erguida en un silencio destrozador y el se dio cuenta.

--¿Sucede algo? --Preguntó.

Negué con la cabeza.

--Se que algo te pasa... --Murmuró.

Lo miré a los ojos.

--No te has dado cuenta que no has dejado de atender llamadas.

Él se electrificó.

--Lo siento, Miah. --Balbuceó sin dejar de mirarme.

Negué con la cabeza respirando fuertemente.

Al llegar a la moradita sentí la necesidad de recostarme en el sillón un rato. Estaba demasiado cansada. Julio y yo no habíamos cruzado palabra desde que nos levantamos de la mesa.

Nada mas entrar le había dicho a Cristy que le prepara una maleta con cosas imprescindibles por ello supuse que aquel viaje no había sido planeado, más bien, había sido algo de urgencia. ¿Por qué no se sinceraba conmigo? ¿Qué me estaba ocultando?

Me acosté en el sillón, pero volví a levantarme cuando me dí cuenta de que aquella pequeña caja verdusca aún estaba oculta entre los libros.

Morfeo quería envolverme y preguntándome que habría en aquella carta de Paul dejo a manos de aquel camarero me quede dormida.

Me levante sobresaltada, de un brinco me puse en pie. Miré a todos los lugares y me di cuenta de que me había quedado dormida. Miré con congoja el vidrio que separaba el jardín del amplio salón donde estaba. El sauce llorón que Julio había plantado años atrás daba un poco de sombra a la terraza de la casa.

Los rallos de sol parecían haberse calmado, ya estaba mas bajo y avisaba de que en menos de una hora sería la puesta de sol.

Cogí el teléfono para llamar a Cristy.

Esperé paciente a que me contestara y finalmente después de intentarlo dos veces me contesté.

--Buenas tardes mi niña. -- Murmuró con dulzura en la voz.

Me quedé en silencio y antes de contestar respiré.

--Cristy. --Deje escapar. --¿Estas en Provenza?

Me pareció oírla sonreír suavemente.

--Si, mi niña, como te habías quedado dormida, Julio me dijo que abriera y que de ninguna manera te despertara.

Cerré los ojos fuertemente y por una extraña razón mis ojos se rallaron por un llanto inesperado.

No quería que Julio se fuera. Un latido de intuición se allanó en mi estomago, avisándome de que algo no estaba marchando bien.

--¿Han ido a buscar el ramo de calas? --Pregunté cambiando de tema, me estaba doliendo más de la cuenta que Julio se fuera a Maderia tan precipitadamente.

--Si. Te iba a llamar para comentarte que ha estado aquí un hombre llamado Mateo Launser, te ha dejado un recordatorio. Me ha dicho que puedes pasar por los almacenes Mandiras para que elijas un traje para el acto benéfico, también me ha dicho que le encantaría que Julio asistiera.

¿Paul quería que Julio asistiera a ese acto benéfico? ¿Por qué razón?

Mateo Launser era su empleado, supongo que ese señor se limitaba a seguir las ordenes de su jefe, ese jefe es Paul Ortsac.

Torné los ojos y me quede un momento sopesando lo que Cristy me estaba diciendo. ¿Qué interés tenía Paul? ¿Querría conocer a Julio?

¿Quería conocer al hombre que le había quitado a la mujer de su vida?

De repente una chispa encendió todo mi cableado mental. Miré a las repisas, sabía que estaba sola y por ello el impulso de ponerme a rebuscar en aquellos libros polvorientos me estaba gastando una mala jugada. De repente sentí un ligero cosquilleo en la boca de mi estomago, como si un montón de mariposas comenzaran a revolotear chocando con la pared de mi vientre.

Me acerqué a la estantería y miré con curiosidad la caja, me puse de puntillas, miré y sin pensarlo entre en la cocina y arrastré un pequeño taburete de madera que utilizaba Cristy para coger las esencias de la parte alta de la cocina.

Me subí sobre el taburete y comencé a rodar libros y más libros, un fuerte estornudo contrajo todos los músculos de mi cuerpo.

--¡Chis! --Me lleve la mano para taparme la boca, ahora sentía que los músculos de mi vientre se habían retorcido. Pensé en el embarazo y me encogí. Quizás no debía de estar subida en este inestable taburete, podría caerme sin querer.

Después de unos minutos de esfuerzo, agarrándome a aquella esbelta estantería, logré coger en mis manos la caja. Mi corazón latía muy rápido, mi pulso se empezaba a disparar. ¿Por qué estaba tan ansiosa? Me dije para mi misma como si quisiera calmarme. ¿Realmente estaba tan escondida para que nadie pudiera dar con ella? ¿O la habían puesto intencionadamente queriendo ocultarla?

Cogí la caja y me la lleve a la cocina, puse agua a hervir para hacerme un té. Mientras el agua hervía sopesaba de debía de abrirla.

Él impulso por llevarme un cigarrillo a la boca estaba acabando conmigo, ya no podría volver a coger ese mal habito. Estaba embarazada.

Con un arte de valentía abrí la caja y mis ojos no dieron crédito a ver tantas hojas reconcomidas y desgatas por los años, estaba bien enrollada feamente con una especie de sogá.

Cogí un papel, parecía una carta, con el pulso tembloroso quise desdoblarla pero antes miré con asombro la caja. Quedaba claro que aquella caja tenía muchos, muchos años.

Desplegué el folio que parecía rajarse en mis manos, con delicadeza lo

puse sobre la mesa, corrí a coger mis gafas de vista ya que la letra era ilegible.

Me senté en la silla y me predispuse a leer...

Mar Atlántico año 1985.

Querida C.Antona. Espero que el embarazo no te este dando demasiadas molestias. Siento de todo corazón no poder estar a tu lado, sabes que siempre te he amado con todo mi corazón. Jamás permitiría que nadie te hiciera daño. He hecho todo lo posible porque Leonor no te haga la vida imposible, aunque, tendrás que hacerte a la idea de que no descansara por el simple hecho de que ahora yo sea tu marido, tienes que comprender que es una mujer fuera de sus cabales, es una mala mujer, no actúa con coherencia. Haré todo lo que este en mi mano para poder regresar a la Isla y así poder estar junto a ti.

Te he extrañado.

¿Antona? ¿Quién era Antona? Miré a los lados asustada como si estuviera cometiendo un delito al leer aquello que estaba leyendo. ¿Quién era Leonor? Volví a mirar la caja por fuera y con letras muy pequeñas estaban tallados los apellidos de Julio. Torné las cejas y me ajuste las gafas. Cogí mi tasa de té y me la lleve al desayunador donde estaba sentada.

Cogí otra carta y le quité la soga con cuidado para que el folio no rasgase. Apreté fuerte mis labios y continué leyendo...

Querida Antona...

He llegado a Cabo verde, sin duda alguna es una isla mágica. Como me gustaría que estuvieras junto a mi. La piel se me eriza al pensar que no tardaras en venir. El viaje a sido muy largo, las travesías complicados en este invierno tan bravío. Espero que los meses pasen como agua, para poder ver a mi hijo entre tus brazos. No he podido escribirte, se que han pasado mas de dos meses. Perdóname. Me ha llevado mucho tiempo conseguir papel y punta de carbón para poder escribirte. Los sellos cuestan una fortuna ya lo sabes tu bien.

Volveré a escribirte. Espero que Leonor y su padre no hayan intentando hacerte daño.

Te quiero.

Di un pequeño buche a mi té pensando y dándole mil vueltas a lo que había leído, carecía de información, no podía atar cabo. A la vista estaba que era una historia entre dos enamorados que no podían estar juntos. Antona estaba embarazada. ¿Pero quienes eran?

Me hundí en la silla metiendo aquellos desgastados trozos de papel en la caja.

La curiosidad que me picaba estaba mostrando una codicia de la que hasta ahora no era conocedora. Cogí otra carta y dejaría la caja de donde mismo la cogí. Creí que ya estaba bien de meter las narices donde no se me había perdido nada.

1986 Cabo Verde.

Querida Antona, ha pasado un año. Sé que nuestro pequeño ya tiene meses de vida, como me gustaría verlo... Quisiera volver a la Isla para así poder administrar mis tierras y dejar a Leonor en el lugar que se merece.

De haberlo sabido jamás me hubiera casado con ella, cuanto me arrepiento.

Te quitaré un boleto para que vengas a Cabo Verde, he conseguido una chabola junto al mar, a raíz de un negocio que tenía pendiente aquí.

Tienes que saber algo que aún desconoces.

No pienses que soy un mal hombre, se que lo has pensado y que quizás pienses que aquí en Cabo Verde he estado con alguna mujer, así me lo hacías entender en las cartas que me mandaste el mes pasado.

Cuando me casé con Leonor, estaba muy enamorado de ella, no te voy a negar que, era una de las mujeres mas guapas de la región, todos los hombres de mi generación la deseaban, sus ojos se fijaron en mí y yo agradecido... me enamoré perdidamente de ella. Para cuando Leonor y yo nos casamos ya tenía dos casas y dos tierras, de lo contrario su Padre no me hubiera cedido su mano.

Una tarde llegué a la casa que yo con mis propias manos había construido para ella, y para mi mayor desgracia, encontré a la endiablaba ingrata revolcándose en la cama con un hombre.

Su padre fue conocedor de la infidelidad de su hija, no dudo en amenazarme con matarme si sé me ocurría quitar aquel secreto a la luz, si desprestigiaba a su hija como mujer, me mataría. Tuve que aguantar demasiado, Leonor se reía de mí, ella quedo embarazada al poco tiempo de haberme sido infiel y por ello supe que la niña que tuvo no era mía. Mas tarde quise alistarme para servir al estado y ahí fue cuando te conocí a ti. Dentro de pocos años podré solicitar los papeles del divorcio, hacerlo ahora sería todo un escándalo.

Las cosas cambiaran y seré un hombre libre, la dejare en la calle y tendrá que abandonar la casa donde vive con su hija.

No te molestara más, te lo prometo.

Metí la carta mal enrollada en la caja cuando oí que se anticipaba un coche por el camino de la moradita. El rugido del motor se iba parando

cada vez más. Me subí al taburete y deje la caja donde mismo estaba, coloqué a toda prisa los libros sin revisar que quizás alguno quedaría fuera de lugar.

Cristy lo notaría.

Dos fuertes golpes cayeron en la madera produciendo un estruendo en el vacío del salón.

Abrí la puerta y los ojos de Kent se fueron con fuerza a los míos. Sus ojos azules y grandes me dejaron sin respiración.

Su peludo abrigo le llegaba hasta las pantorrillas, lo tenía bien colocado sobre sus hombros. La miré y sabía que todas las expresiones de mi cara se habían congelado.

Se atusó el pelo y con arrogancia hizo ademán con la mano para pasar a la moradita.

--¿Dónde está mi hijo? --Dijo con severidad.

Cerré la puerta y observe como se sentaba con maestría sobre una de las poltronas tapizadas en color beige que yo misma había comprado para decorar el salón.

Sus arrugadas manos repasaron el reposabrazos de la poltrona.

--Quién habrá comprado esta baratija... --Dijo con arrogancia mientras volvía a pasarse sus arrugadas manos por los pelos.

--La he comprado yo. --Dije armándome de valor.

Las arrugas de su cara parecían ríos profundos, tenía marcadas tales hendiduras que la piel se me puso como escarpia.

Me miró firmemente y observe en sus escasas pestañas el pegote de rimel que casi le impedía parpadear. En su mano derecha tenía un anillo que portaba una piedra preciosa que mi mirada no alcanzaba a adivinar el color exacto.

--¿Has sido tu quien ha denunciado al Doctor Klaren? --Preguntó.

Mordí fuerte mis labios y me pase la mano por mi vientre con la intención de desafiarla.

Ella me fulminó con la mirada y se asustó cuando pasaba mi mano por debajo del contorno de mi barriga.

--Ha sido su hijo, Julio. --Pude decir.

--¡Mi hijo! --Exclamó llevándose la mano al pecho. --Seguro tú lo has incitado a hacerlo. ¿Qué pensara el Doctor Claren de esta familia...

--Señora Kent... si no va a respetarme salga ahora mismo de la

moradita.

Me miro con rabia.

--¿Qué acabas de decir muchacha? --Se cruzó de piernas y me miró interesadamente.

--Que se valla si va a empezar a faltarme al respeto. --Miré la puerta. De sus ojos parecía salir fuego.

--No eres más que una mosca muerta. ¿Cómo te atreves a echarme de mi propia casa? --De repente un atavismo de pensamientos me removió por dentro. ¿Sería ella Leonor? Inspiré aire profundamente mientras para mis adentros lo negaba mientras la miraba. --Pensé que no ibas a volver más a pisar esta casa, después de que mi hija te echara.

Me reí irónicamente.

--Señora Kent, a mi nadie me hecho, me fui yo porque quería irme.

--¡Mentira! --Escupió.

Me regodeé y me volví a pasar la mano provocativamente por la barriga y en cierta manera debido a los nervios estaba empezando a encontrarme algo fatigada.

--Julio no tardará en llegar y tendrá que repetir esas palabras en su presencia. --Sonreí retándola.

Ella se levanto eléctricamente de la poltrona y me acusó con el dedo.

--A él no lo metas. --Me advirtió.

Me di media vuelta y antes de meterme en la cocina, la miré.

--Ya se lo diré yo cuando dentro de un momento haga las maletas y me vea salir por la puerta, le explicaré con detalle como me ha vuelto a insultar.

Se quedó callada totalmente despreocupada. ¿Hasta donde podía llegar la malicia de una persona?

Asha la hermana de Julio no hace mas de dos meses tubo un fuerte enfrentamiento conmigo, se que es una mujer que ha seguido sin lugar a dudas los pasos de su madre. Es vil y tirana.

Julio le tiene un gran cariño por ser quien es, su hermana.

Capítulo 8

Cogí el teléfono al ver que nadie llegaba. Cristy parecía haberse demorado por el camino, y Julio seguro que aún estaba cerrando el restaurante.

--¿Cristy? --Contestó al teléfono de Provenza. --¿Aun estas en la floristería?

--Si, Miah. -- Suspiró. -- Se me retrasaron unos pedidos.

Miré a todos los lados desesperada.

--Esta aquí la Señora Kent.

--¿¡Que!?! --Exclamó.

Arqué una ceja. ¿De que se extrañaba? No hace mas de dos días Julio le dio el día para que fuera a casa de su madre... ¿O me había mentido?

--Miah, ahora iré... -- Dijo y colgó el teléfono.

Él sonido de la puerta poco después me distrajo. Apagué el dispositivo que había encendido para distraerme mientras Julio o Cristy llegaran. Me levanté para asegurarme que se trataba de Cristy.

--Señora Kent. --Murmuró con mucho respeto. Cogió resuello.

Kent se quedo erguida en un silencio, mientras Cristy se daba cuenta de que los libros estaban todos desordenados sobre la repisa.

--¿Quieres café Kent? --Preguntó Cristy soltando su bolso.

--No, estoy esperando a mi hijo. -- Dijo ella con arrogancia.

Cristy sonrió con ironía.

Julio no tardo mucho en llegar ya que a los cinco minutos de a ver llegado Cristy el sonido del Jeep advertía que estaba aparcando fuera. Entro como alma que lleva el viento por la puerta.

--¡Mamá! --Murmuró él, agitado.

Kent se levantó para recibirlo y mi mirada se fue a la figura de Cristy que se hacia aún lado hundiéndose de hombros.

--¿Qué haces aquí? --Dijo cuando Kent lo fue a abrazar. Julio parecía enfadado, luego me miró y se aseguró de que estaba bien.

--He venido a hablar contigo. --Dijo sumisa, como si no rompiera un

plato.

Julio se giró buscando mis ojos, negué con la cabeza por la impotencia que me creaba verla.

--Asha ha vuelto a casa. --Exclamó ella mientras volvía a retomar el aliento que había perdido.

--¿Y que mamá? --Dijo Julio mientras se deshacía de la chaqueta.

--Lo mas seguro es que venga a hacerte una visita.

Los ojos de Kent me miraron con fuerza.

--Yo la iré a ver. --Contestó Julio entre dientes.

Kent se llevo la mano para acariciarse el mentón. Su novio Petersen ya sabes como es, esta empeñado en volver a ver esta tierra... La última vez no quería despegarse de aquí.

--Mamá. --Julio respiró hondo. -- No puede ser, Miah ahora necesita tranquilidad.

Kent volvió a mirarme.

--¿Necesita tranquilidad? --Preguntó ella chispada.

Julio miró mi barriga con cariño y luego se sentó en el Chéster cerca de la madre.

No me había dado cuenta de que Cristy se había perdido en una de las habitaciones. ¿Por qué la frustraba tanto la presencia de Kent?

Julio me había mentido, Cristy la otra mañana no fue a casa de su madre, fue a otro lugar...

Mi pecho comenzó a agitarse. ¿Realmente conocía al hombre con él que había decidido compartir mi vida?

--Hijo... --Suspiró Kent aletargadamente. --¿Qué quieres decir con estar tranquila?

--¡Mamá! --Chilló él obstinado de la insistencia de su madre. -- Miah esta embarazada. Como podrás comprobar los exámenes médicos del doctor Claren no eran mas que falsas patrañas, nos ha engañado. Miah, no es estéril, a Miah, no se le complicó el embarazo cuando le practicó ese asesino, el legrado. ¿Tú tienes algo que ver verdad? --La inmiscuyó con la mirada.

Kent dio un brinco en la poltrona y abrió la boca de espanto, luego indignada se llevo la mano al pecho.

--Hijo.... --Miró a los lados como si quisiera creerse su propia mentira. -- ¿Cómo puedess...?

--¿No le pagaste una buena cantidad de dinero al Doctor Claren para que le practicara el legrado a Miah? --Rugió con fuerza, furioso y fuera de sí. Kent selló sus carnosos labios pintados de un rojo escarlata al ver las dimensiones del enfado de Julio.

--Jamás te perdonaré la acusación. -- La madre se levantó ofendida cogió su bolso y se fue de la moradita propinando un fuerte portazo.

Julio se levantó agitado del sillón. Parecía dolido. Tenía la mirada perdida y sus almendrados ojos se quedaron perplejos mirando las repisas. Me di cuenta de que él también se había percatado en el desorden en él que había dejado los libros.

Entró en la cocina y se apoyó con una mano a la pared azulejada. Observó como las luces del coche que llevaba el chofer de su madre se iban alejando en aquella oscuridad de la noche que se iba acentuando.

--¿Julio? --Dije con un hilo de voz.

El se volvió con los ojos llenos de lágrimas y no dijo nada. Me acerqué a él, pero su rechazo se clavó en mi como un puñal.

Abandoné la cocina y me metí en el baño, observe como Cristy le planchaba unas camiseras y acto seguido ví como en unos compartimentos de la maleta estaba la muñeca de trapo. Mis pies quisieron derrapar, pero pensé que ya eran demasiado las emociones.

Me tranquilé en el baño y comencé a llorar.

Capítulo 9

Al día siguiente, después de haber pasado una de las peores noches de mi vida, abrí los ojos con la certeza de que Julio estaba durmiendo apeteciblemente a mi lado. Me volví para comprobarlo, ya que no sentía que el colchón estuviera hundido. Para mi sorpresa Julio no estaba.

Brinqué de la cama y corrí hasta le vestidor. Me dí cuenta de que el día apenas empezaba a clarear, podía deducir que no eran más de las ocho de la mañana.

Con el corazón latiéndome en la garganta, encendí la luz, con la esperanza de que aquella maleta que lo acompañaría en su viaje a Madeira estuviera allí, donde Cristy la había dejado la noche anterior, pero no estaba.

Me senté en el diván y con gran desilusión me puse a llorar. ¿Cómo podía hacerme eso? Un fuerte sentimiento de vacío me reconcomio por dentro. ¿Por qué me hacia sentir tan culpable? ¿Era por el embarazo? ¿Quizás me culpaba por tener que tratar a la madre así?

Torné las cejas y me tapé la cara con las manos para poder desahogarme.

Él día para mí había amanecido triste, nublado, gris muy gris.

Después de un rato contemplándome a mi misma, me metí en el baño, y no pude evitar una fuerte arcada. Me vomité debido a los nervios que había soportado un poco antes.

Me abrace a la taza del baño y volví a llorar... no sabía si realmente estaba enfada o apenada.

Anoche no me dirigió la palabra, y antes de dormirse se dio vuelta en la cama y ni siquiera me miró. ¿Por qué lo hacia?

Me metí en la ducha y me pase un buen rato intentando quitarme aquella espeluznante sensación. Luego me vestí con total calma y salí hasta el salón encogido erguida en mi misma.

Él teléfono sonó y salí disparada a cogerlo, antes de descolgarlo me aseguré de que era él, no tuve fuerzas para cogerlo así que lo puse boca bajo y me convencí a mi misma y a mis impulsos para no descolgarlo.

Me metí en la cocina, encendí los fogones y puse un caldero con leche a calentar. Desde allí observe las repisas, los libros volvían a estar colocados por orden. Cogí el taburete y lo arrastré hasta donde estaba la librería. Me subí en él y comprobé si la caja seguiría ahí, pero para mi sorpresa no estaba.

Me sobrecogí y me lleve las manos a taparme la boca. ¿Cristy se dio cuenta? ¿Por qué precisamente ella iba a esconderlo?

Cogí las llaves de mi coche y mi bolso, me ajuste las asas y salí al exterior. Él día había amanecido nublado y no me extrañaba... Siempre

tan acorde con mis sentimientos me dije para mis adentros.

Salí de la moradita y me fundí en el tráfico inmersa en mis pensamientos. Mi teléfono había sonado un par de veces, subí el volumen de la música para así ignorar el sonido.

Él día no tuvo nada en especial. Cristy no fue a Provenza esta mañana cosa que me extraño muchísimo. Julio no había dejado de llamar.

Cuanto el reloj marco la hora de cerrar, cerré y fui a comer a casa de mis padres, con los que hablé sobre lo sucedido la noche anterior.

Me tomé la tarde libre para poner mis sentimientos y todo lo que tenía que poner en orden. Mateo Launser me había llamado para recordarme que debía de ir a colocar los arreglos florales al hotel donde se celebraría el acto benéfico. El móvil había dejado de sonar a media tarde por lo que me extrañé... La conciencia no dejaba de rugirme... ¿Qué estaría haciendo Julio en Madeira?

Quise llorar de nuevo.

Subida en aquel taburete de madera, volví a rodar los libros y atrapé la caja nuevamente entre mis manos, se me calló un libro al suelo y de una de sus páginas salió volando una foto que no dudo en aterrizar sobre el parquet oloriento.

Me baje del taburete y la cogí del suelo, la foto tenía moho en una de las esquinas. Detrás, escrita, ponía una pequeña nota que por lo borrosa que estaba no llegue a poder leer, excepto un nombre; *Margaret*.

Le di la vuelta a la foto y extrañada me pregunte en voz alta que quien era esa niña. Parecía muy guapa, una niña con un pelo lacio, color chocolate, unos suntuosos, redondos ojos verdes. ¿Sería una prima? Deje la foto sobre la cómoda que reposaba pegado a la pared de la entrada,

Luego entre en la cocina con la idea de prepararme un tentempié.

Pero el teléfono sonó y quebró aquel silencio impecable que había en la moradita.

Corrí hasta la cómoda de la entrada y mire el teléfono. Era Julio.

Lo descolgué.

--Pequeña. --Dijo entre dientes.

Me quede en silencio apenada.

--¿Estas bien? --Preguntó preocupado.

Apreté fuerte mis labios porque la ira parecía consumirme.

--Como tú me dejaste. --Dije secamente.

--Lo siento, Miah.

--Me da igual que lo sientas, Julio. --Dije severa.

Se hizo otro silencio.

Y cuando quise colgar una voz femenina confirmaba lo que tanto temía.
¿Julio? --Escuché e inmediatamente colgué el teléfono.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, me lleve la mano a agarrarme la barriga que no tenía. Una fuerte punzada me dejo doblada y me vi obligada a sentarme en el pequeño taburete. Lloré como una descocida.

El teléfono volvió a sonar, pero de ni ninguna manera iba a escuchar lo que tenía que decirme.

Mis barbilla tiritaba, no podía dejar de llorar y comenzaba a arrepentirme de a ver vuelto a la moradita.

El estomago se me había cerrado por completo, el hambre me había desaparecido. Él teléfono no dejo de sonar en un buen rato. Me quité la ropa y la tiré al suelo, luego recordé las palabras de mi madre, Clara, que decía, que cuando se tenía un mal día siempre... *Cuando las penas son demasiado fuertes, duerme, porque durmiendo se disipan.*

Me deje caer entre las sabanas, acerqué con gran esfuerzo los almohadones. Aquella cama se me hacia demasiado grande. No podía creer que Julio estuviera con otra mujer.

Miré al techo y suspiré envuelta en un llanto que no cesaba. Buscaba algo dentro de mi que me reconfortada, buscaba entre mis pensamientos, odiaba cuando el alma me gritaba de esa manera.

¿Qué era el amor? Me pregunté mientras daba vueltas buscando algún cobijo entre aquel amplio colchón.

Quizás el amor no significa atarse, sino al contrario, el amor conoce de libertad, pero dentro de la libertad también vive la sinceridad y creo que en este caso Julio no ha sido nada claro conmigo.

Pensé impulsivamente en coger un avión e ir a pedirle una explicación a Madeira, sino, aquel sentimiento iba a matarme.

Muy temprano llamaría Mateo Launser para explicarle que Cristy iría a colocar los arreglos florales, con mucha suerte, podría asistir al acto benéfico, pero de ninguna manera iba a aceptar ir a los almacenes *Mandiras.*

Al día siguiente me levanté muy temprano. Era de madrugada. Entre en la ducha y rápidamente me duché. La prisa me estaba pasando una mala jugada, debía de estar en el aeropuerto antes de que aclarara el día.

Me vestí con prisas e hice una maleta con lo necesario la cerré, levanté la mirada y para mi sorpresa vi asomar una parte de la caja que parecía reposar encima del esbelto armario. ¿Fue Cristy quien la escondió ahí?

Era tal la curiosidad que sentía, que corrí por todo el pasillo para coger el taburete. De regreso al vestidor no dude en subirme sobre él, cogí la caja y abrí la caja, a suerte metí la mano y saque unos cuantos papeles que metí en mi maleta. Si llegará a quedarme desamparada en esa Isla, por lo menos podría descubrir que es lo que pasa en esta familia. Así mismo al salir cogí la foto de la niña que había encontrado entre los libros y sin darle demasiada importancia la metí dentro del bolso.

Abrí la puerta que daba al patio principal y el frío caló mis huevos, me vi obligada a encogerme. Me aseguré de que todo había quedado intacto.

Kent podría perfectamente venir en cualquier momento en compañía de su hija Asha. Quizás vendrían para rebuscar si se llegaran a enterar de que me he ido.

Me subí al coche y esperé medio minuto con el motor en marcha, luego los neumáticos derraparon sobre la tierra y las piedras.

Para cuando había llegado después de una larga y costosa hora al aeropuerto, corrí por toda la terminal, como si la vida fuera a escaparse de mis manos. Llegué a unos de los mostradores, una azafata, guapa esbelta, bien maquillada no dudo en atenderme costosamente.

--Buenos días. ¿Qué desea? --Preguntó la chica sin dejar de mirarme.

--Necesito un billete que salga lo antes posible para Madeira.

Ella sin esperar, se puso manos a la obra y tecleo con rapidez, sus dedos parecían volar sobre aquel teclado.

--Tenemos un vuelo a las nueve. --Dijo ella mientras se colocaba un mechón de pelo tras su oreja.

--Ese me va bien. --Pude decir mientras rebuscaba en mi bolso en busca de mi cartera.

--Señorita, debemos informarle de que están habiendo lluvias torrenciales en Maderia.

Torné las cejas.

--De igual manera lo quiero. --Ella me miró sobrecoyida y no dijo mas nada.

El sonido de la impresora sonó y supe mi viaje ya estaba medio hecho.

La chica me entrego la documentación junto con el billete cogió el dinero y sonrió amablemente.

Cargué la pequeña maleta que había dejado en el suelo y me puse a caminar buscando una butaca libre para hacer tiempo hasta que fuera la hora de salida de mi vuelo.

Abrí la maleta y quité las cartas.

Mi teléfono comenzó a sonar dentro de mi bolso, era él y esta vez no dude en descolgarlo.

Mire la pantalla con cierta pena y me acorde de aquellas palabras de mi madre nuevamente. Mis penas se habían disipado.

--¿Miah? --Su voz parecía resquebrajada.

Me quede en silencio mientras sentía que mi corazón latía fuertemente.

--Por favor, Miah... --Suspiró fuertemente. --Nada es lo que parece.

--Julio... --Me aclaré la voz. --¿A que fuiste a Madeira?

Él se quedo en silencio y ese silencio me hizo temblar.

--Miah, puede que no fuera demasiado claro contigo... ¿Podemos hablar cuando llegue a la Isla? --Preguntó.

Negué con la cabeza aunque sabía que no podía verme.

--No, Julio. --Contesté con firmeza.

Él se quedo en silencio.

--En dos horas lleo a Madeira. -- Dije.

--¿Qué? --Soltó.

--En dos horas llegaré a Madeira. --le repetí.

--¿Vienes a Madeira? --Dijo con efusividad.

--¡Si!. --Contesté presa de los nervios.

--Miah...Miah... --Dejo escapar un fuerte suspiro. --¿Por qué te precipitas tanto? Estas embarazada, mujer.

--Sé que estoy en este estado, pero peor es estar en la incertidumbre.

Me despedí molesta y colgué el teléfono.

Metí las cartas dentro del bolso porque por los megáfonos del aeropuerto habían avisado de que el vuelo con destino a Madeira salía en unos minutos.

Me apresuré a subir unas escaleras mecánicas y llegué a el control, donde no tuve ningún tipo de problema.

Esperé en la cola y cerré los ojos fuertemente pidiéndole a díos que todo saliera bien, después, pase entre unas puertas giratorios y un fuerte viento desdobló un pañuelo de gasa que llevaba envuelto en mi cuello.

Mi larga melena se iba con el viento, era imposible caminar y combatir la fuerza de la brisa.

Subí las escaleras del pequeño avión y sentí una reconfortante sensación. Mi piel se escalofrió y tenía el presentimiento de que aquella angustia que había sentido se esfumaría cuando viera a Julio Zurc.

En avión despegó, y para distraerme quité del bolso las cartas. Las desdoblé y mientras las azafatas daban las indicaciones para el despegue mis ojos se perdieron entre aquellas borrosas líneas.

Cabo verde año 1986

Querida mía...

He mandado un billete que te traerá a la Isla de Cabo Verde. Debo decirte de que será una larga travesía, pero el mar estará bueno. Las mareas en verano no son tan abrasivas por lo qué espero que tengan un buen viaje. Cuida a nuestro hijo. Le he escrito a Leonor para informarla de que, desde que se pusiera en vigencia la ley, le pediré el divorcio.

Quisiera volver a casarme, quiero casarme contigo... Volveremos a la Isla, y nos casaremos ahí. Pero ahora más que nunca te necesito a mi lado, si no, ahí, Leonor te hará la vida imposible, intentará por todos los medios hacerse con todo... Me ha trasmitido por medio de una carta que haría todo lo que pudiera por quitarte al bastardo. Seguro que ya te lo

habrá dicho, pero no podrá hacerlo.

El avión finalmente despegó. Cerré los ojos fuertemente y apreté fuerte mis dientes mientras el avión se estabilizaba en el aire. Después de que las previas turbulencias acabaran. Volví a meter la mano en mi bolso y quite otra carta, la desdoble y seguí leyendo.

Cabo Verde. 1987.

Estoy demasiado triste, se que tú también. Nuestro hijo esta en manos de esa mujer... y no puedo volver para enfrentarme con su padre. Ese hombre...

Sé que no has podido hacer nada, Leonor, es una mujer que consigue lo que quiere, puedo saber a cuantas personas ha sobornado... A Ese médico con él cuál se acostaba, seguro que ese hombre tubo algo que ver. Lo siento Antona.

Cabo verde 1987.

Querida Antona.

Tengo una muy buena noticia, después de pasar un verano abrasador bajo las palmeras de las playas pensando en tí. Debo decirte que estoy de vuelta, en alta mar. He conseguido reunir lo suficiente para hacer la travesía, después de todo soy un hombre afortunado ya que tu me das esa fuerza que a mi me falta.

Nuestro hijo ya tiene que tener un año y estoy deseando arrancarlo de las garras de esa mala mujer y verle la cara. Antona espero verte pronto. En tres semanas llego a puerto.

Isla años 1988.

Para Antona.

No creas que podrás arrebatarme a mi marido, no firmaré el papel del divorcio, no será jamás un hombre libre. Tu hijo esta bien cuidado, debo de informarte que debes de abandonar el terreno de mi marido en dos días, por el contrario, si no deshabras esa casa te quitará mi padre, Rubén a la fuerza.

He inscrito a este bastardo en el registro, debes de saber que ya consta como que es mi hijo.

Me lleve la mano para taparme la boca. ¿Julio alguna vez habría visto esto? ¿Es conocedor de esta historia?

La azafata de repente hablo por los megáfonos, pasaríamos por

turbulencias, nos adentrábamos ante una fuerte tormenta.

Cerré los ojos al sentir los estruendos que daba el avión. Arrugué las cartas en mi mano y me agarré fuertemente a los reposabrazos del avión. Resé en silencio durante veinte minutos seguidos.

Cuanto las turbulencias parecieron cesar, la azafata se desabrochó el cinturón y caminó apresurada hasta la otra parte del avión. De repente los pequeños altavoces que habían sobre nuestras cabezas sonaron como si la azafata estuviera cogiendo el telefonillo.

--Señores pasajeros debemos informales de que el vuelo cambiara su ruta, la tormenta a medida que hemos ido avanzando parece intensificarse. No podremos proseguir con el vuelo. Daremos la vuelta y aterrizaremos en unos minutos en el ala norte de la Isla. Disculpen las molestias.

Respiré profundamente mientras no podía creer lo que aquella azafata estaba comunicando. Mi cuerpo se liberó de toda la tensión acumulada, ahora no sabía que era lo que me estaba ocultando Julio en esa Isla de Madeira.

Volví a cerrar los ojos fuertemente y deje caer mi cabeza en el respaldo totalmente abatida. Abrí mi puño y vi las cartas totalmente hechas añicos. Puse los ojos en blanco y deje caer los restos de papel dentro de mi bolso.

Miré un momento por la ventanilla, los nubarrones eran densos y de poco en poco tiempo se veían restos de los rayos resplandecer en el cielo a lo lejos.

No pasaron más de quince minutos y la azafata volvió a informar de que aterrizábamos en la Isla en pocos minutos.

Finalmente aterrizamos en el ala norte de la Isla. Me encogí de hombros al ver las protestas de las demás personas que sentían urgencia por llegar a sus destinos. Me quedé sentada en él incomodo asiento hasta que el pasillo se despejó un poco, mientras que la gente fuera saliendo del avión.

Salí por donde mismo entre, aunque ahora con el tibio pensamiento de que aquel pequeño presentimiento que había sentido antes de entrar había sido fallido.

La mujer que me atendió en la ventanilla me lo había advertido y aún así me empeñé en comprar el billete. Llegué a la terminal y volví a pasar por ventanilla. La chica me miro con cara de pocos amigos, como si

estuviera cansada de explicar cien veces lo mismo.

--Disculpe. --Dije sonriendo vagamente.

La chica me miro seria, tan seria que mi sonrisa se borró de un plumazo.

--No perderá el dinero, tampoco perderá su vuelo a Madeira. Podrá venir mañana y su vuelo será reanudado si nos confirman que la tormenta se aleja.

Sin darle las gracias cogí mi maletín del suelo y me puse a caminar desolada por aquella amplia terminal.

Capítulo 10

Al día siguen me levanté puse los ojos en blanco, adolorida, al darme cuenta de que aún estaba sola en la moradita. Miré el reloj y al ver la hora que era, corrí hasta el baño.

Antes de irme a la cama anoche, le envié un correo electrónico a Mateo Launser, sería yo quien iría a ese hotel para poner los arreglos

florales.

Después tuve una acalorada conversación con Julio donde no quité nada en claro.

Corrí al vestidor y opté por coger mis zapatos Necklace Layering, abrí mi joyero de nácar y cogí mi cadena de oro de donde colgaba una bolita de piedra preciosa un lapislázuli. Sabía que hoy iba a necesitar mucha suerte.

La moradita estaba hecha una leonera, anoche me había pedido unas pizzas porque no tenía ánimos para meterme en la cocina, ahora no tenía tiempo de hacer nada, suponía que Cristy vendría.

Él teléfono sonó y corrí por todo el pasillo evitando que se colgara.

--¡Miah! -- Era Julio. --¿Cómo estas mi vida?

Me quedé en silencio.

--Bien. --Dije de mala gana.

--Por favor, Miah no te pongas así. --Suspiró fuertemente. -- Volveré hoy a la Isla, sí este lluvioso tiempo me lo permite. Te lo prometo.

Miré la foto de aquella pequeña niña llamada, Margaret, anoche la había quitado del bolso y la había dejado en la cómoda de la entrada.

--¿Julio? .--Murmuré y luego hice un silencio. --¿Quién es Margaret?

Se quedó en silencio y pude escuchar su fuerte respiración a través de aquel teléfono.

--¿Por qué lo preguntas, Miah? --Parecía preocupado.

--Porque he visto una foto que sobresalía de los libros de la estantería.

--¡Miah! --Gruñó.

Mi mente empezó a dispersarse y pensé que quizás tenía a otra mujer.

Mis ojos comenzaron a producir lágrimas y el sollozo era incontrolable.

--Por aquí todo se malentendería, Miah, debes esperar a que llegue a la moradita. Por favor, debes de estar tranquila. Tengo que colgar. Te quiero.

Me quedé helada mordiendo la rabia entre mis dientes. ¿Cómo podía alguien dejarme tan enfadada? Él teléfono aún me colgaba en la mano, cuando reaccione lo deje caer propinándole un fuerte golpe.

Tocaron la puerta y como estaba al lado la abrí sin siquiera darme tiempo a enjuagarme las lagrimas.

--¿Asha? --Exclamé atónita.

Ella sonrió vilmente al verme.

--Hola, Miah. -- Dijo empujando la puerta.

Puse la foto de la niña boca bajo, sin siquiera preguntar se metió en la cocina y se dio la libertad de servirse un vaso de agua.

--¿Dónde esta mi hermano? --Preguntó.

La miré de arriba a bajo con desprecio y mis labios enmudecieron. No me apetecía contestarle.

--¿Miah? --Balbuceó.

La miré con cara de pocos amigos.

--Tu hermano esta en Maderia. ¿Qué haces aquí? --Pregunté.

Ella se contoneó por la cocina y luego me miró.

--Esta es mi casa. --Dijo con una sonrisa pintada en la cara.

Reí irónicamente.

--No se quien te crees que eres para despreciar a mi madre... -- Escupió.

--Vete Asha.

Dije señalando la puerta de la entrada. Ella se posicionó y se sentó en el desayunador.

--No me iré, yo no soy mi madre.

--¿Te estas aprovechando ahora que no esta Julio, verdad ? --La escruté con la mirada.

Se toqueteó los pelos con una fuerte mueca que marcaba su satisfacción.

Volvió a levantarse de la silla y salió de la cocina con tal naturalidad que un fuego interno se encendió de prisa recorriendo por cada rincón de él.

Apreté fuerte mis dientes, no podía hacer nada en contra de ella, después de todo era la hermana de Julio.

--¿Estas embarazada verdad? --Levantó una ceja, luego me miró con desprecio.

La miré perpleja, no dejaba de buscar en mi mente que debía decir, no sabía como debía de comportarme ante aquella inesperada situación.

Luego la rabia me dio una respuesta y mientras ella me miraba con el gesto serio yo sonreí satisfecha.

--Sí. --Contesté con convicción.

Su mirada se paseó por mi vientre y luego sus ojos volvieron a escrutarme.

--¿Te crees que te quedarás con todo esto...?

Alzó las manos y miró a todo su alrededor.

--No es mi objetivo en esta vida apoderarme de nada de lo que no me pertenece. --Sonreí. --No tengo necesidad de quedarme con este trozo de casa teniendo el doble.

Se ríó estrepitosamente.

--¿Esa fue la razón por la que tu madre pago al Doctor Claren para que hiciera todos aquellos informes y para que finalmente me practicara el legrado verdad?

Su pecho se infló y me miró con ira, miré sus labios detenidamente que sin querer me otorgaban lo que era evidente.

Mi pecho convulsionó de prisa, sentía como la rabia me anegaba todo mi ser.

Mi respiración se aceleró más de lo normal, sentía como el corazón se me instalaba en la garganta, quería tragar pero no podía porque me dolía.

Se acercó a mí y como si no hubiera sido suficiente me acusó con el dedo, cosa que no iba a dejar pasar por alto.

--Antes de que venga mi hermano, te advierto que no te entrometas en nada, no vuelvas a despreciar a mi madre o te las veras conmigo, como ya te las viste una vez. ¿Recuerdas cuando te fuiste de la moradita?

--Lárgate. --Con un desaire le baje la mano. -- Y no vuelvas hasta que tu hermano llegue. Me quedaré aquí y la única que tiene que salir por esa puerta eres tú. Tú hermano ha estado al tanto de que volverías a la Isla y fue él quien te renegó de que vinieras. Eres tan despreciable. --Escupí las palabras. .

Sé ofendió y miró a la cómoda, se acercó para ver que era aquel papel. Temí un segundo y comencé a temblar. No quería que precisamente ella por un descuido mío cogiera la foto para que luego tuviera un motivo para intentar hundirme.

Le cogí la mano y la detuve.

Agitada, sus ojos parecían desorbitarse.

Su corta melena se balanceó, sus tacones la hicieron perder estabilidad. Lo cierto es que le quitaba una cabeza y media de altura. La miré desde arriba amenazadoramente.

--Mientras yo este aquí ni que se te ocurra volver a tocar nada que no sea tuyo.

Le solté la mano con un desaire, y luego me crucé de brazos. Sentía un fuerte dolor entre los músculos de mi vientre, estaban haciéndome tal presión que tuve que soltar un quejido.

--¿Margaret? --Balbuceó cuando intentaba alcanzar a leer la parte trasera de la foto. --¿Sabes quien es Margaret, Miah?

Desafiante me escrutó con la mirada.

Mi pecho comenzó a latir con fuerza. Otra vez mi mente volvió a concebir la fina voz de aquella mujer, con la que Julio estaba en Madeira. Ahora no sabía si quería llorar por toda la tensión contenida o quería seguir siendo presa de la rabia y con esa excusa poder plantarle una bofetada a Asha. Cerré los ojos fuertemente y contuve la respiración para retener el ataque de ira que llevaba reservando desde que Asha entró por la puerta.

No podía creer de ninguna manera que Julio me estuviera siendo infiel, algo era cierto y es que en esa Isla, Madeira, estaba con alguna mujer.

Sentí un ligero mareo y luego una somnolencia que me estaba dejando aturdida.

Mi ojos comenzaron a segarse con unas lucecillas blancas chispeantes que no sabía de donde venían. Confundida quise cogerme de la cómoda que había en la entrada, pero mis manos perdieron fuerza y sentí como mis uñas rozaban por la fuerte madera. No pude sostenerme.

--¡Miah! --Oí gritar a Asha.

De repente sentí un fuerte golpe en mi cabeza y sentí tanto dolor que me ví obligada a cerrar parpados de mis ojos con fuerza.

Capítulo 11

Cuando abrí los ojos lo primero que ví fueron los cristales amarillentos de las gafas del doctor Ocpa.

¿Qué coño había sucedido? Me dije para mi misma poniendo los ojos en blanco.

--¿Estoy en el hospital?

Baluceé con la voz temblorosa.

Él doctor Ocpa me miro con pena y asintió con la cabeza.

Cerré fuerte mis ojos.

--¿Qué había sucedido? ¿Me desmaye? ¿Era todo tan grave que hasta el Doctor Ocpa había perdido el sentido del humor?

--¿Qué ha pasado? --Pregunté

--Te desvaneciste, Miah. Llevas un día dormida.

Lo mire perpleja mientras él se aseguraba de que el suero lo tuviera bien puesto.

--Cuando termines de reponerte vendré y te explicare que ha pasado. Descansa.

Con su carpeta bajo el brazo salio de la habitación.

El silencio me envolvió a pesar de que el pitido que media mis pulsaciones estuviera taladrándome la cabeza.

De repente te abrió la puerta propinando un fuerte crujido de la hueca madera de la puerta.

Me volví para mirar y abrí mis ojos mas de lo normal cuando ví el suntuoso porte de Julio atravesar el marco de la puerta.

Se quedo quieto al darse cuenta de que estaba despierta, mis ojos se rallaron por las lágrimas que acusaban a mis pupilas. Un fuerte cosquilleo en la punta de mi nariz me envolvió. Gimoteé y me ví en el deseo de querer llorar.

Verlo fue como un alivio para todo aquel sufrimiento que había pasado en su ausencia, aunque solo se tratara de dos días.

Tuve miedo y la incertidumbre se apodero de mí. Jamás creí que podía llegar a coger un vuelo en plena tormenta eléctrica, para recurrir a los brazos de aquel hombre a buscar cobijo para mis incertidumbres.

Mientras lo miraba pausadamente, comencé a pensar en que

significaba aquella palabra que estaba en boca de todas las personas que componían el planeta. El amor. ¿Qué era el amor? ¿Cómo se podría definir? Es algo objetivo, es libertad, es comprensión.... Suspiré fuertemente y comprendí en ese mismo instante cuando gusto nuestras miradas chocaron fuertemente, que yo misma, había llevado las cosas mas haya, ahora me daba cuenta de que quizás, saque las cosas de quicio ¿Pero porque él no fue sincero conmigo?

Quería recordar lo sucedido aquella tarde en la moradita cuando Aisha llego y comenzamos a reír. Por todos los medios quería recordar, pero mi mente parecía haberse anulado por completo. Solo recuerdo que me caí y sentí un gran dolor.

Para cuando Julio pudo reaccionar corrió hasta donde yo estaba, postrada en aquella cama incomoda.

Me cogió la cabeza entre sus manos y temblorosamente me dejo caer un beso en la frente.

--Miah... --balbuceó. --Lo siento mi amor...

Parecía querer llorar.

--¡Lo siento!

Se hizo un fuerte silencio y trago en seco, contuvo un llanto que lo estaba reprimiendo fuertemente.

--¿Qué paso Miah? --Me acarició la frente.

--Tú hermana, Aisha.

Pude decir con la voz quebrantada.

--Miah, no he estado con otra mujer. --Me cogió la mano y me la apretó fuerte. --Tienes que ponerte bien, Miah. No puedo perderte...

Lo oí Gimotear.

--¡Por favor no me dejes! --Lo oí llorar y luego tembloroso me acarició la barriga. --Has perdido mucha sangre, eres un mujer fuerte y tienes que hacer todo lo posible por sanarte.

Tenía los ojos entre abiertos, quería contestarle a todo lo que me estaba diciendo pero mi cuerpo no tenía las fuerzas suficientes.

El monitor que había a mi izquierda comenzó a sonar con fuerza. Sentí como Julio soltaba mi mano dejándola caer sobre mi cuerpo y salía corriendo dando voces.

De repente escuche a los lejos el ajetreo que se había formado en torno a mi camilla.

Llamaban a gritos por el Doctor Ocpa... pero este parecía no llegar, yo misma me desesperé, mantenía los ojos cerrados pero por otra parte estaba conciente de todo lo que sucedía a mí alrededor.

--Salgan todos de la habitación. -- Dijo entre gritos.

Supuse que sería a Julio a quien se lo decía porque notaba como una de las enfermeras ponía a la altura de mi boca y mi nariz una especie de mascarilla.

Sentí como un profundo sueño quería hacerse conmigo, pero luchaba contra él. Note como las ruedas de la camilla donde estaba se pusieron en movimiento. Pensé en Aisha... y apreté fuerte los dientes. Pensé que quizás aquella rabia que sentía me daría la fuerza suficiente para reponerme.

--Vamos a estabilizar la hemorragia. --Dijo el Doctor mientras las otras dos chicas empujaban la camilla mientras corrían.

Sentía que mi pulso comenzaba a bajar tanto que incluso no lo sentía.

Un fuerte sueño volvió a apoderarse de mí, mi mente quedó en blanco y todos los músculos de mi cuerpo perdieron movilidad.

Un día más tarde estaba en la zona de reposo.

A cada cinco minutos el Doctor Ocpa se asomaba a para comprobar de que todo esta bien.

Me pareció algo excesiva la preocupación del hombre que sin lugar a dudas se limitaba a hacer su trabajo.

Él le había advertido a Julio que de ahora en adelante tendría un embarazo de riesgo, debería de guardar reposo. No sabía como iba a disculparme con Mateo Launser. El acto benéfico ya había sido, Cristy se encargó de colocar los arreglos florales o eso creía.

Desconocía todo lo que había pasado en esos días. Lo único que recordaba era la vil risa de Aisha que de ninguna manera se borraba de mi mente.

Me gire para comprobar que Julio no se había ido de mi lado. Estaba profundamente dormido en una de las sillas de descanso del hospital.

Sentí pena por verlo en ese lugar tan incomodo.

La puerta de la habitación donde me habían trasladado desde ayer se abrió. Instintivamente mire en esa dirección y vi a mi madre Clara. Sus oscuros ojos me miraron con cariño, sonreí porque de alguna manera su presencia me reconfortaba.

--¡Mamá!

Exclame casi sin fuerza.

--Miah. --Caminó hacia mí sobrecogida mientras se masajeaba las manos que las tenía ocultas en unos guantes de piel color granate. --¿Por qué no nos dijiste nada de lo que te estaba ocurriendo hija? --Preguntó preocupada.

--Quería decirlo más adelante, necesitaba que esta vez fuera intimo, algo entre Julio y yo.

Ella sonrió tristemente.

--De igual manera tendrías que avernos informado. Julio nos ha contado que habéis denunciado al Doctor Claren.

Asentí con la cabeza.

--Tengo un embarazo de riesgo. --Pude decir.

Mire a Julio con cariño y mi madre también lo hizo.

--Es un hombre irremplazable, Miah. Me ha costado mantenerlo, ha llorado mucho en estos días, no ha dejado de culparse una y otra vez por haberse ido a Madeira, por haberte dejado preocupada ignorando que Asha volvería a hacer capaz de ir a la moradita. Me ha implorado docientas veces que hable contigo...

Mis ojos se llenaron de lágrimas y un fuerte cosquilleo se instaló en la punta de mi nariz.

--Miah... --Se cruzó de brazos. --Sabes que no puedes hacer esfuerzos, deja de sollozar.

La miré con cariño.

Julio abrió los ojos y desorientado se levanto.

--¡Miah! ¡Mi vida! --De un salto llego a donde yo estaba. --¿Estas bien? --Me acarició el pelo.

Asentí con la cabeza.

Mi madre dio un paso atrás y nos observo sobrecogida a ambos.

--Jamás volveré a dejarte sola. --Sollozó.

--Julio...--Musité. --No tienes nada de que lamentarte. Sé quien eres.

Me miró perplejo y se sentó en un lado de la camilla.

--¿Estas mejor? --Preguntó.

Asentí con la cabeza.

--¡Gracias a dios! Pensé que te perdía.

Volvió a acariciar mi pelo.

El Doctor Ocpa irrumpió en la habitación para darme el alta.

Sonrió al ver mis ojos tan abiertos.

--Estas llena de vida, Miah. --Sonrió agitando unos folios en el aire.

Sonreí con la mirada.

--Tu futura mujer es muy fuerte.

Dijo el médico vacilando con Julio. ¿De donde había salido esa confianza y complicidad entre ambos?

--¿¡Mujer!?! --Exclame.

Los dos hombres se volvieron a la vez para mirarme.

Julio sonrió y se encogió de hombros.

--¿Quieres casarte conmigo, Miah ? --Se acercó y me cogió de la mano.

Cerré los ojos y al abrirlos sus almendrados ojos estaban destellantes de deseo.

Carraspeé.

--¿Tan a la ligera? --Musité.

--No se que más puedo hacer para demostrarte que eres la mujer de mi vida.. Que no tengo porque buscar en otra, lo que en ti encuentro cada día. He estado apunto de perderte, me he visto impotente , como sí fuera una fiera, que no puede retener de ninguna manera la felicidad que se le escapa entre los dedos.

--¿Apunto de perderme? --Miré al doctor Ocpa.

Él asintió con la cabeza.

--Miah has perdido mucha sangre...

Me inmiscuyó con la mirada.

--Por ello, si quieres que te de el alta, debes de asegurarme de que te cuidaras. Tendrás que dejar el trabajo temporalmente.

Respiré profundamente.

--¿Hay riesgo de que pierda al bebé verdad? --Apreté fuerte mis dientes y ví que Julio miraba con preocupación al doctor.

El asintió con la cabeza.

--Te diste un fuerte golpe, eso produjo un desplazamiento de placenta.
Cerré los ojos recordando lo sucedido. Empecé a revivir todo lo acontecido. Como mis uñas y mis manos intentaban agarrarse a aquella cómoda, la cara de susto de Aisha, su grito estrepitoso y asustado.
Tragué en seco.
--¿Podemos irnos a casa? --Dijo Julio mientras me cogía la mano.
Ocpa sonrió.
--Desde que ustedes quieran. --Dijo el médico mirando a ambos.
Sonreí para mis adentros.
Miré a Julio y le hice un ademán con la mano, para qué sé acercaré a mí.
--Sí quiero. --Dije con la voz entre cortada cerca de su oído.
Sé repuso a mi lado y me sonrió cómplicemente.

Dos semanas más tarde, sentí que mi organismo había retomado fuerza. Estaba empezando a ir a Provenza por encima de las críticas, y peleas de Julio, que no quería por nada del mundo que fuera a la floristería.

Allí solía, pasarme más de la mitad del día, sentada, por lo tanto, no había de qué preocuparse.

No volví a ver a Paul, y por una parte, no se, sí, estaba contenta. Mis sentimientos hasta ahora estaban bajo control, pero sí, volviera a verlo, seguro que pondría todo mi interior en revolución una vez más.

Estaba licenciado en jugar con esas artes de atrapar, de enamorar, era un buen aliado del amor, un buen *Don Juan*. Solo con su mirada era capaz de paralizar, y penetrar, en lo más profundo de un ser. Era tan, apuesto, que sin querer al pensar en él, mi interior se agitaba.

Había llegado a Provenza y como de costumbre cogí un taburete para

sentarme, ya que Cristy, se había encargado de hacer todo lo que había que hacer.

Miré el reloj a cada cinco minutos, estaba pendiente porque Ania vendría para ir a tomar un buen té a la cafetería Laurel.

Se había enterado de lo que me había ocurrido, no había ido a verme, por la razón, de qué, el pavor que producía volver a entrar nuevamente a una sala de hospital, después de qué Osben, muriera, la paralizó y le impidió ir a verme. No se lo podía reprochar de ninguna manera, aunque, era partidaria de que, debía de solucionar eso de una vez por todas.

Entró un hombre por la puerta de Provenza, la música Zen sonaba creando un ambiente de bien estar.

El hombre era alto, su traje estaba impecablemente planchado, pude contemplar de detrás del mostrador que no tenía ninguna arruga. En sus manos llevaba una carta y no dejaba de mirar los estantes de las flores como si estuviera buscando algo.

Cuando se percató de que yo estaba medio oculta detrás de aquel mostrador no dudó en acercarse.

Estaba muy serio y eso hizo que todo mi cuerpo se pusiera firme.

Era rubio, sus ojos rasgados ocultaban el fuerte color verde de sus ojos. Su barba imoluta me arrebató un fuerte suspiro. Que guapo era... me dije para mí.

Mientras se acercaba al mostrador se metió la mano dentro del bolsillo algo que me llamó fuertemente la atención. Parecía un hombre misterioso e interesante, ese toque de dios del olimpo me tenía maravillada.

--Hola. ¿Puedo ayudarle? --Puse las manos sobre el mostrador.

Él me miró serio y la línea curva que se había formado en labios se borro de un plumazo.

--Sí. ¿Eres Miah Diez? --Preguntó el chico sin quitarme el ojo de encima.

Me contraí un poco al ver la crudeza de sus facciones.

¿Por qué estaba tan serio? Parecía enfadado.

Mire de cerca el verdor de sus ojos.

--Mi nombre es Bill.

Me estrechó la mano sin dejar de acusarme con la mirada.

Le dí la mano sin resistirme, pensando que quizás ahora sonreía, pero me sorprendí al ver que su sentido del humor parecía estar encerrado en

una jaula.

--Launser me ha enviado para que le deje esta carta de agradecimientos.

Baje la cabeza cuando Bill dejo la carta sobre el mostrador y la empujo con sus dedos para que yo la cogiera.

Levante la mirada instintivamente y lo miro extrañada.

Él chico sin mostrar un ápice de emoción se dio media vuelta y salio de Provenza llevándose las manos a dentro de sus bolsillos. Su tragué se movía a cada paso que daba. Parecía a ver visto de cerca la belleza de un dios, me dije para mis adentros.

El teléfono sonó y mis dedos se vieron obligados a detenerse, deje la carta sobre el mostrador y atendí la llamada.

--¿¡Miah?!

La voz de Ania parecía ofendida.

Alce la mirada y mire el reloj, eran las once y media. ¿Qué le pasaba? Habíamos quedado a las doce me dije para mí.

--¿Dónde estas? --Preguntó ella. -- Estoy frente a Laurel.

--Estoy en Provenza. --Suspiré. -- Ania me parece que quedamos a las doce si no me equivoco.

Se quejo.

--¿Estas libre? --Preguntó.

--Si. --Contesté.

--Me daré el paseo hasta Provenza. --Arrastró las palabras y seguidamente colgó.

Antes de que Ania llegara abrí el pequeño sobre.

Ha sido un gran placer haber contado con sus servicios. Su empleada ha captado la idea que estoy seguro que usted le ha trasmitido. Yo y el resto de la empresa hemos lamentado mucho que usted no haya podido asistir. Estamos al tanto de lo que le ha ocurrido, esperamos que siga bien. Un saludo y mi enhorabuena

Mateo Launser.

Torné las cejas sobrecojida. ¿Cómo iba a tener tanto contacto con un hombre que jamás había visto? ¿Cristy le había dicho lo que había ocurrido?

Posiblemente debió de hacerlo. Sonreí para mis adentros y para cuando levante la cabeza ví entrar a Ania que llevaba un largo traje que llegaba hasta sus tobillos.

Sonriente te acerco al mostrador.

--¿;Porque no me dijiste nada;?--Se cruzó de brazos reclamante.

Sonreí tensamente.

--No era seguro, por eso no le conté a nadie sobre mi embarazo.

--Bueno... --descruzó las manos y abrió los brazos para darme un abrazo. --En ese caso estas perdonada, gracias a dios que estas bien.

Me abrazo fuertemente. Observe que llevaba entre sus dedos un anillo.

--¿Y eso? --Señalé su dedo.

Ella me miro tristemente y trago en seco.

Pude intuir que se lo había regalado Osben.

--El anillo de compromiso. --Dijo ella con una connotación de tristeza en su voz.

Sonreí tristemente y le cogí la mano para verlo de cerca.

--Es precioso.

--Julio me ha pedido matrimonio.

--¡Que! --Gritó ella.

Sus rizos amortiguaron cuando movió su cabeza. Sonreí al verla tan emocionada.

--¿Y que le has dicho?

Preguntó.

--Que sí. --Conteste mientras me encogía de hombros.

Ella se ríó emocionadamente.

--Bueno. --Me miró la barriga. --¿Puedo?

Asentí con la cabeza.

Me subí la camisa de gasa azul marina que llevaba puesta y deje que pasara la mano por mi piel. Su mano estaba tan fría que todos mis músculos se contrajeron de repente.

--Será un niño. --Dijo ella levantando la mirada.

--¿Cómo puedes saberlo?

Sus ojos azules brillaban, sus labios rojos formaron una línea curva. Su traje rozaba el suelo porque había flexionado sus rodillas. Era tan guapa, tan guapa y tan sola... Me dije para mí sintiendo una pena terrible. Ya era hora de que conociera a alguien que la amara tanto o mas como la amo Osben.

--No lo puedo saber, estoy en lo cierto. Será un niño precioso.

Sonrió y se puso recta.

Me quité mi larga melena hacia la espalda.

Fuera estaba haciendo un calor escandaloso, me mire los brazos y seguidamente mis manos, las venas estaban dilatadas.

Mis sandalias de cristalitos me hacían yaga en mi dedo pequeño, solo pensaba en llegar a la moradita para cambiarme de ropa y sumergirme bajo el grifo de la ducha con agua fría.

--No me creerás, Miah... --Dejo escapar.

Me di la vuelta mientras hablaba para coger mi bolso.

--Me he chocado con un hombre... -- Se mordió el labio inferior. --¡Un hombre! --Exclamó efusivamente. --Tenías que haberlo visto, era tan guapo, tan alto, tan adorable....

Me quede quieta y la miré sonriente.

--Deberías de lanzarte nuevamente al amor.

Ella negó con la cabeza.

--Yo prefiero verlo de lejos.

Sonrió al recordar al hombre, se había puesto colorada.

--Ya verás que dentro de nada vuelves a cerrar los ojos y te enamorarás.

Ella negó con la cabeza pero, mientras lo hacia supe, que sé estaba dando a derogar.

La escruté con la mirada.

--¿Te has enamorado de ese hombre? --Pregunté.

--¿Te refieres al hombre con él que me tropéese? --Dejo escapar,

mientras levantaba la mano e indicaba con ella en dirección a la puerta.

Asentí con la cabeza.

No contestó, pero contemple en sus ojos un brillo especial. Sé toqueteó el anillo pensativamente, como sí, tratara de perdonarse así misma, por a ver sentido lo mas mínimo cuando pensaba en aquel hombre, que parecía haberle calado los sentidos. La circonita de su anillo rodeada de oro brilló.

--Te enamorarás. --Quitó mis ojos de su mano y la miré a los ojos.

Cogí las llaves de Provenza y antes de salir comprobé que todo estuviera en su sitio. Le dije a Ania que me cerrará la puerta para evitar hacer fuerza ya que el Doctor Ocpa me había advertido *tropecientas* veces que no hiciera grandes esfuerzos.

Julio me había llamado diez mil veces después de salir esta mañana temprano de la moradita.

En la última semana volví a coger el taburete para mirar sobre el armario ya que me di cuenta de que la caja también había desaparecido de encima del armario del vestidor.

¿Quién estaba tan empeñado en ocultar esa historia? Aún no tenía claro quien era Antona y tampoco quien era Leonor. Solo sabía que Leonor por maldad le había quitado el hijo a Antona. Leonor había sido infiel a su marido y por ello este había rehecho su vida con la tal Antona a la cuál dejó embarazada...

No me había atrevido por miedo a provocar una fuerte discusión por preguntarle a Julio que fue lo que lo llevo a ir a Madeira, tampoco insistí en preguntarle que quien era aquella mujer a la que había oído llamar por su nombre a través del teléfono.

Algún día lo sabré

Capítulo 12

Al entrar a Laurel el olor a café choco de lleno con mis fosas nasales, me ví obligada a respirar e impregnarme.

Mire a Ania y todo parecía estar tranquilo a nuestro alrededor.

La hiedra que se plegaba por una de las paredes de la cafetería me llamo la atención, pero más me llamo la atención la presencia de aquel hombre que sostenía una taza de café entre sus manos, parecía estar muy entretenido, absorto entre las hojas de un periódico.

Idolatre inconscientemente su suntuosa masculinidad que ya había visto antes, o eso me parecía.

Los tirantes que sujetaban sus marengo negros aprisionaban su camiseta abotonada que se ajustaba perfectamente a su musculatura. Mi mente derrapo en seco. ¿Tirantes? Me dije para mí. Mi mente patino un poco pensando en aquella familiaridad que aquel desconocido hombre me traía a la cabeza. Sus músculos bien formados le daban un aire de macho alfa. ¿Quién era aquel hombre? Tan alto y esbelto.

Como estaba de espalda no pude verle la cara, por ello, pase a escasos centímetros de él y nos sentamos en una recóndita y acogedora mesa que facilitaba la vista a una de las calles peatonales que cruzaban ante aquella avenida.

Henry el camarero ya nos había visto al entrar, por lo que no tardo mucho en acercarse a nuestra mesa con una sonrisa jovial.

Observe a Ania detenidamente, se había puesto tensa al ver con que soltura y desenfado se acercaba el camarero. Su intrínseca sonrisa la delato. Ese chico la agitaba. ¿Le recordaría a Osben? Me pregunté para mi misma.

--¿Qué tomarán? --Pregunto Henry algo contraído al ver que Ania había girado la cabeza a un lado como intentando despistarse a ella misma.

--Para mí un té. --Dije sonriente.

Apuntó nota y miro perplejo a Ania que de repente se había quedado ausente.

--¡pis! --Llame su atención.

Volvió su blanquecina cara y miro al chico aturdida.

--Un café solo. --Dijo con seriedad.

Arqueé una ceja.

Max se retiro frunciendo el seño algo decepcionado y se emergió tras la barra.

Entre medio de un silencio me volví para mirar a aquel hombre, disimuladamente me percate de que aún seguía allí. ¿Por qué llamaba tanto mi atención? Suspire profundamente... había algo en él... Que me hacia recordar.

Su morena piel aceitunada, su intenso color de pelo.

Me ruborice y no quise mirarlo más, sí se diera la vuelta y se percatara de que lo he estado mirando todo este tiempo desde que entre por esa puerta, estoy segura de que, pensaría que estoy loca.

Comencé a hiperventilar cuando su mirada se rodó unos metros y se choco con la mía. Justo en ese momento baje la cabeza asustada y miré a Ania para comprobar que ella también había visto lo mismo que yo, pero sin esperarlo me ví obligada a levantar la mirada una vez más para confirmar que lo que estaba viendo era verdad. ¿Paul? Me dije para mi entre un gritito agudo. Torne las cejas pero cuando quise reaccionar sus penetrantes ojos negros ya se habían asombrado al verme. Entonces supe que si había vuelto y que era él, el que estaba habitando en ese apartamento.

Mi mente hizo un minucioso retroceso cuando aquel hombre al que no sabía, si aún, amaba entro por la puerta de Provenza como por arte de magia, causando que todo mi cuerpo perdiera el control y, fue, ahí cuando e jarrón se me cayó de las manos, cuando sus ojos contemplaron a Julio y sé dio cuenta de que ya había rehecho mi vida, entonces se marchó.

Cerré mis ojos y contuve el aire en mis pulmones un momento porque no podía creer que estuviera nuevamente a menos de dos metros de distancia de mí. ¿Cómo podía hacerme sentir tanto? Después de tanto tiempo pensé que eso ya era cosa del pasado, pero por alguna extraña razón alguien me había dicho que el pasado siempre vuelve al presente.

Por el rabillo del ojo ví como su pecho se inflaba lo más probable era que hubiera suspirado al saber que estaba gusto tras de él, aunque no lo supiera con exactitud también podía estar enfadado. ¿Pero por qué iba a

estarlo? ¿Por haber rehecho mi vida?

Sus severas facciones me dieron uno y mil motivos para que mi interior diera saltos. Estaba impecablemente inexpresivo, tenso, agitado.

Mire a Ania y observe sus herméticos labios que parecían forma una mueca, luego sus cejas parecían arquearse y sus ojos alardeaban de que alguien se estaba acercando. Comencé a temblar. ¿Sería Paul? ¿O Max el camarero?

Por un momento deseé que la tierra me tragará, un fuerte cosquilleo en la boca de mi estomago que dejo sin habla.

No le podía quitar los ojos de enzima a Ania, que parecía contraída, asustada. Con entereza me volví disimuladamente para comprobar que estaba pasando a mis espaldas, pero ví que Paul aún estaba posada a aquella barra de bar.

--¿Ese es Julio? --Dijo Ania sobrecogida.

Asentí con la cabeza.

Cerré los ojos y respiré hondo...su pelo negro, su piel dorada, su gesto imponente. Todo a mí alrededor parecía detenerse. Abrí los ojos y sentí como mis rodillas y todo mi cuerpo empezaron a temblar, por alguna razón daba gracias a dios por no estar de pie, si no ya hubiera hecho el ridículo, debido a mi torpeza para controlar mis nervios.

Bajé la cabeza tímidamente al suelo y mis dientes empezaron a chirriar.

Quise que la tierra me tragara en ese mismo instante. Todo mi cuerpo se había aflojado, no tenía fuerzas. Mi pecho no dejaba de convulsionar y Ania se había dado cuenta de mi estado nervioso.

Hundí mis rostro en la carta, era presa del miedo, y el pánico me amordazaba. ¿Qué hacia Paul ahí? Me pregunté.

--¿Miah? --Cerré los ojos fuertemente cuando el torrente de su voz me inundo.

Su voz calo en mis oídos y yo sentía que estaba inmovilizada. Pensé que después de lo que había pasado en Provenza no intentaría verme o hablarme más. Me volví en la silla presa de una afonía, la algarabía que se había formado en la cafetería quiso distraerme, pero no pudo. Lo mire y una nerviosa sonrisa me delato.

--Hola. --logre decir.

Su mirada parecía triunfal y algo extrovertida. Me ruborice al

contemplar en la blancura de sus ojos un brillo que ya había visto antes.

--¿Quieres...? --Se volvió algo nervioso a señalar la barra. --
¿Quieres tomar algo?

Mi pecho se contrajo.

Él miró a Ania y le estrecho la mano cortésmente.

--Disculpa mi falta de profesionalidad el otro día. --Dijo con la voz entre cortada.

¿Profesionalidad? Arqueé una ceja ¿Se refería cuando encargó el ramo de calas en Provenza?

Me gire para mirar a mi amiga que contemplaba a ambos sobrecogida.

--No tienes de que preocuparte. --Contestó Ania.

Miré a ambos sin entender nada. ¿De que hablan?

Él sonrió y luego sus ojos volvieron a acapararme. Se quedo en silencio esperando que contestara a su propocisión. Yo estaba tan sobrecargada que no podía ni regularizar mi respiración, estaba hecha un escombros de sensaciones.

--No puedo. --Dije finalmente casi sin pensar.

Su sonrisa arrebatadora me quito de mi encantamiento de prisa. No sabía que hacer, no sabia que decir, y mucho menos como debía de comportarme. Miré sus carnosos labios, su tersa piel. Sus ojos... --Suspire profundamente. -- Sus ojos y su mirada me tenían anegada.

--No has cambiando, Miah. --Me miro con detenimiento y pude adivinar lo loco que estaba por retenerme un momento, por hablarme...

Comencé a temblar de nuevo y mis pelos se pusieron como escarpas. Mi piel se erizo.

El corazón me latía en la boca de mi estomago, quería librarme de aquello, pero era difícil, ahora que, lo tenía tan cerca, tan cerca que podía acaparar su agrio perfume.

--Tú tampoco lo has hecho... --Contesté secamente.

Su miraba bajo hasta quedarse perpleja mirando mi barriga.

Me extrañé tanto que incluso se me notó la molestia. ¿Sabia que estaba embarazada?

Me encogí de hombros.

--Yo.. --Suspiró. -- Que cobarde fui. --Se metió las manos en los bolsillos de su pantalón, y sonrió tristemente.

Miré a Ania que parecía incomoda.

Entre ambos se hizo un gran silencio, que parecía de lo más incomodo, yo por una parte, quería comprender, un sin fin de porqués.

Baje la mirada al suelo, y por alguna extraña razón, quise detener el

tiempo en ese mismo instante.

Mi mente hizo un fuerte retroceso, no pude evitar cerrar los ojos, y lanzarme a aquel recuerdo, que aún me escalofriaba la piel...

--Miah, despierta cariño.

Abrí los ojos, y lo primero que vi al despertar fueron sus rasgados ojos.

Lo agarré del cuello, y lo motive para que me besara, eso era lo único que, quería de él, que me besara, porque cuando lo hacía era feliz.

Me beso como si la vida se le fuera a ir en ese mismo instante, en él que, nuestras miradas, se rozaban con tanto deseo por consumir.

Después de qué, sus labios impactaran con los míos, me separé de él, y lo observe en silencio.

--Tengo al para ti. --Dijo y no dudo en levantarse para coger algo entre las vitrinas de cristal, que habían en aquel entonces, en nuestra habitación. Rebusco durante unos segundos, mientras yo no deje de impacientarme. Parecía una niña pequeña sentada en aquel reconfortable colchón, esperando impaciente para ver, que era eso que buscaba.

Se dio la vuelta, y cuando había conseguido lo que andaba buscando, no dudo en venir nuevamente hasta donde yo estaba, perplejamente contemplándolo en un silencio, que oprimía mis cuerdas vocales.

Trague en seco cuando abrió la palma de su mano, y ví una pequeña cadena de oro. Parecía muy antigua, lo miré, y sus ojos se habían rallado por un inesperado llanto.

Apenado la cogió entre los dedos y la bailo en el aire.

--Esto tiene un significado para mí. -- Me dijo sin dejar de mirarme.

Él parecía querer llorar, pero sabía muy bien como contenerse.

--¿Qué significa? --Pregunté.

--Fue de mi abuela, ella me la regalo, cuando yo era un niño.

--¿Murió? --Pregunté.

El negó con la cabeza sonriendo tristemente.

--No he vuelto a verla desde que discutimos. Ahora estoy apenado por ello, y lo más que deseo en esta vida es volver a verla. Sé que la vejez la esta abrazando, y según van pasando los años, la abrasa más y más.. No

quisiera. --Gimoteó.

--¿No puedes dejar tu orgullo de lado? --Dije enfadada.

Él me miro, y sus ojos se iluminaron, pero luego negó ligeramente con la cabeza.

--Quiero que lo lleves tú. --Suspiro apesarado. --Te cuidará.

Me dí la vuelta sin saber bien por qué razón me ponía aquella cadena. Meses después supe, el porque, ese porque era qué, partiría al otro lado del continente, donde un mar entre medio nos separaría, y quizás para siempre.

--¿Paul? --Murmuré.

El puso su dedo en mis labios, como sí, quisiera callarme.

Luego me tragué las palabras, mientras que él, me fulminaba con un beso embriagador en él que me deje llevar.

--Jamás cambies Miah. --Pudo decir envuelto por una bruma espesa de amor.

Sobrecogida miré el negro de sus ojos, sus espesas pestañas me hicieron suspirar.

--No la haré.

Mi interior se paralizó y se heló. Todo se detuvo en ese mismo instante, ya no quería mirarlo más, ahora tampoco quería ninguna explicación, supe que aún el dolor estaba allanado en alguna parte recóndita de mi ser.

¿Había encargado el ramo de calas para así poder verme? Me dije para mis adentros.

Me cogió de la barbilla cuando se dio cuenta de que los sentimientos me habían inundado.

--Se lo que estabas pensando. Esos ojos, esa forma de mirar ya la había visto antes. ¿Por qué Miah? --Parecía dolido.

Me quede en silencio sin saber que decir.

Lo mire con resentimiento y luego quite la mirada agitada a otro lado.
¿Me estaba recriminando algo? Me dije para mi interior ofendida.

Me masajee las manos para aliviar la tensión que se había acumulado en mí. Sentí como mi cuerpo se aletargaba comencé a marearme y de repente se me vino a la mente las palabras del Doctor Ocpa.

--¿Estas bien? --Me agarro del brazo cuando se percato de mi aturdimiento.

--Sí. --Contesté secamente.

Él se contrajo, de alguna manera ya no sabía ni como tratarme. Era evidente que había cambiado.

Cuando me dejo me hice mas fuerte, menos cariñosa, mas desconfiada... Me convertí en mujer.

Me cogió la mano para mirar de cerca los pequeños moretones que me habían dejado las infinitas vías que me habían introducido en la fina piel de mi brazo de derecho.

--¿Y esto? --Me miro a los ojos y ví como las aletas de su nariz se movían. Parecía enfadado.

--No ha sido nada. --Logre decir apartando la cara a un lado bruscamente con molestia.

Frunció el seño, luego desplazo su mirada y volvió a mirarme la barriga.

--¿Estas embarazada verdad? --Pregunto sobrecogido mientras me dejaba la mano colgando a un lado de mi cuerpo.

Baje la mirada intentando esconderme, Ania me miro apretando fuertemente sus labios.

Después de un incomodo silencio, lo miré.

--Sí. --Contesté.

Sé quedo perplejo mirándome.

Ahora no sabía sí estaba enfadado o por el contrario estaba tan apenado que su gesto quedo inexpresivo.

Hizo un ademán con la mano como sí no pudiera hablar, como si algo que se hubiera quedado estancado en la boca de la garganta.

--¿Cómo lo sabes? --Pregunté nerviosamente.

Él sonrió irónico y luego quito la mirada aún lado.

--¿Te crees que eso pasa desapercibido? --Apretó fuerte sus labios.

Observe con detenimiento como su mandíbula se movía.

Deslicé mi mirada por todo su cuerpo, la atracción entre ambos estaba latente, quizás tenía ganas de tirarme en sus brazos y volver a hacer aquella niña que un día fui.

--¿Cómo puedes notarlo si no eres una mujer? --Carraspeé aclarándome la voz.

Sus ojos se ensombrecieron.

--Estabas muy pálida aquella mañana en tu floristería. --Me miro de arriba a bajo conteniendo el deseo de aprisionarme en sus brazos.

--Se puede estar pálida por muchas razones. --Pude decir mientras me quitaba un mechón de pelo que estaba intercediendo en mi campo visual.

Sonrió con congoja y adivine que sus labios guardaban algo que no quería escupir tan a la ligera.

Yo también sonreí y sentí un ligero espasmo que paralizaba todo mi mundo. Mi pensamiento advirtió a mi cerebro de que algo estaba errando, causando en mí una gran discordia.

Quería anular mis sentimientos, eso que sentía hacia él, eso que aún después de tanto tiempo no había muerto del todo.

Nuestras miradas impactaron con fuerza, ambos nos dimos cuenta de qué algo entre nosotros se estaba correspondiendo aunque solo fuera esa mirada la que sé correspondía.

Sonreí sin poder evitarlo, tan tontamente que me ví obligada a quitar la vista a un lado ruborizada, de repente y sé que no fue por sorpresa, su móvil empezó a sonar debido a una causa. Él debía de distraerse y yo igual que él.

Sé disculpó y luego se alejo caminando muy despacio hasta la barra. Parecía estar hablando con alguien muy acaloradamente, como si estuviera enfadado. La vena de su cuello se inflaba y no dejaba de hacer ademanes con su mano.

No quería que se fuera, quería volver a ese estado, donde mi corazón impactaba, y latía fuerte cuando su mirada rozaba con la mía.

Me volví para mirar a Ania que se había quedado totalmente patidifusa.

Ambas estábamos una frente a la otra en silencio.

Después de realizar mis adoloridas plegarias para que no se fuera, observe encogida por el rabillo del ojo, que le estaba murmurando algo a Henry, en el oído, luego soltó un billete sobre la barra, y colgó el teléfono.

Antes de abandonar la cafetería se detuvo a escasos metros de donde estábamos Ania y yo, me miró con los ojos aguados, luego no dudo en salir dejándolo todo atrás, dejándome allí sentada, con un sin fin de sentimientos en revolución, allí donde había implorado a dios, con todas mis fuerzas, para que no atravesara la puerta de esa acogedora cafetería.

Sé que de alguna manera he pisoteado su orgullo, he pisoteado su ego...¿Qué iba a esperar? Ahora ni siquiera podía acercarse más de los centímetros marcados por esa regla de respeto.

Me quede quieta sin poder moverme, observando como se paraba en medio de la acera y volvía a quitar su teléfono de donde lo había puesto con anterioridad. Parecía sumergirse en una conversación, se había quedado parado, las gentes caminaban a su alrededor, lo esquivaban, luego volvió a meterse el móvil en su bolsillo, se puso las gafas de sol, y antes de subir a un distinguido betley, hecho la mirada atrás, como si quisiera volver a verme.

¿Cómo pude perderla? Se preguntaba él mientras veía a su conductor.

Se acaricio la cabeza desesperado. ¿Estaba embarazada?

Quise besarla y no pude hacerlo, sé que ella también lo deseaba. Que bonita es cuando me mira a los ojos, que mirada tan desenvolverte tiene. ¿Por qué fui tan imbecil?

Estoy seguro de que no llego a ver la carta que le deje sobre su bonita cajita del té...

Capítulo 13

Una connotación de tristeza me invadió de repente, y quise llorar, me lleve la mano al pecho, y quise paralizar aquellos descompasados latidos, luego para disimular, me subí la falda hasta mis rodillas, me cruce de pies, y entre un suspiro que hablaba por mí, me recompuse como sí fuera una mujer fría y ausente, ausente de todo aquello que quisiera hacerme daño.

Por fuera era facil aparentar estar entera, pero por dentro las preguntas me debilitaban. Ahora solo quería encontrarle un porque para cada cosa, para cada gesto, para cada una de sus palabras...

¿Habrá venido por el simple hecho de que este era mi lugar preferido en el mundo? ¿Esta cafetería? ¿Esta Isla? ¿Ese apartamentos?

No podía parar el flujo de mis pensamientos y aunque quisiera hacerlo todos ellos me llevarían a él, a ese pensamiento

--No puedo creerlo. --La emocionada voz de Ania me alejo de lo que estaba pensando.

Comenzó a reírse y me cogio de la mano y yo me quede en silencio.

--Jamás podrás deshacerte de los recuerdos.

Sonreí

--No podré hacerlo, tienes razón pero tampoco puedo olvidar que él me dejo.

--Lose pero eso no quita a que te haya dejado de querer. --Suspiro--

¿Todos podemos equivocarnos.

Mire a un lado.

--Ahora ya es tarde. --Dije apretando fuerte mis dientes.

--Nunca es tarde. --Rechistó ella.

--¿Por qué parece que quieres hacerme entrar en razón? --Pregunté.

Ella se llevo la taza de té a los labios y me miro.

--Estoy hablando por ti.

La miré ofuscada.

--Tú le quieres.

--Quiero a Julio. --La corregí.

--Pero también lo quieres a él. --Hice una mueca y después quito sus ojos para mirar a Henry que andaba inmerso en sus labores.

Sentí un ligero mareo, aquel té me estaba produciendo fatigas.

Después de un buen rato charlando nos levantamos. Henry se percató de ello y quiso venir para atendernos pero ya era demasiado tarde, junto a la barra esperábamos la comanda que parecía no llegar.

Alcé la mano y el se acerco a nosotras.

--La cuenta. --Dije sonriente.

Él sonrió y se quedo quito. Enarqué una ceja cuando ví que no tenía intenciones de atender mi petición.

--Ya la ha pagado... --Hizo ademán con su mano dibujando una corbata a la altura de su pecho. --La ha pagado el señor...

Ania sonrió.

--Pues dale las gracias cuando vuelva. --Dejo escapar Ania.

El sonrió algo avergonzado.

Me di media vuelta decida a salir, pero la voz de Henry me detuvo.

--¿Miah?

Me giré.

--Te quiero Miah. --Dijo en voz alta, me ruboricé y luego me alarmé.

--¿¡Como!? --Rechisté.

--Me ha dicho el señor....de. --Volvió a dibujarse una corbata con las manos. --Me dijo que te lo dijera.

Acalorada le sonreí. Sentí como los colores se instalaban en mi mejilla, me hundí de hombros y sin darle las gracias a Henry salí de la cafetería.

Me despedí de Ania y luego caminé nuevamente sola hasta Provenza.

--¡Quiero a la mujer de la falda blanca! --Gritaron desde lejos.

Me volví extrañada para mirar de quien se trataba.

Un esbelto hombre caminaba a un paso tranquilo a lo lejos, su corpulento cuerpo se contoneaba con fuerza y decisión sobre las baldosas.

--¡Te quiero! --Voceó sin importar quien estuviera observándolo o escuchándolo.

Sonreí de oreja a oreja al ver que era Julio, y para cuando estaba frente a mí no pude decir nada. Quería llorar por lo hermoso que era.

Me acarició la barriga y se puso de cuclillas para darle un beso.

Gimoteé sobrecogida.

Él sé percató de lo angustiada que estaba, así que no dudo en ponerse en levantarse y cogerme la cara entre sus manos.

--¿Qué te pasa mi vida? --Preguntó preocupado.

Sonreí con tristeza y me quede en silencio un momento pensando detenidamente en lo que había sentido al ver a Paul tan de cerca de mí.

El color ámbar de sus ojos resplandecía con el sol. Estaba fuertemente enamorada de Julio, era evidente, porque no dejaba de estremecerme cuando lo tenía cerca, pero ahora...¿Qué pasaba con la culpabilidad?

Me sentía culpable por el simple hecho de haber sentido cosquillas en mi vientre al ver a Paul Ortsac nuevamente.

--Miah, me estas preocupando --Murmuró Julio.

Sonreí para restarle importancia.

--Lo siento. --Pude decir. --Solo que estoy emocionada, creo que serán las hormonas.

--¿Segura? --Preguntó escrutándome con la mirada sería.

Asentí con la cabeza.

--Vamos a almorzar. --Dijo.

Me agarró de la mano y dimos media vuelta.

Poco después llegamos al catering, de camino, me había comentado qué sí quería ir a Madeira, sí el Doctor Ocpa me daba la vista buena para hacerlo.

Me quedé pensándolo un momento, recapacité sobre ello y después acepté.

Quería confesarle lo que había pasado en Laurel poco antes de que él llegara a buscarme a Provenza pero de ninguna manera me atreví. Pensar en Paul me estaba torturando, ¿Pero por qué debía temer? Él me dejó y yo ahora tenía todo lo que quería, incluso estaba esperando un bebé.

¿Cómo sabía que estaba embarazada? ¿Sabía muy bien cuando una mujer estaba embarazada? ¿Por qué iba a saberlo?

Subí la escalinata del catering, la algarabía del comedor me distrajo del aturdimiento en el que, estaba presa, con tantas preguntas que azotaban mi mente.

Julio me cogía de la cintura mientras yo me limitaba a caminar orgullosa a su lado, antes de entrar al archivador saludé uno a uno de los trabajadores que todos volvieron sus miradas a mi barriga.

Cristy en los últimos días había estado ausente, como si estuviera encofrada en ella misma. Su carácter vivarachero y despierto parecía haberse marchitado y por más que quisiera indagar y querer saber porque estaba así, no lo conseguí.

Kent había vuelto a visitar a su hijo, no hizo mención del Doctor Klaren, disculpó a su hija Aisa por lo sucedido, pero por alguna razón no me fié de ella, tampoco creí que sus disculpas fueran sinceras.

--Miah, estas blanca.. ¿En que estas pensando? --Preguntó Julio arrastrando una silla para que yo me sentara.

--En nada. --Dije y me senté.

Sentía que un fuerte mareo me estaba dejando casi sin fuerza, mis

manos comenzaron a sudar y tenía la ligera sensación de que en algún momento tendría que salir de aquel archivador pitando. Tenía náuseas.

--¿Miah? --La voz de Julio irrumpió en mis tímpanos.

Me levanté agitada, abrí la puerta y corrí al baño.

Cuando llegué me abrase a la taza y escupí saliva, allí me quedé temblando a oscuras porque no había encendido la luz al entrar.

Después de un buen rato las luces se encendieron. Esperé con ansia la voz de Julio pero era imposible porque había entrado al servicio de mujeres y él no podría entrar porque estaba el restaurante lleno.

Las voces de dos mujeres hicieron que recobraré el aliento, cuchicheaban una con la otra, me levanté y me quedé de pie casi conteniendo la respiración.

Por un momento me sentí ridícula de estar escuchando las conversaciones de los demás, pero cuando oí pronunciar el nombre de Paul, me quedé fría y atónita.

--¿Lo has vuelto a ver? --Preguntó una de las chicas a otra.

De ninguna manera podía verles el rostro, ya qué, tenía la puerta totalmente cerrada.

--No, Paul... --Suspiró la chica algo hastiada. -- Paul, es un hombre...

--¿Es un hombre qué? --Preguntó otra chica que parecía tener la voz chillona.

--No me quiere... --Contestó con la voz rota.

--Yende.. ¿Crees que este con otra mujer? --Preguntó.

--No lo sé Mandira...--Hizo una pausa y luego prosiguió. -- Antes, cuando lo llamé estaba tan raro, como otras tantas veces que parecía quedarse ausente, como si sé acordaré de alguien.

--¿Tiene a otra! --Dijo la tal, Yende.

¿Mandira? Me dije para mis adentros... ¿Era ella con quien Paul discutía en la cafetería? ¿Ella era con quien él hablaba?

Me lleve la mano a taparme la boca porque una arcada había amenazado con delatarme.

--No hace muchos meses le encontré una foto en la cartera, la tenía muy bien escondido, como si no quisiera perderla. Estaba muy bien conservada, y era el retrato de una mujer.

--¿Una mujer? --Exclamó Yende.

--Si. --Respondió Mandira.

--¿Y sí fue la novia? Quizás se le olvido quitarla.

Mandira, soltó una carcajada que sonaba ofendida.

--Yo le regalé esa cartera, tuvo que haberla quitado y puesto en la nueva.

--Es verdad.

--Me engaña, Paul Ortsac, me engaña. --Gimoteó, Mandira.

Mi mundo parecía desvanecerse a mis pies, sin poder aguantar, recelosa abrí la puerta, y ambas mujeres se volvieron para mirarme. Me acerqué al lavamanos, y sin mirarlas, abrí el grifo para mojarme la cara. Cuando levanté la cabeza, y me sequé en unas ásperas servilletas, Mandira estaba mirándome.

--¿Miah? --La voz de Julio distrajo a ambas mujeres.

Yo también la había mirado. Era una mujer con un cuerpo trabajado de piel crastada, mulata, su melena se terminaba en sus hombros, y su pelo estaba muy bien amoldado, sus ojos, eran de un verde esmeralda, era muy atractiva.

--Sí. --Contesté mientras me aclaraba la voz.

Mandira no dejo de mirarme, hasta que vio a Julio asomarse al baño.

--Discúlpeme señoritas. --Julio Hizo un ademán con un baso de agua. Ambas mujeres sonrieron disculpándolo.

--¿Estas bien mi vida? --Preguntó Julio mientras me acariciaba la barriga bajo el marco de la puerta del baño. --Toma te sentará bien para las fatigas.

Me puso en las manos un baso de agua, y no dudé en tomarlo porque tenía la garganta irritada y seca, cuando terminé de tomarlo se lo devolví.

--¿Te encuentras mejor? --Volvió a preguntar.

Asentí con la cabeza y antes de salir del baño pude oír como Mandira cuchicheaba con Yende. Sé habían dado cuenta de que estaba embarazada ¿Mandira me habría quitado parecido? ¿Sería yo a la que Paul guardaba en su cartera?

Con el alma despedazada y sin entender porque estaba tan deshecha, miré a Julio que parecía preocupado por mi estado de salud, aunque solo estuviera embarazada.

--¿Estas bien, Miah? --Preguntó mientras me cogía de la mano.

Asentí con la cabeza.

Mentía, estaba acongojada, triste. Me sentía engañada y muy rabiosa.

¿Por qué me ha buscado? Me pregunté para mis adentros. ¿Me quiere? La imagen de Max me vino a la cabeza con un flash. ¿Por qué pareció enfurecerse tanto cuando vio, a Julio, en Provenza?

--¿Miah seguro que te encuentras bien? --Volvió a insistir Julio, antes de entrar en el archivador. --¿Quieres que llame al Doctor Ocpa.

Sonreí delicadamente al ver su preocupación.

--Julio.--Suspiré. --Son solo molestias, es totalmente normal.

Haberle dicho eso no lo tranquilizaba del todo.

--Cogeré mi movil e iremos a la moradita. Quiero descansar, y así también, podrás descansar tú un poco.

Lo miré con cierto cariño, y esperé en la puerta, a que cogiera las llaves del Jeep.

Las mujeres, Mandira y Yende, pasaron justo a mi lado, Mandira se había vuelto para mirarme algo descarada, pero no me importó. Ahora sabía qué, esa mujer, era la novia de Paul, ahora sabía qué, había rehecho su vida, y mi mundo se hacia añicos. ¿Qué hubiera pasado si lo hubiera esperado? ¿Si hubiera esperado su regreso? Aquellas preguntas me perseguían y no me dejaban en paz, por más que quisiera, saberlo me dolía. ¿Él también estaría en el catering?

Apreté fuerte mis dientes pensar en como me miró con su escandalosa mirada. ¿Cómo se atrevía? ¿Quizás ella era la razón de aquel inesperado viaje que solo yo ignoraba? ¿Por eso se fue de la Isla? Enarque una ceja ofendida. Me agité al pensarlo aunque todo indicaba que quizás era muy probable. ¿Y su viaje a Cuba?

Quise llorar pero los labios de Julio me lo impidieron, cuando quise darme cuenta había plasmado sus labios en los míos.

Salimos del catering juntos, antes de que él, me abriera las puertas para bajar la pequeña escalinata de mármol, alongué la mirada disimuladamente al comedor. Seguro él no estaría... me dije para mí con un enfado descomunal.

Capítulo 14

Entramos en la moradita, el olor a mora, y a frambuesas me detuvo en la puerta.

--¿Cristy? --Dije.

Era la esencia con la que Cristy solía hacerme un té cuando mis penas eran rebosantes dentro de mi. El olor parecía haber recorrido todos y cada uno de los resquicios de la casa.

--¡Mi niña! --Se alongó a la puerta de la cocina. --Ya estas aquí. --Dijo ella sonriente, y volviendo a meterse en la cocina.

--Pensé que te abrías ido. --Dije mientras miraba una tetera que jamás había visto. Era de porcelana, en su blancura había un pavo real de muchos e infinitos colores. Me llamo la atención la curiosa forma que tenía. El asa parecía tallada con la forma de una pluma, miré nuevamente la tetera extrañada.

--¿Y eso? --Pregunté señalando.

Ella sonrió apesurada.

--Esta mañana vino el cartero, dejó un paquete, y para mi sorpresa, era esto. Lo recogí porque pensé que lo habías mandado a pedir.

--¿Yo? --Dije asombrada.

--¿Entonces el cartero se ha equivocado? --Dijo nerviosa mirando las bonitas tazas.

Hizo un gesto con la boca.

--¿Qué te dijo el cartero? --Pregunté.

Ella se quedó un momento pensando.

--Solo me lo entregó, luego se dio media vuelta, y se marchó en una moto.

--Que extraño. --Dije entre un suspiro.

--Me pareció que te gustaría un té de frutos. --Dijo ella llevándose la mano a tocarse la cadenita que colgada de su cuello.

Asentí con la cabeza, y luego me acerqué para oler más de cerca aquel olor, que hacía que, mis pelos se pusieran de punta.

--Pero... --Balbuceé. Cristy se volvió para mirarme.

--¿Pasa algo? --Preguntó.

Negué con la cabeza.

--Solo que...--Apreté fuerte mis labios, como si de alguna manera me diera vergüenza decirlo. --El té de frutos solías hacerlo cuando tenía algún día catastrófico.

Ella sonrió con dulzura.

--¿Cómo está tu día hoy? --Me escrutó con la mirada.

Quitó la mirada aún lado, recapacite, y era cierto, estaba muy enfada pero sobre todo, estaba apenada.

Volví a mirarla, y mis ojos tropezaron con los de ella.

--¿Cómo puedes saberlo? --Pregunté

--Intuición. --Contestó ella, refunfuñando, como si ella sé entendiera así misma.

Me senté en unos de los taburetes y cogí la tetera, luego me serví el humeante té de frutos.

El rojo se fundió con un azul, que soltaban las hierbas, el contraste era maravilloso, mágico.

Cristy se sentó frente a mí, las arrugas de su cara estaban aún mas marcadas que de costumbre.

Me quedé un segundo con la taza de té suspendida entre mis manos, mirándola, resople.

--¿Cristy sucede algo? --Dije con un murmullo.

Ella clavo sus grandes y chispeantes ojos azules en mí, y negó con la cabeza.

--Estoy un poco decaída. --Se masajeó las sienes. --Últimamente estoy muy cansada.

--¿A que te refieres? --Dije alarmada.

Sonrió tristemente.

**--Toda una vida de sacrificios, toda una vida de constantes luchas... --
Dejo escapar entre sus carnosos labios, un hilo de voz, luego torno la
mirada a las baldosas del suelo, como sí, estuviera triste.**

**--No logro entenderte. --Dije dejando la ardiente taza sobre la
madera.**

**--Sé que has visto la caja. --Se volvió en la silla y miro las repisas de la
estantería, luego apretó fuerte los labios, y me aprisiono con su fuerte
mirada. No sabía que decirle, me había quedado atónita, perpleja, tragué
en seco.**

**Mis ojos no se mantenían quietos, jugueteaban de un lado para otro
contemplando el rostro de aquella anciana, nerviosamente. --La he
quitado de enzima del armario de tu vestidor debes de saber, que las cosas
que andan escondidas no se revuelven... --Dijo sonriente, como sí quisiera
quitarle importancia.**

Ahora yo estaba ofendida, y no era capaz de decir nada al respecto.

--Cristy... --Resoplé. --Yo no... --Negué con la cabeza algo dolida.

**--No te preocupes. --Su suave voz se introdujo por mis oídos, y me
insito para que la mirará.**

--Tendrás un niño moreno, precioso. --Me agarró la mano con cariño.

**En mi interior se habían encendido un par de luces, luces de alerta.
Abrí los ojos más de la cuenta, y me limite a mirar sus viejas, y
descuidadas manos.**

--¿Cómo lo sabes? --Arrastré las palabras.

Sonrió con convicción.

**--Sé que así será. Te casarás pero.. --Cogió aire fuertemente por su
perfecta y recta nariz, era una mujer tan guapa, aunque estuviera entrada
en edad, su piel flácida y envejecida... a la vista estaba, que había sido en
su juventud muy bella. Sus pestañas daban espesura a esos almendrados
ojos, algo rasgados, azulones. --Te casarás, eres una gran mujer, pero será
un casamiento agridulce, las dudas se asecharán, y te veras dividida.
Respóndeme a algo...¿Ha vuelto el amor de tu vida?**

**Mi corazón dejo de palpar, mi respiración de aceleraba. ¿Cómo sabía
tantas cosas? ¿Era una curandera? Enarque una ceja y en silencio la miré,
molesta, retire la mano y cruce de brazos.**

--¿Cristy, como te atreves? --Dije muy ofendida.

Me miró discordante.

--No tienes porque enfadarte, Miah. --Murmuro tranquilamente.

--¿Eres una adivina? --Pregunté apretando fuerte mis dientes.

Ella sonrió.

--Eres una mujer muy sensitiva. --Dejo escapar una sonrisa resonante y me miro nuevamente, ahora había cogido su taza de té, le dio un sorbo, y luego la soltó.

--No sientas miedo por lo que sientes, tu pecho esta en revolución, después de haber visto a ese apuesto caballero, seguro estas sintiéndote confusa. ¿Verdad? --Hizo una pausa y me dio tiempo para que le respondiera. Asentí algo desconfiada, la miré como sí me costará fiarme de lo que estaba diciendo.

--Es verdad. --Algo triste mi mirada se posó en él estancada agua del té.

Susceptible alcé mi mirada a través del vidrio de la ventana, Julio estaba podando el ramaje del sauce llorón.

Lo miré tristemente.

--¿Cómo puedes saber esas cosas? --Pregunté sobrecoyida.

Ella se limitó a sonreír.

--Ya sabrás que viví en la Isla de sal.

--¿La Isla de sal? --Exclamé sin llegar a comprenderla.

Asintió con la cabeza.

--Cabo Verde. --Sus herméticos labios se cerraron de repente.

Me quede inexpresable.

--Tu... --Titubeé. -- ¿Tu eres Antona?

Asintió con la cabeza nuevamente, algo contraída, y avergonzada.

Se hizo un fuerte silencio entre ambas.

--Sé que has mirado la caja, sé que has cogido las cartas... por ello te lo digo. Puedo saber esas cosas porque con solo mirar tus rasgos faciales, y tus finas manos, puedo saber... puedo adivinar. --Sonrió. --Tuve la suerte de aprender, o más bien, de explotar un don que dios me dio. Viví en Palmeira, un pueblo de pescadores, en aquel entonces, con mi marido, Julio.

Allí en el corazón de sal tuve la oportunidad de conocer a una mujer, de piel negra, una senegalesa a la que, un trozo de tela de algodón

ocultaba sus pardos ojos y sus distinguidas facciones, una tela muy llamativa, y colorida la cubría. Me llamo mucho la atención, era una mujer alta, esbelta. En aquel puerto era muy común de Palmeira era muy común verlas, pero aquella mujer me había llamado la atención fuertemente. Sé toqueteaba la barriga con sus grandes y ásperas manos. Parecía muy, muy joven por lo que no deje de mirarla, ella al percatarse de , que yo estaba llorando a orillas de la playa donde ella lavaba la ropa sucia, se giro, y me dijo en un idioma que intuí que sería senegalesa igual que ella. “ *Mikipendana mambo huwa sawa*” Mis lagrimas habían cesado al escuchar la sonora voz de aquella mujer a la cuál desconocía, luego sonrió, y en un español casi perfecto volvió a decir. “ *Todo esta bien si se aman mutuamente*”

--¿Por qué llorabas --Pregunté sobrecogida.

Cristy, suspiró.

--Lloraba por lo que era mío, lloraba por el amor que parecían arrebatármelo, no sabía porque lloraba, pero el hecho es que, allí estaba, sola, llorando.

--¿Leonor? --Dije a baja voz. --Sus ojos se encendieron fuertemente, me miro alarmada. --¿Esa mujer te quito a su hijo?

Asintió con la cabeza. Sé había puesto roja, sus ojos se comenzaban a rallar y decidí no ahondar más en el tema.

--Miah... --Arrastro las palabras llevándose la mano para taparse la boca para contener un fuerte sollozo.

--No debiste. --Me reprendió cuando pudo pronunciar palabra.

La miré apenada.

--Cristy, lo siento. --Tragué en seco.

--Esa mujer. ---Apretó fuerte sus dientes con rabia. --Era una arpía, muy mala, tuve que irme a Cabo Verde y dejar todo lo que tenía en la Isla.

Fueron los peores años de mi vida, y a la vez los mejores porque podía tener al amor de mi vida junto a mi, aunque me hubieran arrebatado a mi pequeño Julio.

Sorprendida la miré.

--¿Julio es tu hijo verdad?

--Sí. --Se llevo la mano nuevamente a la boca para contener el fuerte sollozo. --Es mi hijo, yo lo parí, pero ya vez, es como si no lo fuera.

--¿Kent te lo arrebató? --Pregunté sobrecogida. --¿Kent es Leonor?

--A sí es.. --Dijo con la voz quebrada y ropa.

Me quede sumida en un silencio.

--¿El lo sabe? --Miré absorta como se arrastraba las lagrimas de la cara.

--Sí. --Respondió.

Apreté fuerte mis dientes. ¿Kent no es la madre biológica de Julio? Me dije para mis adentros mientras contemplaba el dolor que debía de sentir aquella mujer que estaba tan destrozada.

--Lo siento mucho, Cristy, de haberlo sabido... --Arrastre las palabras.

--No te preocupes. --Sorbió por la nariz. --Por lo menos puedo estar junto a él.

--¿Por donde iba? --avergonzada terminó de arrastrarse las duras lagrimas que caían de sus bonitos ojos, cogió la taza de té y dio un sorbo, probablemente, para diluir el nudo tan tenso de emociones que se le había formado en la garganta.

--Me estabas contando la historia de una senegalesa. --Suspiré profundamente. --Me estabas...

Miré mis manos avergonzada.

--¡Así! --Suspiró aletargada. --Amas a ese hombre...

Dí un respingo en la silla..

--En Isla de sal, junto a aquella senegalesa, lloraba por Julio, por el amor de mi vida, lloraba porque sentía que todo lo que nos rodeaba era discordia. Esa senegalesa había intuido porque estaba así. Sorprendida no dejé de mirarla hasta que se acercó a mí, y me tomó de las manos.

Hablaba perfectamente mi lengua, y eso no dejaba de sorprenderme, de alguna manera con la frase que había dicho, había adivinado lo que me estaba sucediendo, y también me adivinó el futuro. Nos hicimos muy amigas en aquel puerto, donde no había más que mar y dunas...

Aprendí mucho de ella, luego dio a luz en ojo azul, en una gruta. Yo la

lleve allí para que diera a luz la arrastré por las dunas.. --Puso los ojos en blanco y luego suspiró. --Era una mujer...--Sonrió como si estuviera recordando. --Era una gran mujer, después de dar a luz se marchó de Cabo Verde y jamás volví a saber de ella.

--¿Entonces ella te enseñó? --Carraspeé avergonzada. --Ya sabes...

Le enseñe la mano.

Asintió con la cabeza.

--Debes de tener mucho cuidado, Miah. --Me advirtió. --Ese apuesto hombre, te persigue, te ama y jamás a dejado de hacerlo, pero esconde muchos secretos.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, mis manos comenzaron a sudar y los nervios se arremolinaban en mi interior.

La puerta de la entrada se abrió, era Julio, sonriente entro en la cocina y miró extrañado a ambas.

Miré a Julio, luego miré a Cristy, encogida, observe como Cristy se levantaba cogiendo la taza de té, y dejo dentro del fregadero.

--Mi niño. -- Murmuró Cristy girándose para él. --Iré a Provenza, para que la niña, Miah pueda descansar.

Julio sonrió agradecido.

--Gracias Cristy. --Dijo él acercándose a mi para dejar caer en mi frente un beso.

Capítulo 15

Después de que Cristy se hubiera ido, Julio se acostó, se había quedado dormido y mientras tanto yo aproveche para buscar aquella caja. Quería saber que más había pasado, estaba claro que, Cristy se ha callado muchas

cosas, cosas que están ocultas en esa caja.

Me senté en el chéster agotada, las fatigas habían vuelto a acusarme en la boca de mi estomago, rezaba para no tener que vomitar.

La moradita estaba en un impecable silencio, el sol entraba a través del vidrio y acariciaba mi piel...el timbre del teléfono rompió toda aquella magia.

Me levante de un salto y lo descolgué.

--¿Se encuentra Julio? --Una voz femenina hizo que todos los músculos de mi garganta se contrajeran.

--Sí. --Respondí.

Escuché una fuerte respiración agitada a través de aquel teléfono.

--¿Quién es? --Volví a decir.

Colgaron, me quedé con el teléfono suspendido en el aire.

Arqueé las cejas, comencé a sentir un ligero temblor que recorría mi cuerpo.

Comencé a enfadarme, ahora era evidente que, Julio, me estaba engañando con otra mujer, cogí mi bolso, y salí de la moradita sollozando.

Crucé con mi coche gran parte de la ciudad, me sentía engañada y dolida.

Julio había ido a Madeira a visitar a su amante, me decía para mí mientras lloraba con desgarró. Aferré mis manos fuertemente al volante de aquel coche.

No sabía que hacer, tampoco que pensar, quería volver, y gritarle, pero no lo hice.

Las palabras de Doctor Ocpa cayeron en mí como un aluvión..."*Debes de cuidarte, tienes un embarazo de riesgo*"

Me dolía el pecho, me dolía respirar, los ojos me escocían. ¿Qué iba a hacer ahora? Solo quería llorar y llorar.

Quería evadirme de todo, así qué, cuando contemplé que la tarde iba decayendo por el horizonte, no dude en coger aquel camino angosto que me llevaría hasta las praderas de los ortigales, aquel lugar al que tanto me gustaba ir.

Las ruedas se anticiparon por el caminito empedrado, polvoriento, bordeado por hiervas silvestres secas, y verdes. El cielo indicaba que en unos días se levantaría un fuerte viento, las nubes dibujaban

enladrillamientos.

Aparqué el coche a un lado del camino, me baje, y con los ojos nublados por las lagrimas ví las montañas, que decaían sobre una llanura, y la inclinada pradera vestía de un beige muy tostado. Los ortigales bailaban al son que marcaba el viento, las campanitas de las amapolas se movían tímidamente.

Me baje de mi pequeño coche, me crucé de brazos y de pies.

En el silencio del viento que escalofriaba mi piel.

--¿¡Miah!!--Gritaron a mi espalda.

Me volví asustada. ¿Quién podría estar por aquel camino solitario?

Cuando mis ojos alcanzaron a verlo todo mi interior se paralizó.

--¿¡Qué!!--Exclamé atónita y sin poder creerlo.

--Has venido... --Dijo él caminando hasta donde estaba. Me quede en silencio mientras observaba erguida su impecable traje azul marino. --No pensé que solieras frecuentar este lugar.

Lo miré de arriba abajo.

--Yo tampoco esperaba encontrarme con nadie aquí. --Murmuré enfadada.

Su sonrisa se borró de un plumazo cuando se dio cuenta de que estaba enfadada.

--Después de tantos años... --Suspiró él. --¿Te has dado cuenta de que ya no nacen las flores?

Miré a la pradera y mi mirada se quedó perdida al frente.

--Si me he dado cuenta. --Contesté secamente, y sin mirarlo jugueteé con las llaves del coche.

--¿Qué te pasa, Miah? --Se acercó a mí.

Lo miré severamente.

--No te acerques. --Farfalle. --No me pasa nada.

--¿Has estado llorando? --Preguntó enarcando una ceja. De repente sus ojos se ensombrecieron, se posiciono y se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

--Deberías de estar junto a tu mujer, Mandira. --Pude decir apretando fuerte mis dientes.

El sonrío tristemente.

--¿Cómo lo sabes? --Preguntó.

--Ha ido al restaurante de mi futuro marido. --recalqué las ultimas

palabras.

Se puso serio, muy serio.

--¿Te vas a casar? –Preguntó alarmado.

Asentí con la cabeza.

--Estoy esperando un hijo suyo, y lo quiero, lo quiero más que a nadie. -
-Lo escruté adolorida con la mirada. --Por lo menos el no me ha dejado, él no se ha ido, para correr a los brazos de otra. --Me erguí en mi misma, sabiendo apenada qué lo que acababa de decir no era totalmente cierto.

Miré a Paul con rabia, luego se dio media vuelta y sin decir nada caminó alejándose de donde yo estaba, a un paso lento.

Me eché a llorar fuertemente. Supe que él puso oír mi sollozo, estaba destrozada.

--¡Paul! --Grité.

Me quedé en medio del camino sollozando, con el corazón desbocado. No se volvió, hizo como si nada.

--¡Paul! --Grite con más fuerza.

Baje la mirada al suelo convencida de que había vuelto a herir su ego, no se daría la vuelta, no volvería.

Pero cuando levanté la mirada, ya estaba caminando con la cabeza gacha hacia donde yo estaba.

Lloré desalentada y lo miré sobrecogida, como se anticipaba por aquel polvoriento camino.

--No me fui. --Me cogió la cara entre sus manos. Cerré los ojos fuertemente cuando abrí los ojos, sus penetrantes ojos me fulminaron. --Jamás te he dejado de querer. –Rugió, enfadado.

Encandilada no fui capaz de hacer nada, cerré los ojos nuevamente y recordé la última vez que hizo lo mismo, hace cinco años atrás, cuando me acerqué a su pecho aquella lluviosa noche, y escuché con detenimiento los latidos de su agitado corazón.

--Debo irme. –Dije con la voz rota y algo asustada por sentir el fuerte deseo que el mismo me despertaba.

Me detuvo cojiendome de la mano.

--No te vallas, Miah. –Dijo con voz rogante.

Lo miré a los ojos.

Negué con la cabeza.

--Estoy mareada. --Mentira, no estaba mareada, lo que me pasaba es

qué no quería quedarme.

--¿Quieres que te lleve? --Preguntó.

Me negué y me solté de sus brazos.

--No puede ser. --Me justifiqué

--Miah. --Se quedo callado. --No quiero que te vallas.

Parecía acongojado.

--No puedo quedarme. --Balbuceé con flojera.

--¿Por qué?—Protestó.

--No puedo, no insistas más. --Me arrastré una lagrima que rodaba por la tez de mi cara y caminé hasta donde había aparcado el coche.

--¿Es por él? --Preguntó volviendo a cogerme de las manos.

Asentí con la cabeza.

--¿Lo quieres? --Preguntó y me percaté de su gesto doliente.

Me toco la cara.

--Sí. --Contesté.

Él soltó mis manos y se acarició desesperado los pelos.

--¿¡Porque!?! --Grito. --¿Por qué tuviste que hacerlo?

Desesperado y fuera de sí, me miró.

Una intensa tensión comenzaba a subir por la punta de mis pies

--¿¡Y tú!?! --Le reclamé --¿Por qué te fuiste? Quizás si no te hubieras ido jamás me hubiera enamorado de él.

--¿No leíste mi carta verdad? --Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

--¿Qué carta? --Balbuceé.

Su móvil sonó, lo quitó de dentro del bolsillo de su americana, me miró y luego rechazó la llamada.

--Tu mujer hoy estaba muy preocupada por ti. --Suspiré rabiosa. --Deberías de contestarle.

Me subí en el coche, cerré la puerta y las ruedas derraparon sobre aquel camino escarpado y polvoriento.

Capítulo 16

¿Una carta? Las lagrimas empapaban todo mi rostro. Ahora podía recordar, la carta que me había dejado sobre la cajita de té, aquella mañana en la que se fue. Jamás la abrí, recuerdo que la había tirado al fondo y sobre ella puse los objetos, presa de la ira, la cerré, la lleve al trastero de casa de mis padres y jamás la volví a abrirla.

Mi móvil comenzó a sonar, sabía que era Julio, se abría levantado de dormir y posiblemente al no encontrarme estaría preocupado. La tarde ya se había puesto, la noche se anticipaba trayendo la oscuridad a aquella pequeña Isla.

¿Debía ir a la moradita? ¿Debía de pedirle a Julio alguna explicación?

La rabia me consumía, por lo que decidí ir a casa de mis padres, iría para buscar la caja donde cinco años atrás había ignorado esa carta.

Mi móvil no dejo de sonar en todo el camino, lo silencié porque no tenía intención de cogerlo. Estaba claro que alguna mujer estaba reclamando a Julio.

Deje caer mi mano en la puerta de madera de la entrada de casa de mis padres, esperé, pero cuando vi que no habrían, volví a tocar.

Después de unos segundos mi madre apareció tras la puerta, lo primero que hizo fue mirar mi barriga, que no había crecido ni un milímetro.

--¡Miah! --Exclamó efusiva

Terminó de abrir la puerta para que pudiera entrar.

--¿Estas bien? --Preguntó.

--Si. --Sonreí.

--¿Has estado llorando? --Tornó las cejas y me miró raro.

Negué con la cabeza, aunque era evidente que tenía la cara hinchada.

--¿Van las cosas mal con, Julio? --Camino por gran parte del salon y se sentó en una poltrona tapizada en un color granate.

--No, todo esta bien. --Sonreí adolorida.

--Miah... --Arrastro las palabras. --A mí no me puedes engañar.

**--Lo se. --Suspiré fuertemente. --Pero ahora no quiero hablar de ello.
¿Podemos bajar al trastero?**

Me miró con cara de pocos amigos.

--¿Crees que es conveniente ahora? --Volvió a pasear su mirada por mi barriga.

--Si. --Me toqueteé los pelos. --Había un caja con trastos que traje aquí cuando Paul me dejo.

--Ahh.. --Se quitó las gafas de vista y las dejo sobre su regazo.

--La ví el otro día.

--¿Entonces esta? --Pregunté.

--Si. --Contestó.

--¿Vamos? --Dije mordiéndome el labio inferior.

Se levantó de la poltrona, dejo las gafas sobre una mesilla, luego se perdió en el largo pasillo de la casa y oí el sonido del metal de las llaves.

Abrí la puerta y salí al exterior, sentí como mi móvil vibraba en el fondo de mi bolso, pero indiferente deje que sonará.

--Miah, ten cuidado al bajar esas escaleras, están muy desniveladas.

Caminé delante de ella, baje las escaleras con cuidado. Sentía que el corazón me estaba latiendo en la boca de mi garganta, las ansias que tenía por saber que me había escrito, Paul, en esa carta me estaba matando lentamente.

Me quedé frente a la puerta de aluminio, mi madre tiró de ella hacia arriba y se abrió. El olor a humedad me hizo retroceder un paso atrás.

Ella encendió la luz y observe sobrecogida todos los polvorientos objetos que durante tantos años se habían acumulado allí.

--Miah, ahí demasiado polvo aquí, mejor te la traigo yo.

Asentí con la cabeza mientras yo desde la puerta observaba como removía un par de cajas.

Mi pulso se aceleró con desconsideración. Cerré los ojos fuertemente y no dejaba de revivir como el tibio perfume de Paul, acarició mis sentidos no hacía mas de una hora. Tuve su respiración a escasos centímetros de mí, mis labios estaban deseando los suyos, y sé que los suyos también deseaban los míos.

No podía dejar de lado lo que Julio me estaba haciendo sufrir, pensar en que tuviera un amante, me estaba matando.

--¿Miah? --Mi madre alzó una caja en el aire que parecía no pesar demasiado. Miré la caja y se me escurrió una lagrima por la tez de mi cara. --¿Es esta? --Sonriente me miró.

--Sí. --Dije con la voz temblorosa.

Mi madre, Clara, caminó con la caja esquivando algunos trastos que se interponían en su camino, antes de salir del garaje apagó la luz, mientras tanto yo me volví para ver los apetitosos reflejos del agua de la piscina.

--Toma. --Mi madre dejo caer la caja en mis manos. --¿Te la subo?

--No. --Sonreí tristemente. --Subo en un momento.

Mi madre cerró la puerta, yo me quede a solas.

El sereno que traía la noche me hizo estremecer. Caminé sobre el césped de casa de mis padres hasta llegar a un alargado, pero amplio banco, de madera laqueado en un marrón oscuro.

Abrí la caja y entre un fuerte suspiro arranqué la cinta adhesiva.

Con mi mano aparté unos cuantos trastos que había metido, entre otras cosas una libreta, una taza que se había roto. En el fondo de la caja vi el papel que tenía musgo, parecía haberse mojado pero eso no me impidió que lo cogiera.

Casi tiritando de los nervios abrí el sobre, y cogí un folio bien doblado, lo desdoblé y al leer al principio su nombre, Paul, lloré.

Miah, hace tiempo que debí decirte que me iba, no te lo dije y por ello entiendo que ahora estés tan enfadada conmigo. ¿Cómo puedo dejar de quererte? Jamás lo haré, porque has sido la única mujer que se ha atrevido a amarme, sabes que soy tan impredecible como tú...

--¿¡Miah!? --Me volví en dirección a las escaleras y ahí lo ví desalentado.

--¡Julio! --Exclamé atónita, doble rápidamente la carta y me la metí en el bolsillo de mi chaqueta vaquera.

Él bajo rápidamente las escaleras, como si sé le fuera a ir la vida en llegar hasta donde estaba.

Cerré la caja mientras él se apresuraba a llegar. Cuando llego no dudo en sentarse a mi lado y abrazarme con fuerza.

--Mi vida... --Dijo cerca de mi oído. **--¿Dónde has estado?**

Me separé de él furiosa.

--¿Quién es tu amante? --Grité.

Sé quedo desconcertado mirándome sin saber bien que decir.

--Miah... ¿Qué dices? --Preguntó contraído como si no entendiera muy bien que estaba diciendo.

--Ha llamado tu amante a la moradita. --Volví a chillar con lagrimas en los ojos.

--Miah, por favor... --Arrastró las palabras.

--¿¡Por favor!? --Balbuceé muerta de dolor.

--No es lo que piensas. --Dijo sin dejar de mirarme.

--¿Entonces? --Me crucé de brazos.

Se hizo un silencio.

Zarandeo la cabeza con negación.

--¿Cómo puedo explicártelo para que lo entiendas? --Suspiró fuertemente y acarició mi cara para arrastrarme las lagrimas. **--Solo necesito que sepas que jamás te sería infiel.**

Subí las escaleras de mi casa, él me seguía. No dejaba de sollozar. ¿Tenía que entenderlo? Me pregunté para mí, mientras los engranajes de mi mente no dejaban de trabajar.

--Miah. --Murmuró cojiendome del brazo, me volví antes de empujar la puerta para entrar a casa de mis padres. --mañana iremos a Madeira.

Paso su mano por mi barriga.

Lo miré compungida con las lagrimas apunto de salirme de los ojos, por lo que no le dí importancia a sus palabras, me había concentrado en su caricia.

Levanté mi mirada unos centímetros y me encontré con su fulminante mirada parda, como una tonta, enamorada, me tragué sus palabras.

--Porque, Julio.... --Protesté queriendo no creerle.

Me silenció dejando caer su dedo índice en mis herméticos labios, fuertemente pintados de rojo.

--No digas nada, confía en mí. Te quiero más que a nadie.

Cogió el pomo de la puerta y tiró hacia dentro. Mi madre estaba sentada en la cocina acompañada por un café, y un cigarrillo. Dejo sobre la mesa el libro que estaba leyendo y me miró extrañada.

--¿Estáis bien pregunto? --Alarmada al ver mi cara hecha un cuadro.

Asentí con la cabeza y Julio se erguió en silencio a mi lado.

--No vamos. --Dije. --La caja la he dejado abajo. En unos dias me pasaré.

Ella me picó de ojo, miró a Julio y volvió a coger el libro.

Entré en la moradita y los brazos de Julio me agazaparon tiernamente, me giré para mirarlo.

--No quiero verte llorar. --Dijo.

--Como quieres que no llore... --Ni siquiera lo miré a los ojos aunque me estuviera derritiendo en sus brazos.

--Jamás me iría con otra mujer.

--¿Y porque preguntan por ti? --Le reproché.

--¿Quién pregunta por mi? --Digo con la voz calmada.

--Esta tarde mientras dormias una mujer llamo y preguntó por ti, luego colgó.

--¿No te dijo su nombre? --Sé acarició el mentón.

--No. --Respondí secamente.

--Entonces pudo haber sido cualquiera.

Lo miré fijamente y se hizo un silencio entre ambos.

--Ania ha estado aquí. --Se sentó en el chéster, luego hizo un gesto con la mano para que fuera a donde él estaba. --Siéntate aquí.

Encogiéndome de hombros caminé hasta él, me senté a su lado.

--¿Qué ha pasado? --Pregunté.

--Creo que deberías llamarla.

--¿Por qué? --Musité alarmada.

--Me temo que no esta muy bien... --Se masajeó las manos.

--¿Qué te ha dicho? --Cruze mis brazos.

--Osben. --Dijo apretando los labios. --Ella no esta bien, no se como no te has podido dar cuenta en este tiempo, su felicidad es superficial, lo esta pasando gravemente mal. Se hecho a llorar, me vi tan incapaz de poder adularla, que me quede quieto perplejo.

Miré la hora en el reloj que llevaba en la muñeca.

--¿Crees que será muy tarde para llamarla? --Pregunté.

El sonrió tristemente y frunció el seño.

--Creo que estará sola en ese piso, seguro que le alegrará la llamada.

Me levanté del sillón y caminé hasta la entrada donde estaba el teléfono. Los descolgué y marqué su numero, esperé pacientemente a que me contestará, pero no lo hizo, volví a marcar su numero y al tercer tono contesto con la voz agrietada de llorar.

--Ania. --Musité.

Ella se quedo erguida en una silencio.

--Miah...

--¿Estas bien? --Pregunté.

Volvió a quedarse en un silencio y me preocupé.

--Estoy bien...--Cogió aire fuertemente. --Estoy muy triste.

--Lo se.. --Me pase la mano por los pelos pensando en que podía decir.

--¿Quieres pasar la noche aquí?

--No. --Gimoteó.

--iré a tu casa. --Dije volviéndome para buscar en Julio una afirmación.

Él se levanto del sillón e intuí que eso era un sí.

--¿Esto es terrible! --Lloró desconsolada y mi alma se hizo añicos.

--En un momento estaré ahí. --Colgué el teléfono y casi corriendo entre al vestidor para cambiarme los zapatos que me estaban provocando llagas.

Antes de irnos Julio y yo nos habíamos chocado en el pasillo, el me cogió de la cintura y me miró con deseo, quiso besarme pero al darse cuenta de que el momento no era apropiado, me soltó.

--Te quiero. --Se acercó lo suficiente a mi oído consiguiendo que toda mi piel se pusiera de naranja.

Sonreí, cogí el bolso y salimos de la moradita.

Llegamos a la suntuosa calle, donde Ania vivía en aquel ostentoso piso de dos platas, aquel que ahora se le hacía demasiado grande.

Los abetos iban en, hilera calle a bajo, las baldosas eran grumosas y rojas. Me baje del Jeep.

--¿No te bajas? --Le pregunté a Julio, ya que no le vi intenciones de bajarse.

--No. --Respondió rotundo.

--¿Por que? --Enarqué una ceja algo molesta.

--Miah, si yo me bajo, ella no podrá ni siquiera desahogarse, llámame cuando termines, te vendré a recoger. --Miró al frente. -- iré a casa de mi madre Kent.

Al escuchar ese nombre parecía que la rabia me consumía. Miré a Julio molesta.

--¿Por qué no me lo habías contado? --Escupí las palabras.

Se volvió sorprendido por el tono severo de mi voz.

--¿El que no te conté, Miah? --Frunció el seño.

--Que tu madre es Cristy. --Solté de repente.

Él se quedo patidifuso, con la boca abierta me miró.

--¿Cómo has? --Miró en todas las direcciones desconcertado. -- ¿Cómo lo has sabido?

Me fulmino con la mirada.

Yo me quede en silencio.

--¡Miah!--Gruñó tensamente.

Parecía ofenderle que lo supiera. ¿Se avergonzaba de su madre

Cristy?

--Lo supe por una caja donde habían un sin fin de cartas.

Al escuchar mis palabras bajo la cabeza hasta sus pies agotado, apretó fuertemente la piel del volante.

--Miah, ¿Cómo se podría contar algo así? --Espetó

--Lo se. --Dije arrepentida. --No te preocupes, no pasa nada, no tienes de que avergonzarte.

--¡No me avergüenzo! --farfulló agitado. --¡Es duro! Es muy duro saber que la madre que te crío, no es tu madre, es difícil enterarse de que tu madre es aquella mujer la cuál siempre paso desapercibida.

Me erguí en mi misma al contemplar con mis propios ojos el dolor que le producía aquel fuerte desengaño.

--No te preocupes... --Dije por decir, al final de cuentas, no sabía como aunar las palabras correctas.

--Ve... --Suspiro enfadado. --Ania te necesita.

Cerré la puerta del coche y sin decir nada más, cruce la calle mientras veía como el Jeep se perdía cuesta a bajo, a una velocidad que me estaba dando vértigos. Miré al cielo rogante y le pedí a dios que lo cuidará.

Me agarré de la verja al sentir un ligero mareo que pareció sacudir el suelo donde yo pisaba. Cuando quise tocar el timbre la negra y esbelta verja se abrió. Alcé la mirada hacia las cristaleras y vi una chispeante luz salir tras el vidrio.

Me fijé en la hilera de complejos que habían apelotonados en ese distinguida calle, luego tiré fuerte de la verja y entré.

Propine dos golpetazos a la dura puerta, Ania no tardo en abrir.

Abrí la boca asombrada, sus pelos estaban enmarañados, llevaba un pijama de los mas hortera. Sus ojos lloroso me miraron con pena, sus brazos estaban caídos. Parecía gravemente desanimada, nada que ver con aquella chica vivarachera y extrovertida que un día conocí.

En ese instante comprendí lo que eran los golpes de la vida, ¿hasta que punto te podían mandar al límite? Su aspecto era escandalosamente depresible, tan depresible que me dieron ganas de llorar.

--Ania. --Murmuré a baja voz.

--¡Miah! No quiero sermones. --Dijo fuertemente mientras caminaba por un oscuro pasillo a donde no alcanzaba la luz del salón.

Miré encogida el desorden que tenía en aquellos escasos metros.

Estaba todo tirado, el conjunto de libros se encontraban esparcidos por el suelo. Sobre una mesa auxiliar pude ver cientos de fotos desperdigadas, álbumes en el suelo, una copa de vino medio vacía.

--Vamos a recoger. --Dije agachándome para recoger los libros.

--No. --Me cogió del brazo y me detuvo. --No vamos a recoger nada, antes de que sepas algo.

Me quedé perpleja mirándola.

Se tiró en el sillón como si le diera igual que la vida la consumiera.

--¿Qué te ha pasado, Ania? Has estado bien... ¿Y ahora? ¿Qué te ha pasado?

Sonrí con ironía.

--Osben me era infiel. --Espetó.

Mis ojos se desorbitaron.

--¿¡Que!?! --Chillé.

Volvió a sonreír ella mordiéndose los dientes de la rabia.

--¿Sabes porque compró la casa al lado de la playa?

Negué con la cabeza.

--Por ella... --Miró una de las fotos.

--¿Cómo puedes estar segura de ello? --Pregunté.

--¡Jas! --Soltó. --Hoy fui a ver a mi abogado, el que lleva todos estos temas, ya sabes que quería deshacerme de todo, sabes el gran patrimonio que tenía Osben...

Asentí ligeramente con la cabeza. Me masaje las manos intentando contener los nervios que me estaba asechando.

--El abogado, me puso al tanto de que la casa veraniega de la playa, no estaba a mi nombre, entonces, enfadada le pregunté que como podía suceder algo así. Cuando Osben y yo nos casamos, no hicimos separación de bienes, por lo tanto, todo lo de él pasaría a hacer mío.

Él al parecer lo había arreglado todo, desde que compró el piso lo puso a su nombre.

--¿Cómo se llama? --Pregunté.

Ella puso cara de pocos amigos.

--¿La mujer? --Chisto enfadada.

Asentí con la cabeza.

--Marga... --Pensó un momento. --No se ni como era nombre completo.

Me quede en silencio pesando sumida en mi misma. ¿De que me sonaba

ese nombre? Me dije para mis adentros convencida que en algún sitio lo había escuchado.

--¡Ahh! --Soltó de repente, di un respingo en la silla. --Ahora entiendo porque se ausentaba, y sus esporádicos viajes...

--¿Esporádicos viajes? --Murmuré con el corazón acelerado.

--Ohh.. Sí, los misteriosos viajes.. --Dijo ella dolorida.

Cerré fuerte mis labios y pensé en él viaje que Julio había hecho a Madeira, la voz de aquella mujer, la misteriosa llamada de hoy.

Mi pulso de acelero, y los engranajes de mi mente volvían a activarse, un sentimiento nefasto se instaló dentro de mí... por alguna extraña razón Cristy me vino a la cabeza. ¿Una boda agridulce? ¿Un niño moreno?

Me toqué la barriga como si un instinto maternal me obligara a sobreprotegerme.

--Sabes, Miah, ahora me doy cuenta de que nada de lo que hice valió la pena, llore por él, lloré porque alguien al que había querido durante tantos años pensé que me amaba como a nadie, me prometió fidelidad y ahora... ¿Ahora? ¿A quien puedo reclamarle? Ojala estuviera aquí para poder gritarle. --Se apretó la cara contra sus manos. --No sabes la impotencia que me da enterarme de esto y no poder ni siquiera quitarme toda esta rabia que siento.

--¿No piensas que esto lo cambia todo? --Dije.

--¿A que te refieres? --Se hecho su corta melena hacia atrás.

--Ahora podrás empezar de cero, empezar de nuevo, formar tu vida. Solo tienes veintinueve años.

Se volvió a reír con dolor.

--Miah, te piensas que soy capaz de poner mi vida patas arriba. --Alzó las manos mirando a su alrededor. --Solo por esto, solo por saber que mi difunto marido al que tanto amaba me era infiel, me fue infiel hasta incluso antes de casarnos... No. --Respiró hondo. -- Estoy embarazada.

--¿¡Que!?! --Deje escapar un fuerte grito.

Ella se contrajo y me miró perpleja.

--No sabes lo mal que estoy. --Se quejó y gimoteó.

--¿De quien? --Pregunté. --¿De Henry?

Negó con la cabeza.

--Recuerdas que te dije, no hace muchos días que me había cruzado con un hombre...

--¿Con ese? --Dije alarmada.

Tragué en seco.

--Con ese y apenas lo conozco... --Se quejó.

--Pero, Ania, como puedes saber que estas embarazada sí sucedió no hace mas que días.

Sonrí avergonzada.

--Tengo un periodo regular, me tocaba hace dos días y no me ha bajado.... ¡Ya sabes! --Se hecho en el sillón y tapándose la cara se hecho a llorar.

--Ania... --Suspiré mas tranquila. --A veces suele retrasarse. ¿Por qué quitas las cosas de contexto?

--Miah. --Se levanto del sillón nerviosa. -- Te digo que estoy embarazada...

--¿Al menos sabrás su nombre, verdad? --Pregunté escrutándola con la mirada.

--Si. --Respondió sonrojándose.

--Bill Launser.

--¿Qué? --Dije sumamente tranquila. --¿Has dicho Bill?

Ella asintió con la cabeza.

--¡Ya! --Se volvió a sentar en el sillón. --Ya se que lo conoces, es el empleado de Paul.

--¿¡Que!?! --Ni siquiera parpadeé.

--¿No sabías? --Se encogió en el sillón sabiendo que de alguna manera había metido la pata.

Yo por una parte comenzaba a atar cabos, aquella tarde Mateo Launser me hizo llegar una carta de agradecimientos, mando al tal Bill... ¿Launser? ¿Serán hermanos? Poco después de leer la carta salí de Provenza porque había quedado con Ania, ella me comentó que se había topado con un hombre, o mejor dicho con un díos... el caso es que su belleza tambien me había deslumbrado a mí minutos antes, antes de que saliera de la floristería y tomará la calle. ¿Cómo fui tan entupida? --Me dije para mis adentros mientras miraba como Ania se ponía roja como un tomate.

--No se nada acerca de la vida de Paul Ortsac . --Respiré hondo y cerré los ojos en ese momento en el que pestañeé parecía estar oliendo nuevamente su perfume, igual que esta tarde, cuando se quedo medio

milímetro de mí, cuando me cogió de las manos y le noté el impulso por querer besarme.

--¿En que piensas, Miah? --Preguntó con la voz sumamente tranquila.

--En nada. --Contesté con sequedad.

--¿Lo has vuelto a ver? --Sus ojos azules ya no parecían tan tristes.

Asentí con la cabeza.

--Esta misma tarde... También tuve el placer de conocer a su mujer mientras vomitaba en los baños del restaurante de Julio. La mujer de Paul se llama Mandira. Una mujer estrepitosamente guapa, de ojos verdes, piel morena, muy morena y una melena negra intensa.

--No puedo creerlo. --Contestó ella llevándose la mano para taparse la boca.

--Después de tantas emociones, fui a la moradita en compañía de Julio, para mi sorpresa me enteré de que Kent no es la madre biológica de Julio, su madre biológica es la señora que va a ayudarme a Provenza. --Hice una pausa y observe como Ania se sobrecogía asustada en el sillón. -- Luego sonó el teléfono y una voz sumamente femenina preguntaba por él. Muerta de los celos cogí las llaves de mi coche y no dude en irme a aquel lugar al que un día te lleve.

--¿A los ortigales? --Dijo ella.

--Si. Fui ahí, porque no sabía de otro lugar en el que pudiera evadirme... Ese lugar me lo descubrió Paul, pero inocentemente no sabía que precisamente estaría allí. Para mí sorpresa cuando me baje del coche y quise impregnarme un poco de la naturaleza, me llamo por mi nombre, me giré para mirar y era él.

--¿Y que paso? --Observe como Ania se toqueteaba los labios con nerviosismo.

Sonreí.

--Que paso... --Deje escapar dando rienda a lo que se estaba despertando dentro de mi interior. -- Bueno, quiso besarme, o por lo menos, las intenciones las tenía, luego me dijo que jamás había dejado de quererme, incluso le nombre a Mandira, su supuesta mujer, le recriminé por ello, de algún modo estaba recelosa... Le dije que me iba a casar, y como ya sabia iba a tener un hijo... En un momento de furia no dudo en darse media vuelta y marcharse. Arrepentida y dando voces le pedí que volviera, y en ese momento, en ese momento... ---Cerré los ojos

fuertemente y respiré profundamente. --- En ese momento me dijo que jamás me abandonó, me hablo de una carta que jamás llegué a leer.

Miré a mi amiga que parecía habersele quitado todo el mal al escuchar lo que había sucedido a lo largo de mi día.

--Miah. --Resopló. -- No te envidió. Pensé que yo estaba en un buen lío....

Sacudió las manos arriba y abajo.

--Yo estoy bien, no son cosas que pasan todos los días, no son cosas habituales... pero ya vez. Espero dormirme y que mañana todo sea diferente.

--¿Y como te encuentras? --Me miró la barriga.

--Algo mareada. --Dije.

--¿Te has cuidado? --Preguntó.

Asentí con la cabeza.

--Mañana voy a ir a Madeira. --Le confesé.

--¿A qué? --Preguntó extrañada.

--Yo también quisiera saberlo, pero no se, Julio lo tenía todo preparado al parecer y me lo dijo antes.

--Es un lugar mágico. Te gustará.

--¿Tu has estado? --Pregunté.

Ella asintió con la cabeza, Osben me llevo muchas veces.

Enarqué una ceja. No sabía que Ania había estado en esa Isla. Miré a los lados y el desorden casi me hizo estremecer.

--¿Quieres que te ayude? --Señalé con la mano la mesa.

Ella negó con la cabeza.

--Ya lo recogeré mañana.

--Ania... --Llamé su atención. --¿Qué vas a hacer si es cierto que estas embarazada?

Se incorporó eléctricamente y nerviosa me miró.

--¿Qué podría hacer? --Suspiró y se acarició el mentón.

--¿Tenerlo? --deje escapar un chillido irónico.

--No creo que lo tenga, Miah. --Suspiró. --No conozco de nada a Bill, aunque tengo que decir que es una maravillosa persona, es tan...--Cerró los ojos fuertemente. --Jamás había sentido algo similar con ninguna otra persona, tampoco con Osben... Este hombre tiene un magnetismo especial.

--¿Cómo lo puedes saber? --Sonreí secamente. --Solo han coincidido una noche.

Se quedó en silencio y me miró.

--Miah, te lo aseguro... --Se hecho atrás en el sillón y se llevo las manos a la cabeza. --Es un hombre sumamente impecable, respetuoso, y lo más que me gusta, es que es muy buen amante.

Sonreí al ver que sé estaba poniendo colorada.

--Ania. --Me levanté del sillón, y con las manos me planché la ropa. --Mañana tengo que madrugar, tengo que organizar muchas de cosas. --Me metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, todo mi cuerpo se electrifico al tocar la carta que había pasado desapercibida todo este tiempo ahí. Mi pulso quiso comenzar a temblar, en la boca de mi estomago se instalaron incomodas burbujas. La curiosidad me asechaba, pero pude contenerme. Quité la mano asustada. --Hablaemos cuando venga de vuelta.

Ella asintió con la cabeza, se levantó para abrazarme y luego toco mi barriga.

--Dicen que da suerte. --Sonrió encogiéndose de hombros. --Cuídate.

--Lo haré.

Cogí mi teléfono y con la mano metida en el bolsillo de mi chaqueta vaquera, agarré la carta con fuerza, como sí fuera un tesoro salí de casa de, Ania, y esperé a que Julio viniera a por mí.

Al día siguiente Julio y yo atravesábamos la ciudad, llevábamos más de una hora de camino en coche. El silencio se había instalado entre ambos.

No dejaba de pensar en lo que le estaba sucediendo a Ania, y también a él.

Cristy era su madre biológica, ¿Entonces porque trataba a Kent con tanto respeto? Después de saber lo que hizo, arrancar de las manos de Cristy a su hijo... ¿Cómo podía ser una mujer tan mala? ¿Cuánto dinero habría pagado al Doctor Claren? ¿Sería el Doctor Claren su amante?

Volví mi mirada a un lado, observe los pinos y la vegetación que dejábamos atrás, Julio no había abierto la boca en todo el camino y eso me tenía tensa.

--Julio. --Musité.

Se volvió para mirarme

--¿Por qué no me dijiste nada?

--¿Miah, que no te dije el qué?-- Dijo enfadado. --No quiero hablar de ello.

Sonreí rabiosa.

--Tu sabias que ella había tenido que ver con mi aborto --Escupí.

--¿Y que quería que hiciera? --Rugió.

Lo miré susceptible.

--¿Qué, que quería? --Deje escapar un grito ahogado. --Quería que la hubieras puesto en su sitio, tu has permitido todo lo que ha ocurrido.

Tu hermana Asha nos ha intentado separar en un sin fin de ocasiones, ¿No sabes que, cuando sufrí el desmayo, ella estaba en la moradita?

--Sí, lo sabía, porque yo mismo te recogí del suelo. --Me miró irascible.

Me mordí el labio inferior. ¿Volví es mismo día en el que yo intente volar hasta Madeira? ¿Cómo lo hizo si había una fuerte tormenta?

Fruncí el seño confusa.

--Pero.... --Deje escapar en un hilo de voz y me quede mirándolo fijamente. --Sí estabas en Madeira.

--¿Volví ese mismo día! --Apretó fuerte sus curtidas manos en la piel de

aquel volante. -- ¿Por qué eres tan complicada?

--¡Tan complicada! --Grité ofendida.

--¡Sí! --Rugió.

Me hundí en el sillón del Jeep y me quedé en silencio.

Mi pecho palpitaba fuertemente, sentía como un enfado descomunal se apoderaba de todo mi ser.

Después de un buen rato intentando tranquilizarme, lo miré, su mandíbula estaba apretada, y sus músculos iban de arriba y abajo.

--Sabes...--Deje escapar de entre mis labios no pudiendo aguantar mas mis palabras. --Creo que ha sido muy mala idea ir juntos a Madeira.

--¿Qué quieres decir, Miah? -- freno en seco.

--Que no me apetece ir a Madeira. --Dije con arrogancia sin siquiera mirarlo.

--¿;Por qué!? --Gritó fuera de sí.

Me volví, lo miré furiosa.

--¿Te crees que soy feliz? --Grité con desparpajo.

Gimoteé adolorida.

--Eres una ignorante.. --Bufó él fuera de control.

Sentí como mis ojos comenzaba a producir lagrimas, quería llorar de impotencia y de rabia. No podía contener la frustración de pensar en todo lo que Julio había permitido con respecto a Asha y a Kent.

--¿Ignorante? --Volví a gritar. Mi orgullo me impedía que aquello se quedara así. ¿Cómo podía bajar mi cabeza? Me esta aceptando que fue conciente de todas las patrañas que hizo su madre, o lo que fuere ¿Y lo acepta con tanta facilidad?

Lo acusé con el dedo, aún sabiendo que eso lo enloquecía.

--No sabes lo que duele que te quiten algo a lo que quieres con toda tu alma, Kent, la que se hace llamar tu madre, que gracias a dios no lo es, me ha hecho mucho daño... y tú lo has permitido día tras día, hasta incluso, ha intentando volver a convencerte a ti y a mí para que acudamos al Doctor Claren nuevamente.

--¿Y que querías que hiciera? --Gritó. --¿Qué le cerrara la puerta en las narices? ¿Qué la rechazara? ¿Demandarla? --Negó con cabeza. --No sabes nada, Miah. No vuelvas a juzgarme.

--Quiero volver a la moradita. --Dije intentando normalizar mi respiración agitada.

--Hablaré muy seriamente con, Cristy. --Advirtió.

--¿Por qué? ¿Por qué me fue capaz de contarme su historia? --Sonreí adolorida mirándolo fijamente a los ojos. -- ¿Por qué ella se atrevió a contarme algo que tu no tenías pensaba contarme? Con desdén me volví a un lado, quité mi vista por fuera de la ventanilla como sí así todo fuera a desaparecer.

Él se quedo en silencio y ese silencio me extraño.

--Tu siempre ganas. --Dijo con ironía.

--No siempre gano, ella se vio obligada a contármelo porque descubrí una caja llena de cartas, llena de fotos, en las repisas de la moradita.

Sus pardos ojos me miraron latentemente.

--¿Encontraste esa caja donde? --Preguntó alarmado.

--En las estantería de la moradita.

--Esa caja estaba en casa de mi madre Kent. --Respiró fuertemente y aferró más fuerte las manos en su volante.

Me quedé en silencio.

En la terminal de aeropuerto caminé junto a él sumida en un gran tormento que me estaba agitando todo el interior.

Estaba tan enfadada que ni siquiera era capaz de mirarlo.

Después de haber pasado el control, se paró y me miró.

--Miah. --Balbuceó. --Lo siento.

Me quedé en silencio y lo miré.

Él me cogió la cara en sus manos y me dio un beso.

--Para mí es muy difícil todo esto, no he tenido una niñez fácil, jamás entendí porque mi madre Kent me trataba diferente que a mí hermana Asha.

Siempre me dejaba de lado, la cogía a ella, pero a mí no. Crecí sin la presencia de un padre, mi madre se ausentaba y muchas veces tenía yo que hacerme cargo de Asha.

Aún recuerdo como el cinto de mi abuelo impactaba fuertemente en mi espalda, aún no se me borra el dolor de las hendiduras que dejaba en mi espalda. Lloraba y quería entender porque me trataban tan mal, él solía decir, mi abuelo Roberto, siempre solía llamarme bastardo...

Mi interior se rompió en mis pedazos cuando vi que sus ojos se enrojecían, y de repente las lagrimas hacían presencia en ellos. Me encogí de hombros al contemplar el dolor de aquel hombre al que tanto amaba.

Le acaricié la cara.

--Recuerdo una noche de navidad, mi abuelo Rubén, me retiró el plato de la mesa y me advirtió con la mirada que me fuera a mi cuarto, si no lo hacia, sabría que pasaría, se quitaría el cinto y me pegaría una paliza.

Desde mi cuarto podía oír como todos los niños de la familia gritaban con emoción, los regalos habían llegado, y yo sin embargo, me quedaba

llorando, sentado detrás de la puerta, cojiendome la cabeza y tapándome los oídos, porque era insoportable escuchar toda aquella felicidad, esa felicidad que me molestaba tanto por que yo la carecía.

Mi madre Kent jamás hizo nada por evitar las golpizas que mi abuelo Rubén me daba, a veces llegaba bebido, se metía en mi cuarto, se quitaba el cinto y me decía unas cosas horribles, creo, que mi madre Kent le tenía miedo, por ello nunca impidió la atrocidad que ese hombre estaba cometiendo conmigo.

Me pegaba, me pegaba, me pegaba y gritaba una y otra vez, *bastardo*, hasta que el alba se asomaba por la ventana, y cansado, se retiraba a dormir.

--¡Julio! --Quise interrumpirlo.

--Cuando cumplí los quince años, Cristy tuvo una fuerte discusión con mi madre Kent, entonces ahí me di cuenta que Kent no era mi madre biológica.

--¿Y por qué Cristy no impidió que ese hombre te golpeará? --Pregunté llevándome la mano a la boca para tapármela.

--Por qué Cristy vivía en la moradita, solo venía a cuidarme por el día, luego se iba. Un buen día me hizo cambiar una camisa que me había puesto para el colegio, estaba sucia y muy manchada, entonces se dio cuenta de las terribles marcas que tenía en la espalda.

--¿Y ahí fue cuando Crsty y Kent discutieron? --Pregunté alarmada.

--Sí. Crsity la amenazo y luego me llevo a la moradita, después al tiempo Cristy le presentó unos papeles a mi madre Kent, donde constaba que debía abandonar la casa que le pertenecía, que había sido de mi difunto padre Julio.

--¿Murió? --Pregunté.

El asintió con la cabeza.

--Era pescador, la marea se lo llevo. Jamás llegue a conocerlo. Pero cuando cumplí la mayoría de edad mi madre Kent me puso en las manos esa caja que tu misma encontraste, me dijo que me pertenecía.

--¿Y que paso con la casa? --Pregunté

--La vendí. --Dijo el apretando fuerte los dientes.

--¿Y donde vive, Cristy? --Musité asombrada.

Se acarició el mentón.

--En una humilde casa a las afueras de la ciudad, una casa que le compró mi padre, por que mi abuelo Rubén lo había amenazado si se atrevía a dejar a su única hija Kent en la calle.

Me crucé de brazos y lo miré encogida.

--El Doctor Claren fue el amante de mi madre, por lo que mi padre Julio la dejó y más tarde conoció a Cristy, mi verdadera madre.

--¿;El Doctor Claren....;Que!?

Julio me miró apenado.

--Lo siento. --Pude decir tragando en seco. --He sido una inconsciente.

Me abrasé a él fuertemente y él no dudó en hundir su cabeza en mi hombro.

Sin esperarlo la voz de una azafata nos sorprendió por los megáfonos que resonaban con fuerza en todo el aeropuerto, miré a Julio con una fuerte mueca en la cara y lo acaricié.

--Vamos. --Me cogió de la mano y luego me abrazó.

Madeira funchal.

El tibio clima me hizo estremecer, era muy particular, ya que la humedad se fundía con un calor abrasador.

Me cogí a la mano de Julio ya que la incertidumbre me había envuelto, era un sitio totalmente desconocido para mí.

--Tienes que prometerme que serás fuerte. --Dijo él con total seguridad en si mismo.

Fruncí el seño.

--¿Por qué? --Pregunté encogiéndome de hombros.

Sonrió tristemente.

Me sorprendí cuando vi que tenía coche propio allí, en Madeira.

Se había comprado un todo terreno, un Land cruiser de color blanco.

Encogida en aquel asiento, mirando al frente, el me cogió de la mano.

--¿Julio que pasa? --Pregunté cuando me volví para mirarlo y me di cuenta de que se había puesto tenso de repente.

--No pasa nada, puedes estar tranquila. --Depositó su mano en mi muslo y se concentró en la carretera.

De repente en la boca de mi estomago me acusó una fuerte arcada.

--¡Para! --Grite.

Se volvió para mí inexpresivo.

--¿Estas bien, Miah?

--¡Para, por díos! --Repetí.

Dio un frenazo en seco y paró el automóvil, me baje, temblando. Vomité.

Mis ojos lagrimearon, sudando, sentí como mi estomago se me contrajo fuertemente y me vi obligada a acallar un fuerte grito de dolor.

--¡Me duele! --Me estremecí y me lleve las manos a cobijarme el vientre.

--¡Miah! --Me cogió por la espalda y me agarró, me hecho los pelos a la

espalda. --¿Qué te sientes?

--Me duele... --Dije entre un gimoteó.

Lloroso me volví para él.

--No debimos a ver venido. --Dijo arrepentido.

Me aupó en sus brazos y dejó caer mi cuerpo sin fuerza en él sillón.

--¿Dónde te duele? --Preguntó poniendo el automóvil en marcha.

--El vientre.

Frunció el seño y bufo.

--Volveremos hoy mismo a la Isla.

Las ruedas del Land cruiser se aferraron a el asfalto, eché la cabeza hacia atrás y deje que el peso de mis parpados cerrara mis ojos.

Para cuando las ruedas del todo terreno se detuvieron ante la entrada de lo que parecía ser una casa de verano, mis ojos miraron intranquilos, la fachada.

--¿Qué significa esto, Julio? --Pregunté.

El sonrió tristemente.

Los radiantes rалos del sol se reflejaban en el mar. Tenía mucho calor y estaba sudando, por ello me vi obligada a quitarme la chaqueta.

--Miah, debes de estar tranquila... --Musitó él invitándome a bajar del todo terreno.

--¿De quien es esta casa? --Pregunté.

--Es, mía.

Fruncí el seño.

--¿Tuya?--Exclamé.

--Si, cuando vendí la casa donde vivió mi madre Kent, y mi abuelo Rubén, compré esta casa.

--¿Y porque en Madeira? --Pregunté agitada.

Observe con detenimiento, como sus pardos ojos parecían alertarse. Él comenzaba inquietarse. Se quitó su americana azul marina y la dejó en el asiento.

--¿Vamos? --Preguntó serio.

Me baje del todo terreno sin decir nada, enmudecida, envuelta en un silencio que reconcomía en mi interior.

¿Por qué estaba tan serio? ¿Qué estaba pasando? Por mas que quisiera entender lo que estaba sucediendo, no podía, mi mente era incapaz de concebir cualquier idea que disipara la incertidumbre en la que estaba

rodeada.

Caminamos juntos por un caminito de piedras incrustadas, bordeado por un cuidado césped. En la entrada habían cendrados dos flan bóyanos que daban sombra.

Julio toco el timbre, se acarició el mentón, nervioso, me miró, y luego me acarició la mejilla dulcemente.

Una mujer, rubia de estatura pequeña abrió la puerta. Era realmente bella, aunque se podía apreciar en ella los años plasmados en su, ya flácida piel, que comenzaba a decaer. Su pelo castaño y rizado caía a ambos lados de su cuerpo.

Tornó las cejas y sus ojos verdes acapararon lujuriosos el fuerte tributo de Julio, su destellante mirada pareció desearlo, luego se percató de mi presencia y se hundió de hombros. Me sentí celosa e inferior, pues ella, parecía estar enamorada de él. La mujer se cruzó de brazos y miró a ambos. Parecía dolida y su actitud algo desafiante. Llevaba un traje largo que tapaba sus tobillos.

--Margaret. --Musitó Julio sobrecogido.

Miré a Julio reclamante.

La mujer hizo ademán con la mano para que pasáramos al interior de lo que parecía ser un chalet.

Tímidamente entre , y un olor azucarado me sedujo. Margaret nos condujo hasta una sala de estar, los cristales daban vista a una gran jardín interior con una piscina que causaba suspiros.

--Miah... --Murmuró Julio cojiendome por la cintura, autoritario. --Esta es tu casa.

La mirada furibunda de Margaret se clavó con fuerza en Julio.

--Julio, creo que estas precipitándote. --Dijo ella con una voz estridente.

Me volví y la miré.

--Mi nombre es, Miah. --Dije desatándome de los brazos de Julio. --Disculpa mi malcriadez. --Me volví para mirar a la entrada. --Fue todo muy... --Hice un gesto con mis manos.

Ella sonrió tensamente.

Le estreché la mano, pero al ver que no tenía ni la menor intención de corresponderme, contraída, quité la mano y me la metí en el bolsillo de mis jeans.

--Mi nombre es Margaret... --Miró desafiadamente a Julio. --Ex mujer de Julio y madre de su hija Alice.

Un crudo silencio invadió la estancia.

Margaret se había cruzado de brazos, Julio abrió los ojos desmesurados, sus pupilas parecían desorbitarse, su color pardo se iluminó con el resplandeciente sol que entraba por la cristalería.

--Margaret... --Carraspeó Julio. --Creo que ya es suficiente. Te dije que debías de haber organizado la mudanza, nuestra hija Alice ya no esta con nosotros, y debes de asumirlo.

--¡Julio! --Lo interrumpí tragando fuertemente en seco. --¿Podemos hablar?

Se volvió para mirarme algo compasivo, mientras que la mirada de aquella mujer hacia un minucioso examen de toda mi anatomía. ¿Margaret? ¿La niña de la foto es Alice su hija?

--Miah, no ahí nada de que hablar. Esta es la mujer que escuchaste a través del teléfono, no tengo nada que ocultar, compré esta casa cuando me separé de ella, con la intención de que mi hija no se quedara en la calle.

Allí de pie, observe las tantas fotos que habían sobre una repisa que parecía levitar en el aire. Margaret salía posando con Asha muy amistosamente, fruncí el seño algo indignada.

--¿Tienes una hija? --Pregunté.

Me volví buscando la mirada de Julio.

--Si.—Contestó incomodo.

--¿Por qué no me dijiste nada? --Le reclamé conteniendo un fuerte nudo que se había interpuesto en mi garganta.

--Miah, solo tenía dieciocho años cuando nació la pequeña, Alice. -- Observé como sus ojos se ennegrecían cuando pronunciaba ese nombre.

--¿Y cuando pensabas decírmelo? --Tragué fuertemente en seco, algo rabiosa.

--Ahora, no había encontrado el momento... --Miro a Marga.

Negué con la cabeza. Me sentía enfadada, defraudada, engañada.

¿Estaba casado? Me dije para mi interior. Comencé a temblar productor de los nervios.

--Te prometí que te explicaría el porque de aquel viaje imprevisto, te dije que jamás sería capaz de engañarte. Tuve que venir para entregarle a Margaret la muñeca de trapo de Alice, y de paso hablar con ella sobre el

asunto de la casa.

Miré a la mujer que reía con cierto descaró.

Enarqué una ceja porque no entendí que era lo que tanta gracia le estaba haciendo.

--¡Todo un seductor! --Murmuró ella con ironía. Mi mirada furibunda la desconcertó. Julio también se había vuelto para acusarla con la mirada, pero eso no impidió que siguiera hablando. --Cuando estaba embarazada de Alice también me trataba de esa manera....--Hizo una pausa. --Tan sentimental, cualquiera que no lo conozca puede confundirlo con un caballero. --Se contoneó por toda la estancia mirándolo con desprecio. --Luego me dejó con una niña de un año, me dio esta casa y se marchó a esa Isla. ¿O no Julio? --Lo reto con la mirada.

Julio se metió con desespero las manos entre los pelos.

--Con una mujer como tu, no vale ser un caballero.

Se volvió furiosa y lo miró en silencio.

Me encogí de hombros.

--¿Le has dado saludos a tu madre, Kent? --Soltó mientras miraba las fotos que habían sobre aquella repisa.

--No. --Contestó él intentando mantener bajo control su fuerte enfado.

--Asha, ha estado aquí. --Sonrió mirándome.

Levanté la cabeza y la miré.

--Me ha dicho que estas embarazada. --Me señaló con el dedo.

Sonreí orgullosa y sus facciones parecían ensombrecerse de rabia.

--Julio, ¿Dónde esta tu hija, Alice? --Pregunté.

--Esta muerta. --Dijo con sequedad.

Me encogí y lo miré compungida. Su mirada derrotada vago por el suelo, como si fuera un animal herido y derrotado. Supe que había querido mucho a esa pequeña. No tenía la fuerza suficiente ni el descaró para preguntarle de que murió. Ahora entiendo el porque de su seca reacción cuando vio la muñeca sobre el desayunador de la moradita.

--¡Muerta! --Grito Margaret dolida. --Muerta por que tu nos abandonaste, te fuiste. --Le recriminó.

Julio se acercó a ella.

--No vuelvas a echarme la culpa. --La acusó con la mano preso de la furia.

Apreté fuerte mis labios, me lleve la mano a taparme la boca, atónita y

desconcertada observé a ambos.

--No te voy a decir lo que eres, Margaret... --Suspiró dando un paso atrás. --Tienes que irte de esta casa lo antes posible, no puedes estar viviendo de los hombres como has hecho hasta ahora, ya no tienes nada que hacer aquí, nuestra hija ya no vivé.

Se rió molesta y se cruzó de brazos.

--Me iré, claro que me iré. --Repasó con su mano la estantería. --La que jamás volverá es tu hija, Alice, te perdiste muchas cosas de ella, de su infancia. --Arrugo las facciones y por un momento pensé que iba a echarse a llorar. Sus verdes ojos se inundaron de lagrimas.

--Ojala no le hubiera pasado nada, a mi pequeña, Alice, pero tu la enfermaste con tu mal vicio. --Julio se metió las manos en los bolsillos. --Ojala no te hubieras entregado a la noche, a las copas y a los hombres, ojala tú, te hubieras entregado más a tu hija. ¿Cuántas noches paso sola en esta casa? ¿Cuántas noches vio a hombres diferentes caminar por ese pasillo? Caminar por el lugar que yo mismo pagaba.

--¡Cállate! --Gritó dolida.

--No. --Contestó Julio. --Aparte de eso, no fuiste capaz de cederme la custodia para poder llevármela a la Isla.

Se río.

--¿Llevártela? --Suspiró apesurada. --Se que esta mujerzuela espera un hijo tuyo. --Su mirada se plantó en mi barriga, luego me miró a los ojos. --Espero que todo te salga bien.

--¡Cállate, Margaret! --Rugió Julio. --No vuelvas a insultarla.

--Julio. --Lo interrumpí.

Él me miró agitado.

--Quiero irme. --Dije.

--¿Te encuentras bien? --Me preguntó y luego me estrecho hacia él, como sí quisiera protegerme.

--Si. --Respiré aire profundamente.--Pero quiero irme, es despreciable y desquiciante escuchar a una perrona así, no me extraña que se lleve tan bien con tu madre, Kent.

Ella sonrió.

--¿Sabes porque te hace la vida imposible? --Me preguntó Margaret.

Me volví reclamante para Julio.

--Será mejor que nos vallamos de aquí. --Dijo el finalmente. --Dentro

de dos días te quiero fuera de aquí. --Le advirtió.

--¡Bastardo! --Le gritó ella consumida por la rabia.

Julio se acercó a ella, embravecido y en silencio, la cogió por el cuello, la miró severamente a los ojos.

--No vuelvas a repetir semejante palabra... --Apretó fuerte sus dientes para no insultarla. La soltó y arrepentido se metió las manos en los bolsillo.

--¡Vamos, Miah! --Gritó mientras se daba media vuelta y salía de la habitación. --Es una mujer enfermiza. --Escupió.

Lo seguí perpleja y atónita. Mi interior daba brincos, mi pecho latía con fuerza y mi respiración se había cortado.

Capítulo 18

--¿Julio por que? --Pregunté con lagrimas en los ojos.

Él ni siquiera se dio la vuelta para contestar mi pregunta. Se subió en el todo terreno y allí se quedo, mirando al frente, cabizbajo, abatido y dolido.

Abrí la puerta y con esfuerzo me subí.

De sus ojos se escapan lagrimas, su piel morena, se había puesto colorada, sus pardos ojos estaban enrojecidos por aquel llanto. Levantó la mano y rabioso le propino al volante un fuerte puñetazo.

--¡Joder! --Gritó.

Me hundí en el sillón y hasta yo quise llorar por verlo tan destrozado.

Debía de ser duró perder a una hija, pero mas duro aún, es que te lo recriminen. Seguro se culpa por no haber estado, en silencio, día tras día. ¿Por qué fui tan testaruda? ¿Por qué lo presioné tanto con mi embarazo? ¿Por qué lo señalé? Yo también lo hice culpable de alguna manera, por algo que a él se le escapaba de las manos, no tenía poder sobre Kent, su madre, que no era ni su madre.

Baje la mirada y miré a la nada, ahí comencé a llorar, con un sollozo silencioso. Mi pecho tiritaba y es que algo dentro de mí me estaba doliendo, el recuerdo de Paul Ortsac se me pasó por la mente, que preciso era... me dije para mí furiosa. Podía entender el fuerte despecho que debió de sentir esa mujer, aunque a diferencia de mí, ella no fue abandonada de la noche a la mañana, sé que Julio no la dejo sin facilitarle una explicación, le dio una casa, seguro que el amor se había terminado.

--¿Miah? --Después de un rato, me cogió la cara, que la tenía anegada de lagrimas.

No me quedo mas remedio que mirarlo. Me secó las lagrimas.

--No pasa nada, princesa... --Dijo con la voz rota.

Me estremecí.

--No sabía que habías perdido a una hija. --Solté entre un fuerte sollozo.

--No pasa nada. --Me levantó el rostro. --¡Mírame! ¡eh! Escúchame, no pasa nada, Alice tuvo que irse, no podía quedarse y ahora esta en otro lugar, seguro que mucho mejor que estando aquí.

--Pero... --Lloré fuertemente. --Me da tanta pena.

Él sé quedo en silencio y supe que se estaba conteniendo por mi.

--Miah. --Dejo escapar en un hilo de voz muy suave.

--Perdóname. --Dije sollozando.

Sentí como mi barbilla temblaba, las cuencas de mis ojos estaba llenas de lagrimas, la cara me escocía y el sol.... --respire profundamente. --Él sol hacia que esas lagrimas cargadas de dolor brillaran.

--No tengo nada que perdonarte. --Se recompuso.

Lo miré a los ojos y me choqué con el contraste de colores que ofrecían sus bonitos ojos.

--Te eché la culpa por mi perdida, te deje solo en la moradita, me enfadé contigo por algo en lo que tu no tuviste nada que ver. Cargaste con todo y yo.... --Lloré. --Y yo te castigué, sabía lo mucho que querías que estuviera a tu lado en aquella casa y yo por miedo de volver a ver a tu madre Kent, me aparte, haciéndote un daño irreparable.

Lloraba por cada noche que pasé separada de ti, yo tampoco dormía, te buscaba entre las sabanas, buscaba tu respiración en la nada, tus ojos burlones, y al mismo tiempo serios, en la oscuridad, busqué acariciar tu rostro, toquetear tu barba y agarrar tu curtida mano para dormirme.

--Mírame. --Me pidió con delicadeza. --No tienes que ponerte así por eso, ya es cosa del pasado. ¿Vale?

Asentí ligeramente con la cabeza.

--Mira esa casa. --Se inclinó hacia delante para poder verla a través de la luna del todo terreno. --Es tuya, nuestra y de nuestro bebé.

Sonreí apenada.

--¿La dejaras desamparada? --Le pregunté.

Observe con cautela como las aletas de su nariz se movían.

--No. Ella es una mujer muy lista, tiene a donde ir.

--¿Tiene algún problema con la bebida? --Pregunté.

Un poco más calmada me repuse en el asiento y con mi mano, poco a poco fui secándome las lagrimas.

--Si, para su desgracia, tiene un gran problema, un problema que no cabe duda, fue lo que enfermo a la pequeña, Alice.

El juez jamás me cedió la custodia, solo la compartida. Luché hasta ver que ella siempre tenía las de ganas, y ahí fue cuando me resigné.

--¿Dónde la conociste? --pregunté.

El sonrió exasperado.

--La conocí en un bar de la mala muerte. Yo vine aquí, a Madeira, de vacaciones, después de haberme enterado que mi madre era, Cristy, y no

Kent, saberlo fue traumático para mí, lloré, me ahogué en mi mismo, me ahogué con los recuerdos de mi niñez, me ahogué con el cúmulo de heridas que jamás logré borrar.

En esta Isla la encontré a ella, era una mujer radiante, jovial, parecía fuerte, pero muy atrevida... Su diferencia de edad me atrajo, era una mujer experimentada. Me llevaba diez años de diferencia. Jamás llegué a enamorarme de ella, su personalidad no me complacía, desde el principio supe que ella solo podía entregarme, experiencias, esas experiencias que a mi me faltaban. -- Suspiró fuertemente. -- me enseñó la vida de una manera equivocada.

Lo único que podía darme era muchas noches de lujuria, sexo, noches de locura, noche fundidas en caricias superficiales, noches de dolor camufladas en sexo.

Ella se enamoró de mí, sé que lo hice mal, me deje llevar por mi falso sentimiento, entre sus piernas se perdían mis penas. Fui un capullo. ¿Qué podía pensar con dieciocho años? Mi vida era salir, beber y disfrutar del buen sexo, luego ella se quedo embarazada, y todo cambio.

Margaret era una mujer y yo era nada más que un crío.

Cuando supe que estaba embarazada me presionó para que me casara con ella, y así lo hice, me casé en una ermita, nadie asistió a la boda solo ella y yo, ella sabía de la existencia de mi patrimonio y yo ignoraba que una mujer fuera tan astuta.

Un año mas tarde, Alice había nacido, cuando la cogí entre mis manos fui el hombre mas feliz del mundo, pero Margaret volvió a recurrir a los bares, conocía a hombres, me era infiel.

Teníamos muchas noches de sexo, llevábamos una vida que no era la adecuada para criar a la pequeña, Alice , y ahí fue cuando me entró el miedo, me fui y le prometí a Margaret, que jamás le faltaría nada.

Fundé el catering pensado en la pequeña, Alice, pensado en traerla a la Isla, yo la criaría, no me importaba hacerlo solo, pero eso no fue posible, Margaret me sorprendió en los tribunales.

Hice lo que pude y más de lo que podía por verla, todos los fines de semana, le compraba un billete que para que la trajera de vuelta a la Isla, con mucha suerte la niña se querría quedar conmigo y si ella lo pedía me podrían a ver dado la custodia, pero no fue así.

Yo era el hombre mas feliz de la tierra, con solo veinte años, ya era

afortunado por tenerla a ella .

Trabaje horas, horas y más horas en esas cocinas, hasta que fundé el restaurante y más tarde pude comprarle una casa a mi hija, Alice en Madeira. Y así lo hice, quizás no podía vivir con ella, no podía tenerla, pero por lo menos sabía que tenía una casa en donde estar.

--Julio. --Le silencié poniendo mi mano en su boca.--Ya es suficiente.

--Mi vida no ha sido fácil. --Apesarado puso el todo terreno en marcha.

Capítulo 19

--¿A dónde me llevas? --Pregunté algo mas calmada.

Sus risueños ojos me miraron.

--Tengo una sorpresa para la mujer mas hermosa que jamás he conocido.

Lo escruté con la mirada.

--Hermosa, pero porco experimentada. --Me reí.

--Yo te enseñaré. --Dijo convencido.

Mis ojos se ennegrecieron, Julio ignoraba mi relación con Paul, esa intensa relación que había mantenido antes de estar con él. Lo que él no sabía es que yo había vivido un amor, del que jamás se regresa, del que

jamás se vuelve y que quizás mis noches de amor con Paul Orsac igualaron sus noches de sexo con Margaret, esa mujer cuya piel ya estaba comenzando a fracturarse por la erosión de los años.

--¿Miah? --Llamó mi atención.

Sonreí tristemente.

--¿En que pensabas? --Preguntó.

--En nada. --Dije tragando en seco. --Tu ya me has enseñado mucho.

--¿Qué harás cuando me haga viejo? --Preguntó sin dejar de mirar al frente.

--¿Por qué te preocupa tanto? --Farfullé.

--Miah, te doblo la edad.

--Solo tienes treinta y cinco años. --Susurré.

--Tú veinticinco y dentro de nada entrare en los cuarenta.

Frunció el seño.

--Te querré. --Dije acariciándole la nuca.

--¿Seguro? --preguntó preocupado.

--Seguro. --Conteste.

Él se quedo en silencio y luego se volvió.

--¿Quién era aquel hombre, Miah?

--¿A quien te refieres?

Lo miré confusa.

--Él moreno...él hombre trajeado que parecía comerte con su mirada mientras esperaba su encargo. Aquel hombre parecía desearte con solo verte.

Lo miré fríamente.

--No se de que me hablas. --Contesté. Mentía, mentía y mentía.

Quería desaparecer, quería que el asiento de aquel todo terreno me tragara Sabía que Paul Orsac, seguía enamorado de mi, el problema es que yo tampoco lo había podido olvidar.

No había sido del todo sincera con Julio, y eso me estaba consumiendo por dentro.

Llegamos a un bonito complejo hostelero y nuestra intensa conversación llevo a su fin.

--¡Que maravilla! --Balbuceé.

--¿Te gusta? --preguntó.

--Si, es realmente...¡Buah! Que pasada. --Dije llevándome las manos

al pecho, luego lo miré.

--¿Aquí te quedaste cuando viniste? --Pregunté.

El asintió con la cabeza.

Tenía los ojos vidriosos, el sol nos daba de frente. La calidez del clima me hizo estremecer.

--¿Por qué trajiste la muñeca de trapo, si la pequeña, Alice... --Sellé mis labios.

El sonrió tristemente.

--Porque Margaret había pedido al párroco que le celebrara una misa, llevaba mas de un mes teniendo sueños con la pequeña, y quiso desenterrarla.

--¿Pero porque? --Dije alarmada.

--Supersticiones supongo. --Contestó él. --Margaret me pidió casi rogándome que sí podía asistir, y que no me olvidara de la muñeca de trapo.

Aquel tormentoso y lluvioso día desenterraron a mi hija, le hicieron una misa y..... --Trago en seco. --Le puse dentro del ataúd la pequeña muñeca de trapo.

Fruncí el seño y un ligero escalofrió recorrió todo mi cuerpo.

--Debió de ser muy duro. --Murmuré acongojada.

--No pudimos hacer nada por ella, tenía leucemia. Por ultimo estaba sufriendo mucho, todos nos hicimos las pruebas medicas con la esperanza de poder salvarla, pero los médicos nos confirmaron que no había nada que hacer, solo esperar hasta que la muerte la abrasará.

--¿Qué edad tenía, Julio? --Dije con cierta pena.

--Seis añitos. --Contestó mientras sus ojos comenzaron a rallarse. --Era tan bonita, era un ángel.

Apreté fuerte mis labios.

El olor a salitre me inundo los sentidos, después de tanto tiempo volvía a estar a orillas de aquel mar atlántico. Respiré profundamente y miré absorta y en silencio el interminable mar que caía en el horizonte.

Una vez dentro del *Belmond Reid's* una joven nos atendió cortésmente, no sabía que Julio hablaba en portugués, me asombré. ¿Cuántas cosas desconocía de este hombre? Me pregunté para mí mientras me deleitaba mirando su fuerte y gran tributo que causa vértigos.

--Miah, --Murmuró. --¿Te encuentras bien?

--Si. ¿Por qué? --Pregunté extrañada.

--Te brillan los ojos. --Sonrió.

Me ruboricé.

--¿Me estabas mirando? --Me cogió de la cintura y me estrecho hacia él.

--Si. --Respondí con las mejillas arreboladas por la vergüenza.

Virtuoso caminó a mi lado sin soltarme, paso su mano sobre mis hombros como si no quisiera perderme.

El sutil aroma de su perfume me dejó anestesiada. Sentía el deseo de acariciarle y recorrerle con mis manos su tersa, y morena piel. ¡Era tan guapo! Me dije para mi temblando en un fuerte deseo.

--Don Juan... --Musité entre risas.

Él se volvió para mí y posó sus pardos ojos en mis labios.

--Don Juan, que se pasa de moda. --Dijo él virtuoso. --Tú estas en la flor de la vida, y este hombre, comienza a entrar en la vejez.

--Solo tienes treinta y cinco años.

--Lo se. --Contestó con seguridad. --Pero nada como tener veinticinco años, nada como estar en los apogeos de la juventud, donde nada parece preocuparte.

Sonreí con delicadeza y me escondí bajo su brazo. Era tan alto que me robaba dos cabezas de altura. La seguridad que trasmitía no era remplazada por nada.

Caminando por el resorts, mis ojos vagaron por el suelo, estaba cansada.

Cuando levante la mirada observe una masculinidad, un hombre, igualmente moreno, vestido de traje.

Mi pecho convulsiono, mis ojos de desorbitaron.

Varios hombres se aferraban a una barra de coctelería, charlaban a baja voz, no formaban albedrío.

Julio se dio cuenta pero su mirada paso desapercibida, en cambio, la mía se balanceaba entre aquellos hombres.

Él se giró, como si hubiera intuido que alguien, yo, lo estuviera mirando.

¡Era él! Mi estomago dio un brinco y mi piel se erizó. Sus oscuros ojos me miraron e impactaron fuertemente con mi mirada, con las manos

metidas en los bolsillos de sus marengo, prestó atención a mi forma de caminar, a toda mi silueta, a mi larga melena negra, a mis ojos que también se habían chocado con su atractiva y cautivadora mirada.

Quitó la mirada a un lado, agitada, agarré a Julio.

Capítulo 20

Con disimuló eche la vista a tras y el aún estaba observándome, sin hacer caso a sus socios que parecían no haberse desprendido de la conversación, como él lo había hecho al verme.

¿Qué hacia aquí? Me pregunté para mis adentros. ¿Negocios?

Consulté con mi fuero interior y sabía que me estaba mintiendo a mi misma, jamás pude desprenderme de el magnetismo, que su mirada y todo su ser transmitían, era guapo y a diferencia de Julio él, tenía treinta años.

Seguía fuerte y robusto, los años parecían no haber pasado por él.

Entramos a la habitación, el olor a salitre volvía a hacer presencia. El canto de los mirlos, sedujo mi oído, miré a través del bonito portalón que separaba la inmensidad del mar a lo lejos con un suntuoso jardín donde predominaban los colores de marrón y verde.

Él ramaje de los árboles bailoteaban con el sensible aire *alisio*. Me senté en un sillón moquetado, muy cómodo, cerré los ojos, los abrí y miré a Julio.

No podía quitarme de la cabeza a Paul Ortsac, no podía alejar de mi mente, aún contemplando el exótico paisaje, como debió de ser la muerte de la pequeña, Alice.

No dejaba de revivir en mi mente la figura de aquella mujer, Margaret, azotada por la vida y que aún podía sostenerte y mantenerse tan guapa y vistosa.

Respiré hondo, con fuerza pero para cuando quise expulsar el aire con mis fosas nasales, los herméticos labios de Julio ya habían aterrizado en los míos.

--¿Me quieres, Miah? --Susurró.

Lo observe en silencio y no pude decir nada. Lo besé.

Sus labios esculpían en los míos dibujos circulares. Era todo un seductor.

Noté que su respiración comenzaba a agitarse, su mano se coló entre mi escote , desató con maestría un botón, luego otro, hasta que mis pechos quedaron a su vista. Repaso con su mano todo mi cuello, me iba salpicando besos por donde su mano pasaba y luego se paro justo donde comenzaba la hendidura de mi canalillo, levanto la mirada y cautivo de mis labios me tomó la cara y me besó con delicadeza.

Lo rodeé con mis manos, recorrí todo su porte, sus músculos bien formados.

--Ven. --Dijo preso de de una lujuria intensa.

Negué con la cabeza mientras ardía con el deseo de entregarme a él.

Sé sentó a mi lado, se quitó la camisa y esta aterrizo en el suelo, como

si nada importara. Sus ojos alardearon de mi anatomía que estaba comenzando a cambiar debido al embarazo. Su mirada chispada y atenta a cada uno de mis gestos me hizo estremecer.

--¡Miah! --Hizo ademán con la cabeza para que me sentara sobre su regazo.

--No. --Contesté con picardía, sonriente lo reté con la mirada.

Frunció el seño algo molesto.

--Te brillan los ojos. --Dijo totalmente convencido de deseo lujurioso que estaba sintiendo.

--Tu pulso tiembla. --Sonreí cogiendo su mano.

--Nunca he podido evitarlo, por ello te digo que eres la mujer de mi vida.

Puse los ojos en blanco queriendo no creer sus palabras.

Se acercó muy despacio a mi, luego termino de desabotonar mi camisa y me la quitó, me abrazó entre sus brazos, me cobijé en su pecho y lo besé.

Me fundí entre sus caricias, sus besos se esparcían por todo mi cuerpo, su respiración ascendía, besaba mi cuello con sigilo, cerca de mi oído pude sentir como gemía de placer.

El sudor corría por toda su espalda, cerré mis ojos y me deje llevar.

Me metí en la ducha, bajo el chorro me estreché, los pensamientos se arremolinaban nuevamente en mi cabeza. Contemplaba perpleja y hecha un lío como el agua la arrastraba el sumidero que estaba a mis pies.

¿Por qué en tantos años, Julio no me contó estas cosas que son tan importantes? Jamás pude entenderlo, jamás pude entender ciertos comportamientos de él, y ahora, ahora todo coincide, ahora lo puedo entender todo.

La corrompedora mirada de Paul volvió a mi mente, me ví obligada a cerrar con fuerza los ojos, como si cerrándolos conseguiría disipar su latente recuerdo.

¿Volvería a buscarme? Me pregunté mientras el agua acariciaba mi pelo.

Negué con la cabeza algo derrotada.

Julio se había quedado en la cama, mirando al techo, ausente, como si todas aquellas caricias que había aferrado a mi piel, hubieran quedado olvidadas. Parecía estar contraído, enfadado, agitado... Suspiré fuertemente. ¿Qué le pasaba?

Esperaba que entrada al baño, o por lo menos, que me sorprendiera quedándose quieto bajo el marco de la puerta, como siempre solía hacerlo, pero esta vez, ni siquiera se asomó.

Después de un buen rato, salí del baño enrollada en un toalla, me sorprendí cuando no vi a Julio en la cama. Con cautela, me acerque a la terraza, miré en el pequeño salón, pero no había rastro de él.

Capítulo 21

--¡JULIO! --Grité alarmada.

Me quedé quieta en el sitio, regulé mi respiración que había comenzado a agitarse.

Con desazón miré a los lados, escuche murmulos provenientes de algún rincón de aquella habitación, confusa, recogí mi camisa del suelo, la tiré sobre de la cama y cuando me di cuenta de que las voces no cesaban, me acerque al marco de la puerta escondiendo tras de ella.

Era Julio hablando con un hombre, parecía el recepcionista del hotel, ambos hablaban en portugués por ello no pude entender nada.

Con molestia me di media vuelta y no dude en quitar de mi maleta una falda de tuvo blanca... Sabía que dentro de pocas semanas no podría volver a ponérmela, mi barriga crecería.

Me cepillé el pelo escuchando aquel encantador idioma. Me calcé con mis sandalias sujetándome para no caerme de aquel sillón, mi mirada se percató de que en una de las esquinas de aquella habitación había un pequeño castaño de indias, me acerque tímidamente y toqué las pequeñas hojas. Su tacto era muy sedoso, ¿Qué hacia allí un castaño de indias cenbrado?

No le dí mas importancia de la que tenía, la imponente figura de Julio me distrajo.

--¿Qué haces, mi vida? --Lo miré con una media sonrisa.

Terminé de ponerme derecha.

--Nada... --Musité encogida. --Me había llamado la atención ese pequeño arbolito.

Él sonrió delicadamente.

--¿Por qué eres tan dulce? --Dijo mientras se acercaba a mi.

Sonreí con sequedad algo desconcertada.

--¿Quién era ese hombre? --Lo miré de arriba abajo.

--El recepcionista. --Dijo quitándose la toalla que tapaba su parte viril.

Lo miré escandalizada.

--Tenemos una cena esta noche. --Me miró las sandalias. --¿Estarás cómoda con esto?

Desnudo caminé hasta la entrada y cogí una caja. Abrió la caja y quito de ella unos tacones de aguja, negros, con cientos de perlas incrustadas en él.

Me llevé la mano a taparme la boca, temblorosa, los cogí y lo miré de cerca.

--¿Quién los ha comprado? --Pregunté emocionada.

Él sonrió.

--Cortesía de la compañía hostelera. --Dijo mientras miraba el pequeño castaño de indias.

--¿Por qué iban a hacer eso? --Pregunté.

--No lo se. --Suspiró. --Al parecer uno de los dueños me conoce, los zapatos te los mandan de los almacenes Mandira's.

--¿Maldira? --Balbuceé desconcertada.

Mandira es....Tragué en seco.

--Julio, no me apetece ir.

--¿¡Porque!?! --Preguntó agitado. --Podría hacer un sin fin de negocios en esa cena. Asistirán personas muy influyentes que dominan muchos mercados a nivel internacional.

Tragué en seco mientras dejaba el lujoso tacón sobre una cómoda.

Sabía que esa cena la había organizado, Paul, con el fin de tenerme. ¿Por eso envió al recepcionista? Puse los ojos en blancos. Sabía que me perseguía, me buscaba, me quería...

--Julio, estoy agotada. --Suspiré profundamente. --Ha sido un día de muchas emociones.

--Lo se, cariño. --Se acercó y me acaricio la cara, noté como su miembro se activaba y no pude evitar sonreír. --Por favor, eres una mujer maravillosa, brillante...Seguro destacas entre tantas otras.

--No es eso... Estoy agotada. --Volví a decir. Me crucé de brazos y deje que mi mirada se perdiera en las hojas de aquel castaño.

Su boca pegaba a mi oído hizo que mis mejillas se arrebolarán cuando me susurró que me quería, que me amaba. Me volví para encontrarme con sus ojos, pero el se precipito a cautivarme con sus dulces labios.

Cuando pude desatarme de sus brazos miré los zapatos, sopesando si asistir a esa cena.

Capítulo 22

Una hora mas tarde estaba cogida del brazo de Julio, sonreía porque parecía ser la mujer mas feliz del mundo.

Subida sobre aquellos lujosos zapatos, la seguridad en mi misma me inundaba, mi traje negro chocaba con mis tobillos, Julio tenía su mano donde acababa la costura de mi traje, sobre las nalgas.

Me miré en un espejo de pared que reposaba sobre una suntuosa pared pintada de blanco y no dude con esmero y cautela volverme para observar como había quedado mi trenza de espiga que caía sobre mis hombros y terminaba de caer a media espalda.

Mi maquillaje era perfecto, salvo, el color de mis labios, no quise ponerme ningún color que me desfavoreciera. Las perlas incrustadas en el talón de aquel bonito zapato resplandecían cuando la luz chocaba con ellas.

Miré a Julio algo sobrecogida y él me picó de ojo.

--Señores. --Dijo un meter que se acercaba con profesionalidad hacia nosotros. --Pueden pasar.

Julio asintió con la cabeza y dio dos toquitos en mi espalda para que caminará ante él.

Mis caderas jugaron, lo sisearon y pude saber que lo sedujeron. Tenía la certeza que no había dejado de mirarme. Mis cejas se tornaron levemente cuando pensé en que mi silueta se vería destrozada, cuando mis hormonas comenzarán a producir efecto en mi cuerpo, todo se me ensancharía.

Con los hombros echados hacia atrás, la barbilla levantada y la mirada fija camine y bordeé las mesas donde muchos de los comensales estaban sentados. Parecía hacerse un fuerte silencio, aunque en el fondo del gran salón el bullicio era muy estridente, tan estridente que quise voltear mi

cabeza para mirar.

Él sonido de unas trompetas repicó en mi oído y ahí fue cuando no pude contener el instinto de mirar.

Varios hombres vestidos de un blanco impecable, cuyo color de piel era de un negro intenso, hacían sonar las doradas trompetas.

Mis sentidos quedaron anegados, Julio se había percatado, sonreía mientras apretaba mi cadera. Él sabía lo que me gustaba bailar, pero no sabía que Paul había sido mi profesor.

Sentía como mil burbujas hervían mi estomago, algo dentro de mi comenzaba a resurgir y es que llevaba dentro de mi, el son, aquel son que hacia que mis pies sintieran una fuerte atracción por los bongos, las claves, y las trompetas.

--Después bailaremos. --Me fulminó con su parda mirada.

Seguro de sí mismo, arrastro una silla e hizo ademán con la mano para que me sentará.

Él se sentó frente a mi, y no pude contener la nerviosa risa que relucía en mi cara.

--Hace muchos años que no bailo. --Dije.

--Lo se. --Se inclinó en la silla hacia delante y me miró fijamente.

Mientras los camareros corrían de una lado para otro, Julio y yo hablamos de cosas que carecían de interés, hablamos para matar el tiempo.

Después de un buen rato esperando por un salmón ahumado, sentí el deseo de volverme en la silla y divisar el resto del suntuoso salón, quizás con la esperanza de encontrar a aquel hombre, a Paul, pero no fue así, por mucho que miré, no lo vi en ninguna de aquellas redondas mesas, donde muchas parejas comían, sonreían, bebían y hablaban gustosamente.

--Mi vida.. --Carraspeó Julio llamando mi atención. --No quiero que te alarmes, pero Margaret esta sentada justo detrás de nosotros.

--¿Qué? --Arrastré las palabras.

Frunció el seño.

--Creo que esta con un hombre mucho mas joven que ella.

Levanté la mirada disimuladamente y observé como Margaret reía despreocupada entregándole la mano a un hombre que no conseguí ver su rostro porque estaba de espalda a mí.

Habíamos pasado desapercibidos ante su mirada, no se había dado

cuenta de que estábamos aquí y por un lado me alegraba de ello.

Sus ojos verdes eran grandes, muy grandes, iluminadores y llamativos. Su blanquecina piel parecía de porcelana, pero una porcelana algo resquebrajada por los años.

Llevaba el pelo recogido en un moño, y de sus orejas caían unos pedruscos que parecían pesarle y rasgarle.

Saboreé despreocupada el salmón, Julio no dejó de hacer cumplidos sobre la exótica comida.

--Miah, esto es para ti. --Se quitó de dentro de su chaqueta una pequeña caja.

Me encogí al verla.

--¿Para mí? --Balbuceé.

Él hizo ademán para dejarla al lado de mis cubiertos y luego sonrió.

--Sabía que no le habías dado importancia a lo que te prometí cuando estabas en aquella sala de hospital. Llevaba mucho tiempo pensando en proponerte matrimonio.. --Bajo la cabeza avergonzado.

La tensión iba subiendo por mi cuerpo lentamente, miré la caja y luego lo miré a él, encogida de hombros sonreí tensamente.

--No se que decir... --Musité. -- Siempre quisé...

Él sonrió, noté que se estaba poniendo colorado y muy tenso.

--Sé que siempre quisiste casarte. --Dijo robando de mis labios las palabras.

Cogí la caja con el pulso tembloroso y la abrí.

Un brillante resplandecía en mis pupilas, tragué fuertemente en seco y luego lo miré.

--¿Quieres casarte conmigo? --Preguntó.

--Es realmente hermosa. --Dije pasando la yema de mi dedo sobre la piedra.

Él sonrió complacido.

--Sí, quiero. --Contesté con los ojos lagrimosos.

De repente las luces se apagaron, la banda de músicos comenzó a sonar, y en el medio de lo que parecía ser una pista de baile, una pareja de profesionales se zarandeaban por todo el espacio.

Absorta los miré, no se veía nada más, que dos focos persiguiendo a aquel hombre y aquella mujer, posteriormente otra pareja se incorporó a la pista y sentí el deseo de salir corriendo hasta allí, pero me contuve.

La canción terminó y todo el mundo aplaudía, las luces volvieron a encenderse aunque ahora parecían mas tenues, con ello se podía deducir que la cena se había dado por finalizada.

Acalorada, miré a Julio, pero tras de él estaba Margaret.

--Margaret. --Musitó Julio enervado.

Ella sonrió con descaro.

--¿Qué haces tu aquí? --Preguntó recelosa y luego sus grandes ojos se clavaron en la piedra de mi anillo. --¿Le has pedido matrimonio? --Sonrió dolida.

--Marga... --Julio respiró profundamente. --No te interesa, quisiéramos quedarnos a solas.

--Julio... ¿No crees que te estas dejando algo en el tintero? --Dijo ella mientras se cruzaba de brazos.

Su traje de cóctel realzaba su baja estatura.

Julio frunció el seño, algo nervios se levantó y con disimulo la cogió del brazo.

--¡Julio! --Llame su atención con una voz estridente y ambos se volvieron para mirarme.

Capítulo 23

Margaret sonrió satisfactoriamente.

--Tu futuro marido te fue infiel cuando vino a Madeira. No pudo

resistirse ante los encantos de una madurita como yo. --Ella le acarició los brazos.

--¡Eso es mentira! --Julio le apartó las manos.

--¿Miah? --Murmuró con la voz quebrada.

Me quité el anillo y lo deje sobre la mesa, me levanté y me dirigí hasta donde estaban ella y él.

--Te voy a decir algo, Margaret, si tu objetivo es quererlo, te lo dejo, aunque no creo que un hombre cavalecido se quede con una mujer como tú.

Altanera me reto con la mirada.

--Eres muy niña para él. --Me desafió.

Me volví hacia ella, y la escruté con la mirada.

--Puede ser, pero ahí donde tu lo ves se muere por esta niña, quizás haya estado contigo esa noche, porque para lo único que te quieren los hombres es para eso, para una noche, luego te tiran. --Escupí con rabia.

Ella desconcertada no fue capaz de contestarme, Julio me cogió del brazo e intento detenerme.

--No vuelvas a tocarme, Julio Zurc. --Apreté fuerte mis labios.

Caminé por todas las mesas con lagrimas en los ojos, un zumbido de aturdimiento no me dejaba pensar con claridad, con la cabeza gacha y presa de unos nervios inevitables atravesé gran parte del salón, levanté la mirada y arrastrándome con rabia las lagrimas de mi rostro, gusto antes de salir de aquel recinto, una mano se posó en mi hombre.

--No me gusta ver a las mujeres llorar... --Su voz me hizo estremecer. --Tú bien lo sabes.

Me di la vuelta y allí estaba él. Paul Ortsac.

--Suéltame. --Dije cortantemente.

--Por favor, Miah. --Dijo él aún sosteniéndome de la mano. --Ese hombre jamás te querrá como lo hice yo.

Me quedé furiosa mirándolo y pensado.

--Ese hombre jamás me abandonaría como tu lo hiciste.

Agitado y tensó soltó un fuerte aspaviento.

--Jamás te deje abandonada, jamás me fui del todo. Pensé que esperarías, pensé que tu testarudez te permitiría leer aquella carta que te deje. No quise despedirme de ti esa mañana, porque no quería hacerte mas daño.

--Eres pésimo. --Escupí con rabia. Me desaté de su mano que me tenía cogida y me limité a caminar, pero su esbelto cuerpo me hizo retroceder cuando corrió para alcanzarme nuevamente.

--¿Él no sabe quien soy, verdad? --Preguntó preocupado.

--¡NO! --Chillé presa de los nervios. --Y jamás lo sabrá porque lo quiero.

--No volveré a molestarte, no volveré a buscarte, tampoco volveré a mirarme, pero solo te pido una cosa a cambio. Baila conmigo.

Sonreí secamente.

--No lo haré. --Con firmeza me di media vuelta y comencé a subir unas escaleras que no sabía ni siquiera donde conducían. Solo tenía ganas de perderme.

--Miah. --Voceó y esperó a que retrocediera. --Solo una vez más.

Bajé los dos escalones que había subido, me puse a su altura y lo desafié con la mirada. Necesitaba quitarme de alguna manera el despecho que me producía pensar que Julio me había sido infiel.

Caminé a su lado, segura de mi misma, el no dejo de mirarme. Mi interior comenzó a tiritar, estaba temblando.

Volví a recorrer gran parte del salón a su lado, caminé a escasos centímetros de donde estaba Julio, casi le rocé el hombro.

Todas las miradas se fueron con nosotros, con Paul y conmigo. Se hizo un impecable silencio hasta que mis tacones pisaron la pista de mármol.

La raja de mi vestido, era tan provocativa que muchos hombres no escatimaron en babear, quité mi mirada aún lado y miré el gesto desencajado de Julio, al lado de él estaba Margaret, recelosa sin dejar de mirarme.

Paul con delicadeza había dejado caer su mano donde comenzaban mis nalgas, en la espalda. Julio dio un paso adelante pero cuando la música comenzó a sonar se quedo quieto, furioso , acariciándose el mentón.

--Baila para mí. --Susurró, Paul, cerca de mi oído.

--Jamás volveré a bailar para tí. --Dije rabiosa.

Me concentré en la música y comencé a zarandear mis pies de un lado para otro.

--Deja que te lleve, Miah. --Apretó con su mano fuertemente mi cadera, y comencé a temblar. Sus negros ojos me cautivaron y todo a mi

alrededor pareció pararse. Ahora solo existíamos, él y yo. --¿Por qué tiemblos?

--No estoy temblando. --Deje caer mi cuerpo junto a el de él. Me apreté ajustando mi cuerpo al suyo.

--¿Recuerdas aquellas noches de amor? ¿Recuerdas cuando mi mano se sumergía por toda tu espalda y tu piel se erizaba? --Su mano me acarició la espalda y me vi obligada a cerrar los ojos. ¿Qué tenía este hombre? ¿Por qué razón me hacía volar...? Gemí. --Acuérdate de todas las noches que te hice volar, que te lleve al quinto cielo, y luego te bajaba, acuérdate de qué tu eras para mí y yo era para ti. Recuerda cuando tus bonitos y sensatos ojos me miraban horas tras horas, cuando tus manos no daban abasto para deleitarte. Acuérdate de todas las palabras que dijiste a mi oído. Me decías que me amabas y que jamás llegarías a amar a otro hombre que no fuera yo. ¿Lo recuerdas?

Abrí los ojos.

--No sigas... --Dije estremeciéndome en sus brazos mientras movía mis caderas al ritmo que marcaba los bongos.

--Miah. --Me agarró la cara.--Mírame y dime que me has dejado de amar.

Quitó la cabeza a un lado y seguí moviendo mis pies. No le contesté.

--No puedo mirarte, porque tu mujer, Mandira esta apunto de entrar a la pista. --Le advertí. --Ahora contéstame tú a mi algo. ¿Sabe ella quien fui yo para ti?

Pegó su cara cerca de la mía y sentí como su agitada acariciaba mi piel.

--No. --Contestó cerca de mi boca.

--Aléjate, Paul, antes de que me destruyas. Estoy embarazada.

--Sé que estas embarazada, pero por ello no dejaré de decirte lo que te quise y lo que te seguiré queriendo. Sabes que ese hombre jamás llegara a hacerte feliz como lo hice yo.

--Estas muy convencido de ello. ¿Me voy a casar! --Lo miré a los ojos y llorosa me separé de él, cuando escuché que la canción llegaba a su fin me desprendí de sus brazos y abandoné la pista, escondiendo mi rostro y llorando, abandoné el salón.

Su pecho quería estallar, quería que todo lo que lo rodeaba desapareciera. ¿Por qué esa mujer me rechaza tanto? Se preguntó para él

mientras su mirada se congelaba al ver a Mandira, con el seño fruncido y cruzada de brazos. Jamás podré amarla como he amado a Miah.

¿Qué le vio a ese hombre? ¿Qué le vio al prestigioso chef, Julio Zurc?

Bajó la mirada al suelo entristecido y derrotado y abandonó la pista para luego reunirse con su amada. Mandira.

Capítulo 24

Subí las escaleras hecha un mar de lagrimas, no sabía como arrancarme de la piel sus tibias caricias, ahora estaban a flor de piel, ahora los recuerdos revivían en mi mente en forma de flashes que no dejaban de torturarme.

Mirando desconsolada a todas partes, buscaba un lugar donde poder reposar mis emociones, necesitaba quedarme a solas con mis sentimientos, estaba rota por dentro.

Solo de pensar que Julio pudo haberme sido infiel, mi mundo se desmoronaba.

Me quité los zapatos, salí del hotel con la intención de perderme bajo la luna llena, bajo el cielo despejado donde las estrellas resplandecían orgullosas.

Él sereno y la humedad de *funchal*, me hizo estremecer.

Caminé descalza, muy cerca de unos álamos, baje cuesta abajo con la

intención de llegar a una bahía que había visto desde lo alto del complejo.

Las lagrimas cubrían mi rostro, miré atrás, pero no vi que nadie me siguiera.

Llegué al puerto, y vi miles de luces amarillas reflejadas en las calmas aguas, los barcos se movían con el movimiento de la marea, caminé sobre un pantalán y ahora yo también sentía las leves ondas del agua bajo mis pies, me subí el traje hasta las rodillas y me senté, con un fuerte sollozo respiré profundamente y el salitre nuevamente me había cautivado.

Sin esperarlo aquella historia de la familia Zurc Agles se plasmó en mi mente, al ver las barcas balancearse, me pregunté como fue la muerte de aquel hombre, del padre de Julio, el señor Julio.

¿La marejada y el fuerte oleaje se lo había llevado? Había leído en aquellas cartas que era marinero, navegador, quizás el mar engulló las desgastadas y muzgosas maderas de su *Chalana*.

Torné la mirada al infinito de aquel muelle mientras que mi llanto cesaba.

¿La muerte de su padre pudo haber sido como del padre de Leonor, Kent? Rubén pudo haberlo matado, quizás Cristy no ha querido la verdadera historia....

Me enjuagué las lagrimas y hoy unos pasos muy cerca, el pantalán se zarandeaba mas de la cuenta y no era cosa del mar, miré a un lado contraído y asustada.

Observé como es esbelto y fuerte tributo de Julio se acercaba en la penumbra de la noche. Me agité fuertemente porque de ninguna manera quería tener un contacto con él, no quería mirarlo, ni hablarle, lo único que quería era que un avión me llevará de vuelta a la Isla Bonita.

En silencio se sentó a mi lado, antes se había remangado los pantalones para evitar que sus mangos se mojarán.

Quise llorar de la rabia, pero me contuve, con la mirada fija al frente intente relajar mis músculos que se habían contraído.

Después de un rato en silencio, él fue incapaz de respetarlo, me miró.

--Pequeña... --Se masajeó las manos. Sin siquiera parpadear lo escuché. --No quiero mentirte, tampoco quiero engañarte, solo quiero que me escuches.

Me volví para mirando con lagrimas en los ojos, ya sabía lo que me iba

a decir y mi alma comenzaba a resquebrajarse. Temblé.

--No se, sí sé le puede llamar infidelidad, creo que sí. --Carraspeó. --
Me acosté con ella aquella noche.

Lo miré a los ojos, mi interior me quemaba, una fuerte llamarada me
derritió por dentro de la rabia que sentía.

Le lancé una mirada de despreció, sin decir nada, me levanté y caminé
por el pantalán.

--¡Miah! --Grito.

Sin volverme seguí caminando.

Él me cogió del brazo y me vi obligada a quedarme a escasos
centímetros de él, bufaba enfadada, mientras veía como sus hombros se
erguían.

--¡No vuelvas a tocarme! --Dije a baja voz con despreció.

Él dio un paso atrás al ver mi severa reacción.

--Déjame hablar. ¡Por dios! --Se volvió a un lado agitado sin saber bien
que hacer.

--¿Qué te deje hablar? --Solté indignada. --Sabías que estaba
embarazada, sabías que no quería que te fueras y me dejarás. ¿Sabes el
daño que me causaste? --Sonreí dolida. -- Esa mujer tenía razón, en lo que
dijo sobre como eras, no me cabe duda de ello.

Me quedé un momento contemplándome a mi misma, intentando acallar
mi propio llanto. Tragué en seco, pero no fue posible mantenerlo y lloré con
desespero y desgarró.

Él se acercó a mi e intento sujetarme.

--¡No me toques! --Grité rabiosa. --Eres despreciable, no vuelvas a
acercarte a mí.

Me dí la vuelta y caminé a un paso ligero, me volví para ver si me
seguía pero se había quedado solitario y ausente, parado y perdido.

Corrí desesperada por todo el puerto, cuando sentí que mi pulso se
agitaba, paré y cogí resuello, subí la empinada cuesta que conducía al
complejo, poco después llegué a la habitación, con el corazón arrugado
abrí la puerta y me tiré en la cama.

Cogí la almohada y allí me quede, apretando fuerte mi cara contra ella,
como sí de alguna manera el dolor que sentía fuera a desaparecer.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, me levanté sobresaltada, con el traje puesto, corrí hasta el baño, una fuerte náusea me acusaba en la boca de mi garganta.

Me aferré a la taza y con los ojos lagrimeantes y empapada en sudor, vomité.

Después de un buen rato me recompuse, me puse en pie temblorosa. Abrí el grifo y me lavé la cara, luego el cableado de mi mente se activo.

Quise llorar con desgarró cuando se alzaron las crudas palabras de Julio en mi mente. *Me acosté con Margaret.*

Cerré los ojos fuertemente, y respiré aire profundamente, con rabia me arranqué el traje, resquebrajando las tiras, lo pisoteé con mis pies, lloré.

Me metí en la ducha...¿Dónde se había quedado? ¿Con quien durmió? No vino a la habitación anoche, quizás eso me estaba dolía más que la propia infidelidad. ¿Qué iba a hacer ahora?

Bajé la cabeza y deje que la ducha me acariciara, llorando, me lleve las manos a la barriga y con un gesto de dulzura me la toqué, entre tanta amargura, confusa, en mis labios se atravesó una triste sonrisa que parecía

reconfortarme.

La sería y penetrante mirada de Paul Ortsac estaba latente en mi mente, podía temblar al recordar como me acariciaba la noche anterior, como me hizo sentir, cuando me hablaba tan de cerca.

Un rato después salí de la ducha, con los ojos enrojecidos por el llanto. Cogí toda la ropa y con calma me senté en la cama a doblar mi ropa.

Cogí la camisa que me había desabotonado, cerré los ojos, y reviví como sus manos se anticipaban recorriendo toda mi piel, su expresiva mirada tranquila contemplándome en silencio. Una lagrima calló de mis ojos, y sentí como mi pecho se oprimía por la pena. ¿Cómo iba a quitármelo de la cabeza? ¿Lo quería tanto como decía? ¿Y Paul? ¿Qué era exactamente lo que sentía?

Refunfuñé la camisa y la metí en la maleta, seguidamente cogí mi teléfono y llamé a Ania para que fuera a recogerme al aeropuerto de la Isla.

No se negó, se había percatado de que algo iba mal, el tono de mi voz era aplacado, derrotado, enronquecido.

Cuando terminé de hacer la maleta, no dude en salir de la habitación, antes de abrir la puerta, respiré y cerré los ojos. Quizás no lo encontraría, quizás estaba con esa mujer, revolcandose con ella, con Margaret.

Caminé por el pasillo a un paso ligero, baje hasta la recepción donde entregué la llave, luego sin querer mirar a los lados, caminé hasta la entrada.

El olor a café era exquisito, sentía hambre y estaba algo mareada, pero mi prioridad era salir de allí cuanto antes.

Bajé con mi maleta de mano la pista, el sol, resplandecía en el cielo azul. Los árboles hacían sombra, los pájaros cantaban en sus ramajes.

Un sauce llorón hizo que mi interior tiritara, al recordar que jamás volvería a entrar en aquella casa, en la moradita, donde nunca debí volver después de mi pérdida.

--¡Miah! --Una fuerte voz masculina me hizo parar. Electrificada me paré y me volví. --Mi vida... ¿A dónde vas?

Ví a un hombre, depresible, abandonado, su ropa estaba sucia y rasgada. Su barba estaba descuidada, sus pardos ojos baqueaban, su piel enrojecida y sus ojeras me advirtieron que había estado llorando.

Sin esperar me eché a caminar, no quería hablar nada con él, ya no

tenía nada que hablar.

--¡Miah! --Gritó fuera de sí. --Sollozó. --¡Por favor!

Con un atibismo de pena seguí caminando sin volverme.

Él corrió y me agarró del brazo, al mismo tiempo mi mano se alzó en el aire y dejé caer en su mandíbula una bofetada.

Lo miré severa mientras él se agazapaba la cara con su mano, las lagrimas le caían de los ojos..

--No vuelvas a tocarme. --Me acerqué y le advertí a baja voz.

Caminando por aquella callejuela, llegué al puerto, tomé un taxi y poco después estaba esperando mi avión sentada en una silla, solitariamente, en la terminal del aeropuerto de Madeira.

Isla bonita.

Miré a Ania y no pude contenerme, me abrasé a ella y lloré.

Cuando pude recomponerme, la miré y sus suntuosos ojos azules parecían rallados por la pena que le producía verme tan desconsolada.

--¿Qué ha pasado, Miah? --Preguntó

Negué con la cabeza porque no quería hablar.

Los nubarrones se agazapan sobre el cielo, la lluvia caía a borbotones. El tiempo en la Isla estaba ennegrecido como mi alma.

De camino a la pequeña ciudad, Ania no fue capaz de pronunciar palabra alguna, había sintonizado la radio. Mi mirada se había quedado absorta observando *el pinar*. Respire aire, la fría humedad me helaba la

piel, el olor a tierra mojada de hizo suspirar.

--Julio me fue infiel. --Dije con frialdad.

Ania se volvió sin despistarse de la carretera.

--¿¡Que!?! --Espetó con la boca abierta.

Sus rizos bailaron sobre sus hombros. Su pelo rubio brillaba.

--Me ha sido infiel, con Margaret, su ex mujer.

--¿Julio estaba casado?

--Si. --Contesté. --Tuvo una hija, la cuál murió de leucemia.

--No puedo creermelo. --Dijo ella con una sonrisa socarrona.

La escruté con la mirada.

--No estoy mintiendo. --Dije severa.

Ella me miró compasiva.

--Miah...--dejo escapar con un hilo de voz. --No se que decirte.

Se puso colorada.

Mis ojos me escocían, lo cierto es que mis lagrimales estaban reseca,
no tenía más lagrimas que llorar.

Me mantuve con la mirada fija en el asfalto, mientras que Ania no dejo
de tragar en seco una y otras vez...

Un silencio envolvió a ambas.

--¡Ania! --Grité.

--¡Para! --Volví a gritar cuando ví las luces de un camión de carga
parado entre la espesa neblina.

--¡Paraaaa! --Volví a gritar con desgarró mientras me tapaba la cara
con mis brazos para protegerme del fuerte impacto.

¡PUM!

SEGUNDO VOLUMEN EI QUE ERIZÓ MI PIEL

Capítulo 1

Todos mis huesos se estremecieron, sentí un fuerte dolor en mi nuca y parte de mi cabeza. Sentí como un liquido viscoso mojaba mis piernas. Lloraba para mi interior, gritaba, pero mis cuerdas vocales parecían haber sido silenciadas.

Él olor a humo quería asfixiarme.

Hice un gran esfuerzo por abrir mis ojos, pero mis parpados estaban pegados.

Sentía calor y frío a la vez.

Con el ruido del sereno, mi inconsciente se anestesió y todo lo que ocurrió a mi alrededor quedó anegado. Me dormí.

El ruido de las ambulancias me dejaron somnolenciada, otra vez quería abrir mis ojos pero no podía.

Oía gritos a lo lejos, pero por mas que quisiera saber que hablaban y que gritaban no podía, mi mente parecía estar patinando dentro de mi cabeza.

--¡Por favor! –Me cogieron la cabeza. –¡Traigan una camilla!

Abrí los ojos con dificultad, vi a una mujer, uniformada. Quería hablar y lo único que conseguí fue balbucear.

Subí mi mano para tocarla, quizás de esa manera pudiera entenderme. Me escandalice cuando vi que por mi mano corrían caudales de sangre.

Cerré los ojos y los apreté, la mujer me bajo la mano, me miró a los ojos.

--¡Por favor! –Volvió a gritar.

Por detrás de ella apareció un joven, me miró alarmado, impaciente dejó un maletín en el suelo.

--Creo que la otra chica esta muy grave. –Dijo la mujer mientras intentaba moverme del asiento que había quedado suprimido a la nada.

Después de unos segundos sentí el deseo de cerrar mis ojos nuevamente...

Sentí como aquella mujer me cacheteaba, me pegaba, me pellizcaba los pómulos, pero el sueño que sentía me iba ganando la partida.

Un fuerte dolor contrajo los músculos de mi vagina, el desgarró arrebató de mis cuerpo las fuerzas que había intentado aunar. Mi cuerpo se desvaneció...